Garbiñe Las Heras Gorriz

SI TE VEO NO TE CREO

Garbiñe Las Heras Gorriz

SI TE VEO NO TE CREO

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor.

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente con el motivo de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Título original: Si te veo no te creo.
©Garbiñe Las Heras Gorriz, abril 2023.
Diseño de portada y maquetación: Marien F. Sabariego (ADYMA Design).

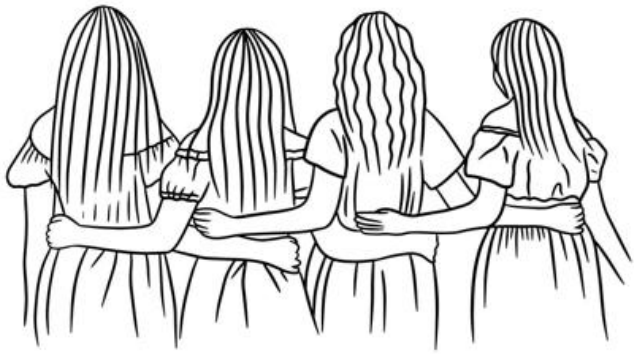
ÍNDICE

1. Ya nada volverá a ser como antes
2. Comienza la aventura
3. ¿Has volado alguna vez?
4. Hacia el barco de sus sueños
5. Parece que has visto un fantasma.
6. Él
7. Bienvenidas a bordo
8. El vestido de una tienda nada corriente
9. Todo te resbala
10. Al 99.99%
11. No es amor, es supervivencia
12. El paraíso

13. Y llegó una fan

14. Cómplice a bordo
15. Mirad ese burro cómo baja
16. Soy toda oídos
17. Pasado, pisado
18. El desayuno corre de tu cuenta
19. El calor de la amistad verdadera
20. Donde Cupido perdió la flecha
21. A mí me gustan mayores.
22. Nicky
23. He dejado a Lucía.
24. La fiesta blanca.
25. No he dicho que no me gustes.
26. Lo cortés no quita lo valiente.
27. Éfeso.
28. Perdidos.
29. ¿Dónde te habías metido?
30. Si te veo, no te creo.
31. No somos un matrimonio feliz.
32. ¿Qué celebramos?
33. Sexo del que suma.
34. Crónica de un polvo anunciado.
35. Confesiones ante un plato de bollos.
36. Quien no te trae como a una reina, ahí tiene la puerta.

37. ¿Dónde está la cámara oculta?
38. El papel de su vida.
39. Le dijo la sartén al cazo.
40. Nada más y nada menos que el amor.
Epílogo. Varias semanas después.
Agradecimientos



1. Ya nada volverá a ser como antes

La aurora anunciaba un nuevo día, el sol comenzaba a asomarse tímido por el horizonte dando una nueva, rosada y cálida luz al mar.

La brisa llegaba templada por el mes del año que era, junio, y agitaba las olas haciendo que ellas acariciaran la fina arena.

Ay, las caricias. El alba es un momento mágico. La noche da el testigo al día, las parejas espontáneas entregan sus últimas promesas a las olas y las palabras más decisivas se van con la luna.

La fusión natural de luz, color, olor y sensaciones que ofrece un amanecer en la playa es un espectáculo digno de disfrutar con los cinco sentidos por lo menos una vez en la vida. Parece poco, pues todos los días sale el sol, y es gratis, pero pensemos en cuántas veces nos hemos sentado a disfrutarlo.

Si nos trasladamos unos años atrás a ese mismo lugar, a esa misma playa, veríamos a Ariadna; sentada en la arena, sobre su cazadora vaquera, junto a sus mejores amigas Nicole, Mónica y Celia. Juntas, y con una taza de chocolate calentando sus manos, despedían cada noche de copas, bailes y risas por cualquiera de las discotecas y pubs del puerto. Todos los fines de semana celebraban esa suerte de ritual para dar la bienvenida al nuevo día y a la nueva oportunidad de disfrutar que se les brindaba. Lo hacían desde la calma. Una calma agradable que sigue a la tormenta de decibelios, voces altas y etílicas carcajadas. Era su momento para las confesiones, para su intimidad, para conectar con sus amigas lejos del ruido.

—Chicas, tengo que contaros algo —dijo Celia mientras daba un tímido sorbo a su vaso de cartón, despertando el interés del grupo.

—¿Estás preñada? —especuló Mónica—. Mira que sabía yo que

Tito tenía la picha muy brava…

—No, idiota —rio Celia.

—Venga, desembucha o disparo —amenazó Ariadna, apuntando a la cabeza de su amiga con un churro aceitoso.

—Te casas. —Era Nicole la que desvelaba la exclusiva.

—¿Cómo lo has sab…? —Celia se interrumpió al percatarse del brillo de los tres zafiros en el dedo anular de su mano izquierda.

—¡Vaya, enhorabuena! —gritó Mónica mientras se lanzaba a sus brazos.

—Me alegro —añadió Ariadna en un tono solemne, apretando los dientes sin ser consciente.

—¿Seguro? Por tu expresión diría que prefieres comer acelgas —lamentó Celia.

—Sí, claro que sí, perdona —se disculpó Ariadna—. Por un momento he pensado que ya nada volverá a ser como antes…

—Vaya, citas a *El canto del loco*. Vas fuerte de sentimientos —bromeó Nicole.

—Me alegro mucho, Cel, de verdad. Te queremos y si eres feliz, nosotras también —rectificó Ariadna, consciente de su momento egoísta—. ¡¡Por la novia!!

—Gracias, chicas. —Celia sonrió agradecida mientras todas alzaban sus chocolates—. Os prometo que nada, ni nadie, cambiará esto.

Pero cambió. Claro que cambió. Y esa promesa sin cumplir se fue desintegrando, se consumió a pequeñas caladas, poco a poco, casi sin darse cuenta, como cada uno de los cigarrillos que Ariadna encendió, disfrutó y apagó, muchas veces sola, frente al mismo mar. Porque durante varios años no se repitió la escena, o por lo menos no con el grupo mosquetero al completo. El cambio de residencia de Celia, que por el trabajo de Tito se trasladaron a vivir a Alicante, y las nuevas responsabilidades y rutinas de todas, las alejaron de esas conversaciones intensas y excitantes antes del crepúsculo matutino y las llevaron a unas charlas más rápidas y vespertinas. Más sobrias. Menos emocionantes. Sus vidas cambiaron. Ellas cambiaron. El tiempo había pasado.

La adolescencia de las cuatro amigas se había escurrido entre sus dedos, con insólita rapidez; su juventud y su madurez caminaban en ese momento en una equilibrada sintonía, luchando la primera por no perder su protagonismo frente a su sucesora. No todavía.

Pero llegó el año en el que cumplían los cuarenta. Y no, no hablo de la famosa lista de éxitos musicales que con salero presentaba Tony Aguilar desde que cualquier mente *millennial* recuerda. Ariadna y sus amigas habían dejado con nostalgia la dorada década de los veinte, también la de los treinta, casi sin ser conscientes, para convertirse en

unas cuarentañeras.

Y era precisamente esa circunstancia, el haber entrado en el club de las temidas cuarentonas, la que las unía de nuevo frente al mar. Se encontraban en Alicante, ya que desde que Celia había sido madre por tercera vez no le habían visto el pelo. Pero, como bien se suele afirmar, si Mahoma no va a la montaña, la montaña irá a Mahoma. Lo que sea por profetizar. Y profetizaron.

—Nicolás, deja a tu hermana la pala, por favor. No te lo voy a decir más veces— gritó Celia.

—Pero hay que compartir… —gimoteó el pequeño, indignado, desde la orilla.

—No os podéis imaginar lo que discuten estos dos. —Esta vez Celia se dirigió a sus amigas.

—Uy, no me extraña que estés agotada, tía —dijo Mónica exhalando un suspiro—. Yo no podría.

—Ya te digo. Y luego se unirá este — añadió Ariadna, señalando al bebé que Celia tenía al pecho y que completaba la familia numerosa que había formado su amiga.

—Necesito vacaciones —exclamó Celia riéndose.

—Vaya ánimos, chica. Bueno, Cel, ¡para eso estamos aquí! —dijo Nicole—. Aparte de para conocer a este bomboncito.

—Sí, tenemos que cerrar fecha para nuestro viaje —propuso Ariadna.

—¿Que viaje? —preguntó Celia, confusa y distraída.

—¡Nuestro viaje de los cuarenta! — exclamó Nicole.

—¡Es verdad! —reaccionó Celia, con una sonrisa que enseguida se desdibujó—. Pero yo con este panorama lo veo difícil.

—¡Eh! No, no, de eso nada. Nada de rajarse. Es nuestro viaje de los cuarenta. Llevamos años hablando de ello —cortó Mónica.

— Ya, pero… —intentó responder Celia.

—Ni pero ni pera —apuntó Ariadna riéndose—, como os gusta decir a las madres. Vienes o vienes. No hay discusión. Porque lo digo yo.

—Eso también es muy de madre —añadió Nicole.

—Bueno, entonces ¿cuál es el plan? ¿Qué os apetece? —preguntó Mónica entusiasmada.

—A mí me gustaría un viaje al Caribe. Todo incluido. —Se animó Ariadna.

—Yo prefiero una rutita en *furgo* por Estados Unidos —opinó Nicole.

—Uy, se me va de madre —resopló Celia—. Y nunca mejor dicho. Tendría que ser algo más cerca, por si acaso, ya sabéis. Aún son pequeños.

—¿Y si nos vamos de crucero? —propuso Ariadna mientras miraba

al horizonte.

Los ojos de todas las amigas confluyeron en el mismo punto y admiraron el majestuoso transatlántico de seis pisos que hacía su aparición estelar en el puerto.

Nicole, Ariadna y Mónica tenían ganas de salir de Torrevieja. Bien sabían que en julio empezarían a llegar los turistas y en agosto no podrían poner la toalla ni de pie. En ese mes es imposible encontrar un metro cuadrado libre en la playa. Eso las ahogaba. Por su parte, Celia, que era la que más lejos estaba de sus amigas, y no solo físicamente, lo que necesitaba era una buena dosis de ellas; unas vacaciones en un escenario alejado de su familia a la que, por descontado, amaba por encima de todo.

—Me parece una idea estupenda. ¿Os apetecen las islas griegas? —propuso esta última mientras una sonrisa evocadora vestía sus labios.

2. Comienza la aventura

Ariadna estaba entusiasmada. Hacía mucho que sus amigas y ella no disfrutaban de tiempo de calidad. Y lo veía tan necesario como respirar. Es increíble cómo el trabajo o la rutina pueden engullirte tanto. Pero por fin tocaba un *stop*.

Estuvieron varias semanas haciendo todo tipo de cábalas, fueron días de bastantes discusiones, presenciales o virtuales, y desacuerdos (más vale que no tenían que gobernar un país) pero por fin cuadraron agendas y decidieron la que sería la fecha de su *fortys trip*.

Ariadna preparó con ilusión la maleta. La colcha de su cama de 135 centímetros estaba oculta debajo de los diferentes, y numerosos, conjuntos que había sacado para evaluar. No quería ir cargada, por lo que solo viajarían con ella unos pocos privilegiados. Se lo probó todo antes de meterlo en la maleta, era una pequeña manía que tenía: monos cortos para las excursiones, monos y vestidos largos para las noches, shorts vaqueros blancos con una blusa para la fiesta blanca, vestido de la boda de su prima Loli para la cena del capitán y algo turquesa para la fiesta azul. Ya sabéis, los protocolos de los cruceros. El espejo de cuerpo entero, que colgaba de una de las paredes de su habitación, arrojaba su veredicto con una mueca que su propia autoestima dictaba y su rostro expresaba.

El tiempo se le echaba encima, había quedado con Nicole y con Mónica. Pasarían por su casa para ir en coche hasta Alicante, donde se unirían a Celia y tomarían el avión que las llevaría a Madrid y, posteriormente, a Atenas. Así que, con celeridad, metió también en la *trolley* unas sandalias cómodas para andar, otras monas para lucir,

ropa de playa y piscina, un pijama, ropa interior y su neceser.

Se sentó encima de la maleta para facilitar la tarea de cerrarla, se miró nuevamente en el espejo, se dio un aprobado justito y salió de casa. Bajó por el ascensor observando su aspecto y reevaluándolo. Unas sombras oscuras enmarcaban sus ojos por debajo y la asemejaban a uno de sus animales favoritos: el oso panda. El pelo estaba enmarañado y trató de resolverlo en unos segundos peinando su flequillo y desenredando con los dedos algunos mechones. Estaba muy cansada y el espejo se lo recordaba con crueldad.

La noche anterior debería haber hecho caso a su mejor versión, la que había decidido quedarse descansando en casa para facilitar el madrugón, pero haciendo gala de su rebeldía y poco autocontrol, desobedeció y quebrantó su propia ley, quedando con Damyen para despedirse.

No pudo rechazar su invitación. Damyen era un chico alto, rubio, algo más joven que ella, macizo donde los haya y con unos ojos verdes tan profundos que te devoran con la mirada. De origen ucraniano, llegó a Torrevieja dispuesto a lograr su sueño de ser actor y a comerse el mundo. Y lo que no fuera el mundo.

En principio iban a ser unas cañas rápidas por el puerto, pero al final zarparon hacia la casa de él a lo que fue una noche de sexo a la deriva y sin compromiso. Al amanecer, y consciente de que tenía todo por preparar y poco margen para dormir, Ariadna se despidió de él y volvió a su casa para ponerse a la faena.

Con todo listo, por fin, se encontró con sus amigas en el portal de su casa. La saludaron con emoción y emprendieron el viaje hacia su segunda parada: Alicante.

—Uy, ¡vaya carita, Ari! —dijeron al unísono las recién llegadas, riendo entre miradas cómplices.

—Calla, calla… —dijo Ariadna, subiendo como una diadema las gafas de sol que había añadido en un intento desesperado de aparentar normalidad.

—¿Dónde has estado esta noche, pendona? —incidió Nicole mientras le daba dos besos.

—Vaya pregunta, lleva el polvo tatuado en la frente —se atrevió a responder Mónica mientras la saludaba ella también.

—Cómo me conocéis, chicas. Estuve con él, sí —añadió con un bufido mientras se repantigaba en el asiento trasero del vehículo.

—¿Con él? ¿Quieres decir que por fin ha caído tu compi? —preguntó Nicole ilusionada.

—Acabo de perderme —apuntó Mónica, pestañeando varias veces como si sus ojos tuvieran que acostumbrarse a la luz.

—Sí, estuve con Damyen, el que hace de mi binomio en la serie —aclaró Ariadna. Sí, el destino le había regalado ese adonis del Este

como compañero de trabajo.

—¡Anda! El poli buenorro —dijo entonces Mónica—. Me encanta. Casi podría decirse que veo la serie por verlo a él.

—Vaya, gracias por la parte que me toca —rio Ariadna.

—De nada —vaciló Mónica—. ¿Y?

—Y nada. No os hagáis ilusiones. Solo hemos compartido unas escenas un poco intensas esta última semana y hemos terminado confundiendo la realidad y la ficción. —Se justificó.

—Vamos, que habéis ampliado el set de rodaje —rio Mónica, provocando la risa de Ariadna.

—¿Y no vais a repetir? —preguntó Nicole, escrutándola a través del retrovisor interior del vehículo mientras continuaba conduciendo.

—No lo creo, la verdad.

—¿Tan malo es en la cama? —escupió Mónica.

—¡Qué va! De hecho, el tío es bastante máquina —reflexionó Ariadna.

—¿Entonces?

—Entonces nada, chicas, de verdad. Yo paso de tíos. Rollos esporádicos, perfecto. Pero hasta ahí. Tengo una relación conmigo misma y quiero serme fiel —sentenció Ariadna ante la mirada cansina de Nicole, la más romántica del grupo.

—Bueno, un lío menos. Porque imagino que luego currar con él será más difícil si hay una implicación tan húmeda —rio Mónica, y todas estallaron en una nueva carcajada.

—No lo habría podido decir mejor —secundó Ariadna, agradecida de que su amiga fuera tan bruta que trivializara determinadas situaciones.

Situaciones tan dramáticas como la suya personal. Cuarentona (llamemos a las cosas por su nombre), soltera y sin ninguna gana de dejar de serlo. Actriz de una serie de sobremesa que nadie veía… ¿Sigo? ¿O ya suena suficientemente dramático? Para sus padres sí lo era. Ellos, conservadores, de la vieja escuela, católicos, apostólicos y romanos, no entendían ni su trabajo, una profesión liberal tan alejada del ideal en un gran despacho, ni su soltería voluntaria que atribuían a un nivel de exigencia desmesurado por parte de su hija, a la que consideraban descabezadamente perdida.

Sin embargo, Ariadna estaba por encima de todo eso. Ella estudió interpretación porque era lo que le gustaba desde las funciones de navidad de su colegio de monjas en las que defendía con orgullo y profesionalidad papeles tan importantes como angelito número dos o niña del coro número uno. Amaba su trabajo, le encantaba encarnar a una valiente inspectora en una serie diaria. Además, estaba segura de que la serie la veía bastante gente porque ya llevaba siete temporadas. Le apasionaba su profesión.

En cuanto a lo de la soltería… Para Ariadna ser soltera era una de las cosas que más valoraba en el mundo. Estaba soltera, no sola. Para ella la soltería era el estado civil, personal y sexual ideal. Aunque para la sociedad eres casi un bicho raro si no tienes pareja, ella disfrutaba de su condición.

—Además, si me estanco en el producto nacional, no le daría una oportunidad a la musaka o al yogur griego —explicó Ariadna, mientras Nicole frenaba en seco el coche. No porque le sorprendieran sus palabras. A eso ya estaba acostumbrada. Sino porque ya habían llegado al aeropuerto de Alicante.

Descargaron el equipaje del coche, sorprendiéndose lo más mínimo todas de la cantidad de equipaje que llevaba Nicole, y se dirigieron a la terminal, donde ya esperaba Celia desde hacía unos minutos según el último wasap.

La vieron enseguida. A ella y a su séquito. No era difícil. Los dos hijos mayores correteaban alrededor de su padre formando una gran algarabía mientras Tito, el núcleo en cuestión, trataba de guardar el equilibrio con el bebé de diez meses en brazos. A su lado estaba Celia, tiesa como un palo, sujetando su pequeña maleta.

Las chicas se abalanzaron sobre ella. Ya estaban todas y ¡comenzaba su nueva aventura!

3. ¿Has volado alguna vez?

Celia recibió gustosa los abrazos de sus amigas. La reconfortaron porque estaba nerviosa por el viaje. No por coger un avión, eso no le daba miedo, sino por separarse de los niños tantos días.

Cuando planteaban lo del viaje un tiempo atrás no dudó en apuntarse. Fantaseaba con la idea de perder de vista por unos días su trabajo en el centro de salud siempre rodeada de virus, mocos y toses. Además de su paréntesis como pediatra, quería el de su vida de madre; dejar por unos días de cambiar pañales, de cortar la carne en trocitos muy pequeños y de que al momento de lavar los dientes tuviera que hacerlo en tres bocas. Necesitaba reconectar con la mujer que era antes de ser mamá.

Sin embargo, cuando cumplió los cuarenta deseó fervientemente que sus amigas se olvidaran de la idea del viaje, que ahora le parecía pésima. Pero nada más lejos de sus deseos, las chicas lo tenían muy en mente. Tenían muchas ganas de emprenderlo y el tema se puso sobre la mesa.

Tenía que decidir si embarcarse o no en la aventura y, como la persuasión de sus amigas no tenía límites, la decisión ya la sabéis.

Llegó el momento de despedirse por unos días. Se agachó para ponerse a la altura de sus hijos mayores, les dijo unas palabras inaudibles para sus amigas (y para su marido), que sellaron con unos besos sonoros y abrazos de oso. Luego recuperó su postura, cogió al bebé y con alguna lágrima en los ojos, lo besó y volvió a dejarlo con su padre, a quien también regaló un rápido y de trámite beso en los labios.

Habían ido todos para despedir a mamá, era un hito importante porque hacía años que no abandonaba el nido. Además de ser una excursión estupenda para los pequeños, que nunca habían estado en un aeropuerto.

Ariadna, Mónica y Nicole le dieron su espacio, pero cuando vieron que el tiempo apremiaba se acercaron a ellos y se la llevaron. ¿Era una lágrima lo que asomaba en sus ojos?

La familia se difuminó entre el gentío mientras las chicas caminaban dejándolos atrás. Celia volvió la cabeza en un par de ocasiones para comprobar que seguían allí, despidiéndose de ella con la mano. La culpabilidad de Celia, que estaba retorciendo su estómago, tardaría un poco más en desaparecer, pero lo lograría. Se merecía ese *kit kat*.

Las últimas semanas había estado forzando el motor, como si tuviera que reunir puntos para llevarse el premio del escaparate final. Haciendo méritos de mejor madre del mundo, de pieza indispensable en el hogar familiar. Qué ridículo. ¿Por qué tenía que demostrar que trabajaba como una mula, que era un hacha poniendo lavadoras, que era la número uno en empanar filetes de ternera o que cambiaba pañales con los ojos cerrados? ¿Por qué tenía que demostrar que se merecía ese viaje? Sentía que llevaba días justificándose a cada paso que daba, con alergia al sofá por si alguien la acusaba de algo. ¿Pero quién? ¿Tito? La actitud de su marido había cambiado. Llevaba años acostumbrado a que Celia, simplemente, estuviera. Por supuesto, no opinaba acerca de su viaje, pues no tenía derecho y él lo sabía. Pero no podía reprimir su disgusto por la situación y sus caras de disconformidad asomaban de vez en cuando. Necesitaba a su mujer cerca, quizá dependía de ella demasiado en aspectos domésticos. Ella eso también lo sabía, pero mientras estuviera molesto en silencio, como si tuviera hemorroides, ella asumía esa situación enrarecida y la atmósfera de tolerancia cordial que se había creado y no abría el cajón de m… Se merecía ese viaje. Y punto.

Las amigas se dirigieron al mostrador de la compañía para facturar sus maletas. Ligeras de equipaje, con tan solo una pequeña mochila en su espalda, fueron al control de acceso. Se desprendieron del reloj y otros objetos metálicos, que depositaron en la bandeja junto a la mochila, y pasaron. La mujer del control interceptó la botella de agua que llevaba Mónica.

—Perdone, tiene que dejar esto.

—Eh… vale, un segundo —dijo esta mientras cogía la botella y la bebía de un trago—. Ya está.

—Puede pasar.

—Perfecto —asintió, con una leve inclinación de su cabeza.

Sus amigas comenzaron a reírse al otro lado del arco detector

mientras se calzaban de nuevo.

—Ya estás entrenando para Mykonos —le decían.

—Amiga, creo que tú y yo vamos a entendernos. —Ariadna la asió por el brazo en busca de una cafetería.

Desayunaron haciendo algo de tiempo y a Ariadna el bocadillo de jamón y el café con leche le sentaron de maravilla, la resucitaron. Nicole y Celia no probaron bocado, mientras Mónica se tomó solamente un zumo de naranja natural.

Cuando comprobaron que en la pantalla ya ponía la hora y puerta de embarque junto a su destino, enfilaron el pasillo y comenzaron a subir.

Emocionadas, dejaron sus mochilas bajo el asiento delantero, se abrocharon el cinturón y se pusieron a parlotear. Todas excepto Mónica, a la que un reguero de sudor frío resbalaba por la frente.

—¿Todo bien? —le preguntaron.

—Sí, claro —respondió ella, haciendo como que no pasaba nada.

—¿Has volado alguna vez? —Ariadna estaba con la mosca detrás de la oreja.

—…

—¿Moni?

—No, nunca, y creo que tengo miedo… — confesó.

Las amigas no pudieron evitar echarse a reír, incluso Celia, que se deshizo de su postura de madre desertora del nido y se abandonó a una carcajada que la relajó y supuso un punto de inflexión.

—Vale, gracias, chicas. Lo último que me esperaba era que os descojonarais de mí.

—No, tonta, perdona —se disculpó Nicole —. Es solo que no nos lo esperábamos.

—Tranquila, todo irá bien —animó Ariadna mientras le daba la mano.

Y así, juntas, llegaron a Madrid. Bajaron para cambiar de avión, cargaron pilas con otro café tras perderse por las terminales, comprar algunas cositas de última hora en el *duty free*, besar tierra firme en el caso de Mónica y, después de un par de horas de escala, cogieron el avión definitivo. Destino, Atenas.

Ya quedaba menos para descubrir esa tierra maravillosa. La emoción iba en aumento. Se notaba en lo charlatanas que estaban, que incluso se llevaron alguna mirada reprobatoria de otros viajeros. La verdad, no les importó. Junto a la treintena, la firmeza de sus pechos y la tersura de su piel, habían perdido la vergüenza. Estaban exultantes y nada podría cambiar eso. ¿O sí?

Llegaron al destino y esperaron sentadas a que los demás pasajeros bajaran del avión. A eso y a que Mónica se repusiera, pues el ratito de turbulencias no le había parecido nada divertido.

Bajaron las últimas y siguieron a la masa en busca de la cinta que devolvía sus equipajes facturados.

—¡Me meo! —dijo de pronto Ariadna.

—¿Te esperamos? —preguntó Mónica.

—No, tranquilas. ¡Os busco!

Las tres amigas se fueron y Ariadna las llamó.

—Es turquesa —les gritó ante sus miradas desconcertadas—. La maleta, mi maleta, es azul turquesa.

Nicole levantó el pulgar en señal de mensaje recibido y reanudaron su camino. Llegaron a la cinta y se acomodaron en una esquina estratégica dispuestas a esperar a que empezaran a salir las primeras maletas.

Todavía no había vuelto Ariadna cuando el chisme empezó a escupir los primeros bultos. Las chicas tomaron posición y se pusieron alerta para ir rescatando sus equipajes. Ya tenían esos nervios previos a recuperar tus pertenencias.

Maleta de Mónica rescatada. Suspiró. Fue el momento concreto en el que se sintió liberada y a salvo. Maleta de Celia, recuperada. Maletón de Nicole, con ayuda de Mónica que estaba cachas, también fuera de la cinta.

Poco a poco la gente iba saliendo de la estancia arrastrando sus maletas, de todos los tamaños y colores. De todos menos turquesa. ¿Dónde estaba Ariadna y dónde estaba su maleta?

La primera hizo su aparición con paso acelerado. Parecía increíble, pero se había perdido. Debieron esperarla. Sabían que entre las virtudes de su amiga no estaba la de la orientación. Pero llegó. Sudando, eso sí.

Y más que iba a sudar porque de la segunda…

—¿Ya tenemos todo el equipaje? —preguntó al aire mirando por encima.

—Casi… —dijo Celia.

—Falta tu maleta, todavía no ha salido… — añadió Nicole, titubeando.

—Pero ¿qué dices? ¿Estáis seguras? —preguntó un poco nerviosa —. Me estáis vacilando —afirmó, pero cuando vio que iba en serio entró en trance.

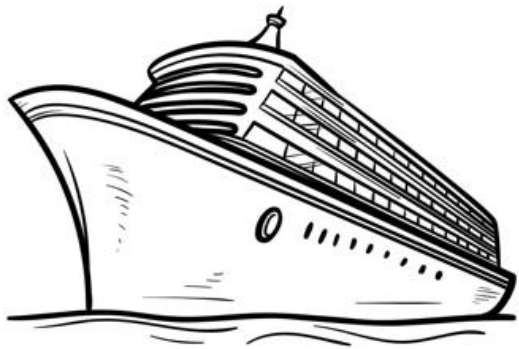
Se hizo el silencio a su alrededor. Las chicas se miraban entre ellas sin atreverse a romper su burbuja. Durante unos minutos la mirada de Ariadna viajaba por la cinta prácticamente desierta. Vio cómo daban vueltas y vueltas las mismas tres maletas que nadie reclamaba. Pensó por un momento en coger una de ellas. Cualquiera. ¿Qué clase de persona coge un avión y al bajar no acude a por su maleta? Nunca lo entendió. Esa gente no valora lo que tiene. Pero en ese momento no le importaba lo más mínimo. Estaba enfurecida.

¡Habían perdido su maleta! Pensó en los modelitos que había comprado para el viaje, había recorrido decenas de tiendas en busca de las prendas perfectas, imaginándose con cada una de ellas, en los diferentes escenarios griegos que con amplias expectativas se había formado en su cabeza. Qué ilusión tenía por estrenarlos en una ocasión tan especial. Sintió rabia. Mucha rabia. Y maldijo su suerte.

Y no, no se llevó ninguna otra maleta. Abandonó la cinta con las manos vacías y una gran angustia en el estómago. Conforme se alejaba, giraba la cabeza hacia atrás, como Celia horas antes hiciera con sus hijos, con la esperanza de que apareciera su maleta.

Pero no apareció y, a partir de ese momento, tocaba mirar hacia adelante.

El viaje tan deseado, que había empezado un poco torcido, las esperaba.



4. Hacia el barco de sus sueños

—No te preocupes, Ari —dijo Celia poniendo su mano en el hombro de su amiga—. Aparecerá.

—¿Cuándo? —gimoteó esta como una niña pequeña.

—No lo sé, pero lo hará —añadió Nicole, intentando infundir algo de ánimo a su amiga. Habían hecho las gestiones oportunas con respecto a la maleta perdida y poco más estaba ya en sus manos.

Las cuatro mujeres iban en una furgoneta negra, de cristales tintados y tapicería de cuero, que habían reservado desde España para que fuera a recogerlas al aeropuerto y que las llevaría al puerto de embarque. Mientras ellas lamentaban la suerte de Ariadna, el conductor permanecía impasible con la mirada fija en la carretera, parecía que ajeno a la conversación del cuarteto. Eso era casi impensable en su país, donde los taxistas normalmente eran grandes conversadores.

—Chicas, sé que es una tontería, y prometo no amargaros el viaje, pero necesito un mini proceso de duelo. Lo entendéis, ¿verdad? —explicó Ariadna con una sonrisa forzada.

—Sí, por supuesto —dijeron ellas al unísono, dejándola sola con sus pensamientos e iniciando una conversación paralela. Sabían que volvería pronto a ser ella misma si le daban ese espacio.

—Tengo muchísimas ganas de llegar —dijo Mónica.

—Y yo, la curiosidad de pisar un súper barco de esos me está matando —expuso Nicole.

—¿Habéis traído Biodramina? Mirad que la última vez que Tito, los niños y yo montamos en barco cogimos un viaje… —Celia

recordaba el mareo de todos en una escapada familiar.

—Yo no he cogido —dijo Mónica.

—Culpable. No, yo tampoco —añadió Nicole.

—Tranquilas, he cogido más por si acaso. —Celia sonrió desde el asiento del copiloto.

—Gracias, súper mami.

—Oye y, hablando de todo un poco, ¿qué camarotes cogisteis al final? —preguntó la súper mamá, desviando el tema, no muy contenta con el apelativo del que quería huir por unos días.

—Dos sencillitos, consecutivos… con dos camas, armario y baño. Poco más. A ver si hay espacio de tirarse un pedo sin que se lo fume la otra. —Mónica se rio socarrona.

—Vale, genial —la secundaron todas—. Prohibidas las bebidas gaseosas.

—Hablando de fumar… Nicky, ¿lo has dejado? No te he visto echar un pitillo desde hace horas.

—Qué observadora, amiga. Necesitaba hacerlo —justificó Nicole.

—Pues haces fenomenal. Eso no te trae nada bueno —dijo Mónica, mirando también a Ariadna, a quien trataba de convencer de hacer lo mismo.

—Sí, supongo que sí.

—Cuando lleguemos tenemos que preguntar en recepción, o como quiera que se llame en los barcos —dijo Celia.

—Pues recepción —rieron las demás ante la obviedad.

—Tenemos que preguntar por las excursiones. Hay algunas chulísimas por lo que pude cotillear y hay que apuntarse de antemano —les informó.

—Ah, pero… ¿No están incluidas en el precio de todo? —preguntó Mónica mientras veía que al conductor se le escapaba una risita.

—Me parece a mí que este nos está entendiendo todo —susurró Nicole a Ariadna mientras ambas reían—. Unas sí y otras no. A ver, enséñame el bono.

—Perdonad que me meta —interrumpió el chófer—. No he podido evitar escucharos y, si me permitís un consejo, os diría que leáis con detalle las propuestas. Muchas veces os compensa coger un autobús y perderos en algún rincón más que hacer una excursión de las que mucho abarca, poco aprieta. Vas corriendo y no ves nada. Y además son un pico.

—Gracias, señor conductor —dijo Mónica—. Se nota que sabes de lo que hablas. ¿Has hecho muchos cruceros?

—Los suficientes.

—Español, ¿no? ¿De dónde? —se interesó Ariadna.

—De Madrid.

—¿Y cómo llegaste aquí? —Fue Mónica quien preguntó.

—Precisamente por uno de esos —rio mostrando las arruguitas de sus ojos castaños.

—Y te quedaste… —reflexionó Nicole, más a modo de pensamiento en alto.

—Sí, me quedé impresionado.

—Osea, que esto es precioso.

—Más bien, preciosa. Me enamoré de una griega y me quedé. Pensé que si regresaba, perdería a la mujer de mi vida —añadió el amable conductor mientras las chicas sonreían y vitoreaban la bonita historia de amor.

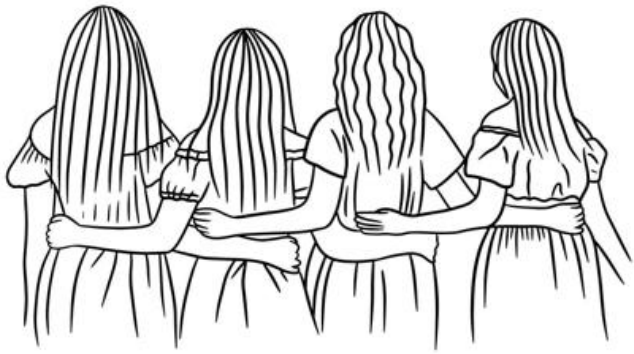
Ariadna sintió una punzada de algo desconocido. Podría ser envidia. Por un momento pensó en que alguien dejara todo por ella de esa forma. En que un hombre la mirara con esos ojos brillantes. Ese chico estaba enamorado. Lo observó por el espejo interior del vehículo mientras hablaba. Leyó en su expresión la enorme dicha de quien sabe que ya tiene todo lo que necesita, de alguien que se sabe afortunado por haber conseguido algo que mucha gente vaga buscando toda una vida. Vio en él la viva imagen de alguien que sabe que posee muchas cosas de las que siempre anhelamos rodearnos: admiración, ilusión, felicidad... Y, por un segundo, ella se preguntó. ¿Era feliz?

Nunca había querido vivir una historia de amor, de película, de cuento de princesas con final de ensueño y de comer perdices. A ojos de los demás siempre fue muy exigente. A sus ojos, simplemente quería pasárselo bien sin complicaciones. Porque el amor era eso, complicarse la vida. ¿O no? Para aquel chico no lo era, eso seguro. ¿Y si nunca se lanzó a una relación por cobarde? Pretendientes no le faltaron, nunca. Pero no se lanzó a la piscina, más que para hacer un par de largos en una e irse después a otra, para un chapuzón sin compromiso que quitara el calor del momento.

Ariadna estaba pensando en que quizá había sido el miedo al fracaso lo que la había frenado en sus relaciones, miedo que había enmascarado bajo la coraza del <<paso de líos>> o del <<eso de la pareja no va conmigo>> cuando el coche se detuvo frente a un majestuoso barco.

—Chicas, hemos llegado. ¡Que disfrutéis! —les dijo Marco, el conductor.

—¡Lo intentaremos! —respondió Ariadna, mientras sus amigas sacaban el equipaje del maletero. Tenía ante ella una nueva oportunidad de disfrutar de la vida y era precisamente lo que pensaba hacer, de modo que desechó los últimos pensamientos que la hacían vulnerable y, como solía hacer las raras veces en las que la visitaban, siguió su camino como si nada. En ese caso, hacia el barco de sus sueños.



5. Parece que has visto un fantasma

—Pero eso no puede ser… —dijo Mónica a la mujer de moño tirante, labios rojos, pestañas kilométricas y americana negra que hablaba al otro lado del mostrador.

—Mírelo de nuevo, por favor —pidió Nicole, esta vez en un inglés más formal. Que se notara que el C1 era algo más que una combinación alfanumérica.

Nada. No hubo manera. No es que la chica no entendiera, no es que no quisiera darles los camarotes que les correspondían. Parece ser que había un error en la reserva. No se lo podían creer.

—Disculpen un segundo. —La mujer de pómulos pronunciados se excusó con educación mientras se retiraba unos metros para consultar algo con un compañero.

A las amigas se les estaba revolviendo el cóctel de bienvenida que habían tomado minutos atrás, justo al desprenderse de su equipaje para embarcar. La chica de recepción tardaba demasiado y eso no podía ser buena señal.

—Disculpad, no tenemos disponibles vuestros camarotes —indicó la recepcionista al regresar al mostrador. Los rostros de las amigas se transformaban según ella iba hablando—. Ha habido algún error con la disponibilidad y eso ha ocasionado un ligero inconveniente con sus habitaciones. No sé si han oído hablar del overbooking.

—Ya decía yo que este viaje no había sido buena idea —expuso Celia.

—Ah… ¿Eso decías? —saltó Mónica como un resorte.

—Bueno…

—¿No te apetecía? —preguntó Ariadna.

— A ver, me daba un poco de pereza —reconoció, por no decir que

comer alpiste se le antojaba más motivador y excitante — y encima todo está saliendo al revés.

—A ver, queridas amigas, ¿podemos dejar las quejas para más adelante? —pidió Nicole, acompañando sus palabras con un gesto de las manos—. Entonces, ¿qué solución nos puede dar? —preguntó esta vez a la recepcionista.

La mujer se retiró de nuevo y no tardó más de dos minutos en unirse a ellas con un montón de papeles en las manos.

—¿Y bien? —Todas estaban ya un poco impacientes.

—Tenemos disponibles otros dos camarotes. Espero que no les importe que los nuevos estén unos pisos más arriba y tengan balcón con vistas al mar. —La mujer sonrió de lado.

—¿Estás de coña? —preguntó por impulso Mónica—. Está de coña ¿no? —Se dirigió esta vez a sus amigas.

—No habrá ningún problema con los nuevos camarotes —intervino Nicole, tomando la palabra y alargando la mano hacia los papeles, para que la recepcionista iniciara las gestiones oportunas. No vaya a ser que cambiara de opinión.

Todas se miraron y sonrieron. Tuvieron que hacer un esfuerzo titánico de contención para no ponerse a brincar y a celebrar la confusión. Por fin parecía que su suerte había cambiado.

Avanzaron por la pasarela del barco saludando a izquierda y derecha a los diferentes miembros de la tripulación que les daban la bienvenida. Ariadna pensó que caminar por la alfombra roja, uno de sus pensamientos recurrentes sobre todo cuando dormía, tendría que aportar una sensación similar a esta. Se sentía importante, especial. Enseñó su documentación, esto era menos glamuroso, y entró.

Alucinaron con el interior. Les habían avisado de que sus maletas tardarían un rato en estar frente a la puerta de sus camarotes por lo que decidieron hacer una primera visita de reconocimiento de su casa flotante.

Avanzaron con curiosidad por los anchos pasillos enmoquetados, viendo los grandes salones con butacones para descansar o leer, los restaurantes, las tiendas, un teatro e incluso ¡una discoteca! Subieron a la cubierta superior, por una de las escaleras modernas y transparentes, no aptas para seres con vértigo, y vieron cómo algunos pasajeros ya habían estrenado la piscina y disfrutaban de un chapuzón. Ellas optaron por tomar un refrigerio, para lo que se dirigieron al chiringuito del fondo, donde un chico joven pinchaba una música suave mientras otro más maduro servía en la barra.

—Un mojito —pidió Celia ante la atónita mirada de sus amigas—. ¿Qué?

—Nada, nada. ¡Me apunto! Otro para mí —añadió Ariadna.

—Para mí un refresco —dijo esta vez Nicole—. Ni siquiera hemos

cenado…

—Me uno al otro equipo, Nicky, lo siento. Que sean tres mojitos.

El camarero, solícito, se retiró para preparar los cócteles a las chicas. Mónica no le quitó ojo mientras se alejaba hacia la barra. Le había llamado la atención su pelo negro y frondoso, sus ojos rasgados y oscuros, su piel morena que tan bien quedaría mezclada con la suya, blanca como la nieve, haciendo un café con leche exquisito. Aunque ahora lo que estaba mirando era su culo, alto y prieto como a ella le gustaba. Desde hace algunos años, Mónica se había puesto muy en forma. No es que antes no lo estuviera, siempre estuvo en un peso idóneo, pero de un tiempo a esta parte y gracias a su trabajo en el gimnasio, las clases de zumba que daba y sus batidos de proteínas y comida saludable ahora estaba muy cachas. Sus amigas le vacilaban llamándole Elsa, por Elsa Pataki, puesto que además de su rubio natural, se había hecho su mismo corte de pelo. Muy cortito y que, a decir verdad, le sentaba de maravilla.

Hacía mucho tiempo que no tenía una relación, y otro tanto que no disfrutaba de buen sexo con alguien. Sin embargo, algo sabía de la prohibición de la tripulación de enrollarse con los de a bordo, así que debía enfocar el tiro hacia algún otro pasajero si no quería líos.

El atractivo camarero dejó las bebidas en la mesa mientras regalaba a Mónica una dulce sonrisa. Él solo trataba de ser amable y ella no debería dejarse llevar. Tenía que ser fuerte y no sucumbir a la tentación. Se despidió del grupo, dispuesto a retirarse a su chiringuito, pero su acento marcado hizo que Mónica no se resistiera y preguntara.

—¿De dónde eres?

—De puerto Rico. —Y enseñó de nuevo unos dientes blancos y perfectos.

—Ah, ¡qué guay! —exclamó sin saber qué contestar, pues nunca había estado y poco sabía de aquel país—. Gracias… por las bebidas.

—Pero ¿qué ha sido eso, Moni? —preguntó Ariadna cuando el chico se había retirado—. ¿Vergüenza? ¿Tú?

—Ostras, sí, sí, me he quedado noqueada. Está muy bueno, chicas. Me pone.

—Pues me parece a mí que lo tienes chungo porque estos están todos encorsetados en su papel, no va a arriesgar su curro por nadie.

—Ya… supongo —añadió Mónica, dando un sorbo a su bebida con su vista puesta en la dirección del camarero, quien también la estaba mirando.

—Madre mía, creo que vamos a tener un problema —sentenció Nicole, observando la escena de los tortolitos mientras apuraba su refresco—. Pronto empezamos.

La carcajada general de las chicas hizo a Mónica volver a Tierra, con ellas, y terminaron su bebida sin demasiados sobresaltos, pero con

muchas risas. Llegó el momento de ir a ver sus camarotes y organizar un poco el equipaje. Eso quien lo tuviera, pues la maleta de Ariadna todavía no había aparecido y tendrían que vestirla entre las tres. Prometía ser divertido.

Se dirigieron a los ascensores con una prisa infundada y esperaron lo que les pareció una eternidad. Los constantes comentarios de Mónica para animarlas a subir andando no ayudaron a hacer la espera agradable. Maldita obsesión tenía por hacer ejercicio. Al final Celia la acompañó, para que se callara, como hacía en ocasiones con sus hijos. A veces una ameba tenía más personalidad que ella.

El ascensor llegó y un grupo grande de personas lo abandonó. Nicole y Ariadna observaban los distintos tipos de gente que salía; parejas jóvenes, no tan jóvenes, grupos de amigos o familias al completo, niños, incluso algún bebé con unos padres valientes... Y, justo cuando parecía que no quedaba nadie dentro, salió él. Él. Y ella se quedó paralizada.

—Venga, amiga, entra, que parece que has visto un fantasma —apremió Nicole para que no se cerraran las puertas.

6. Él

¿Qué hacía él allí? ¿El mundo no era lo suficientemente grande para darse esa tremenda casualidad? Ariadna no podía creer lo que habían visto sus ojos, pero había parpadeado varias veces, se había pellizcado, abofeteado… y él seguía allí.

Mientras se cerraban las puertas del ascensor ella lo seguía con la mirada, lo veía alejarse tratando de ver hacia dónde dirigía sus pasos. Él, por supuesto, no echó la vista atrás en ningún momento. No sabía quién era ella. Aunque ella lo supiera prácticamente todo de él.

Hacía muchos años que le había perdido la pista, se había centrado en su trabajo y tratado de olvidarlo para seguir con su vida. Por su propia salud mental.

Él le dijo su primer *no*. Un *no* tajante, contundente y sin escrúpulos. Un *no* insignificante para alguien acostumbrado a decirlos, un *no* desgarrador que supuso un jarro de agua fría para alguien que todavía no estaba habituada a recibirlos. Y, sin embargo, un *no* que marcó un punto de inflexión en su carrera.

Desde ese momento, desde ese *no*, ella supo que ser actriz le iba a costar un esfuerzo, que no valía con tener una cara bonita o un cuerpo esculpido, como inocentemente había pensado en un principio. Entendió que esos atributos, aunque sin duda iban a ponérselo mas fácil, eran insuficientes y se esforzó. Trabajó mucho para labrarse la carrera que hoy en día tiene, para ser quien es: Ariadna Martín Tejada.

—Ari, ¿estás bien? —preguntaron las amigas, ya dentro de la habitación.

—Sí, sí, perdonad. Estoy bien. ¿Cómo no iba a estarlo? —dijo disimulando, queriendo desviar la atención, mirando a su alrededor—.

Esto es fantástico.

Lo era. Les habían asignado dos camarotes contiguos, con vistas al mar. La estancia era grande, tenía una cama de 1,50 presidiendo, frente a una mesa de escritorio con una pequeña pantalla de televisión y unas estanterías encima. A la izquierda de la cama estaba el armario, bastante grande por cierto, con puertas correderas de espejo y al fondo una pequeña sala, a través de la cual accedías al balcón, con un sofá biplaza y una mesita redonda de centro.

Ariadna observó la ropa que sus amigas tenían expuesta encima de la cama. Habían vaciado todo el contenido de sus maletas sobre la colcha de color azul marino.

—¡A euro, a eurooooo! Todo a un euro, ¡un euro!

—Me lo quitan de las manos…

Con lo que quería ser una alusión al mercadillo que tanto les gustaba visitar los miércoles en su ciudad, daban vía libre a Ariadna para escoger la que sería su indumentaria durante el viaje, ya que su maleta seguía, por supuesto y como era de esperar, sin aparecer.

Ariadna se vio en una complicada tesitura, pues si algo tenía su grupo es que era muy heterogéneo y ecléctico. Eso la llevó a tener que elegir entre conjuntos que, por ser sus amigas tan diferentes a ella, quizá hubiera tenido en la mano en la tienda, pero nunca habría llevado a la caja.

—Creo que me cogeré esto —dijo eligiendo un mono corto con algún volante de más para su gusto— y esto como básicos —añadió separando del montón también un vestido corto de lino de color verde.

—Buena elección, amiga —dijo Nicole con un tono de satisfacción por ser ambas prendas de su armario.

—Sigue, sigue, que el ritmo no pare — animó Mónica.

—Estos pitillos, sin duda —explicó Ariadna, poniendo unos pantalones blancos en su antebrazo—. Y este top. —Eligió uno ajustado del mismo color.

—Hala, ahí se va mi conjunto para la fiesta blanca —bramó Mónica, guasona.

—¿Sí? —preguntó apurada Ariadna— ¿No tienes más ropa blanca?

—Tranquila, *baby*, Nicole tiene un *vestidazo* blanco de sobra para mí. Estaba de coña.

—Vale, vale, entonces sigo.

Todas rieron y la *compra* continuó unos minutos más hasta que el armario de Ariadna tuvo cubiertos los básicos. Ya compraría alguna cosilla más al día siguiente. De momento, lo que les pedía el cuerpo era disfrutar de la fiesta de bienvenida que había programada para la primera noche. Aunque antes de eso deberían acudir a cubierta al simulacro de evacuación.

Se distribuyeron por parejas en los camarotes, quedándose Ariadna con Mónica en el que se encontraban. Celia y Nicole cogieron sus bártulos para llevarlos a la puerta de al lado, igual de cómodo y acogedor que el anterior.

—Oye, Cel, ¿ocurre algo? —preguntó Nicole a su amiga, mientras se arreglaban para la cena. Llevaba un rato viéndola muy callada y apocada.

—¿Por qué crees que Ariadna no ha elegido nada de mi ropa? —El tono de voz derrotista que desprendía la pregunta partió el corazón de Nicole, quien no sabía cómo decir con sutileza, pero con sinceridad, la verdad a su amiga.

—Eh, a ver… —no encontró las palabras— porque tienes ropa un poco clásica.

—¿Clásica?

—Sí, amiga, tu ropa es de madre, pasada de moda —dijo al fin con la delicadeza brillando por su ausencia—. ¿Cuánto hace que no vas de compras?

—Desde que nació Nicolás… —Nicole echó las cuentas de los años que tenía el hijo mayor de su amiga.

—Madre mía. Tenemos que poner remedio a esto. Mañana nos vamos de *shopping* por el barco o por la ciudad. Pero tú te compras algo de esta temporada.

—Y para la cena de hoy… ¿voy bien así? —preguntó Celia, mirando la imagen que le devolvía el espejo. Una mujer delgada, de estatura media, con un peinado recto de melena corta rubia y un vestido de tirante ancho, de cuello redondo y de largura similar a las enaguas de nuestras adoradas abuelas.

—Te sobran unos deditos de vestido por encima de la rodilla, no te voy a engañar— rio Nicole— pero vas bien, Cel, porque eres preciosa. —Nicole abrazó a su amiga de lado, quedando junto a ella frente al espejo y sintiendo una profunda ternura por ella, al verla tan vulnerable, una imagen a la que no las tenía nada acostumbradas.

Mientras tanto, en el camarote de al lado, una amiga que conocía perfectamente a la otra intentaba sonsacar el motivo de su mirada perdida.

—Ariadna Martín, ¿qué cuernos te pasa? —preguntó Mónica y, antes de que la aludida pudiera contestar, levantó la mano en señal de advertencia—. Y no me vayas a decir que nada. Te conozco.

—Moni, no es nada, de verdad. Solo es que antes, al subir, me pareció ver a alguien a quien, digamos, no le tengo en demasiada estima.

—¿Un ex?

—Ojalá. A esos por lo menos se los veía venir —rio Ariadna—. No, un hombre que me hizo mucho daño al comienzo de mi carrera, en el

terreno profesional… Pero que no era él, Moni, dejemos de darle importancia. Seguro que mi cansancio me ha jugado una mala pasada y veo cosas que no son. Es imposible que esa persona esté aquí.

—Pero ¿quién es él? ¿Lo conozco? ¿No vas a darme ningún detalle más?

Unos golpes en la puerta pusieron fin a la conversación para el alivio de Ariadna, quien no se molestó en contestar. Mónica se levantó para recibir a Nicole y a Celia, que esperaban exultantes al otro lado.

—¡Ey, mirad! ¡El barco se mueve! —gritó Ariadna desde el interior, mientras las invitaba a pasar. Sabía que tendría que dar alguna explicación más, pues había abierto un melón hasta entonces secreto para sus amigas, pero eso sería en otro momento.

Porque en ese instante, y juntas desde aquel camarote con balcón y vistas la mar, iban a ver su barco zarpar y alejarse poco a poco de tierra para adentrarse en unas horas de navegación.

7. Bienvenidas a bordo

Todo estaba espectacular. Las chicas avanzaban por la cubierta mirando a ambos lados para no perder detalle. También desviaban la vista de vez en cuando al suelo, pues sabían por experiencia que podía ser bastante traicionero. Horas atrás, en el simulacro de evacuación, más de un culo había besado tierra.

Rodearon la piscina, que estaba preciosa iluminada e invitaba a darse un chapuzón nocturno. Caminaron bajo el cielo de guirnaldas de colores, observando que les daban la bienvenida en todos los idiomas posibles.

Un rico olor a barbacoa les llegaba del otro lado de la piscina. Un cocinero ataviado con el gorro típico y un uniforme impoluto daba vuelta y vuelta a unas hamburguesas o perritos calientes, en función de la demanda de los comensales que admiraban hambrientos la preparación de su cena.

Celia y Ariadna fueron en busca de una mesa libre, mientras Nicole y Mónica con la comanda bien aprendida, se acercaban al chef a hacer su petición. Mientras esperaban su cena, decoraban sus platos y los de sus amigas con ensalada de todos los colores o patatas fritas.

Una vez las cuatro hamburguesas completaron los platos, Nicole y Mónica se dirigieron a la mesa que el resto del grupo había encontrado junto a una improvisada barra de cócteles.

—Gracias, chicas, os quiero. Y me alegro de que sea mutuo —dijo Mónica, guiñando un ojo a sus amigas mientras dejaba sus platos en la mesa y se sentaba junto a ellas.

—Pero ¡qué dices, chalada! —respondió Ariadna sin entender nada

y arrimando hacia ella el plato que mejor pinta tenía.

—Ahhhhhh —Celia entendió el agradecimiento de su amiga y le dio un codazo a su compañera— eso.

— Sí, eso —rio Nicole, llevándose una patata a la boca—. Moni casi tropieza un par de veces al darse cuenta de que íbamos a cenar al lado de su camarero preferido.

—Claro, es que a ver cómo me concentro yo con tanto movimiento rítmico de coctelera para arriba y coctelera para abajo. ¿Sabéis lo erótico que me resulta eso?

Todas estallaron en una sonora carcajada que volvió varias cabezas anónimas y otra menos anónima y más sensual hacia ellas. De pronto agitar una coctelera le parecía algo tremendamente sexi y no se veía capaz de llevarse bocado a la boca sin riesgo de asfixia. En un acto reflejo, no se sabe si fruto de los nervios del momento o porque trataba de resultar seductora, Mónica le guiñó un ojo. La cosa es que funcionó y una hilera de dientes blancos y perfectos asomaron solo para ella. O no, pero la ilusión se la llevaba.

Las cuatro amigas charlaron mientras disfrutaban de sus hamburguesas. El sabor de la carne les sorprendió tanto como puede sorprender que en un grupo de cuatro mujeres de cuarenta no haya una sola que sea vegana, que está muy de moda, pero, efectivamente, no era el caso. Y sí, la carne les encantó. Se relamieron hasta el último bocado de su plato, no dejando ni las migas.

Mónica se pasó buena parte de la cena echando miraditas prófugas a la mesa de los cócteles, siendo correspondida en un 75 por ciento de las mismas. No sé si el camarero se sentiría halagado o acosado pero lo que sabemos es que a la amiga le importaba un bledo porque no se cortaba un pelo.

Por su parte, Celia maldecía a su compañía de teléfono por no haberle informado correctamente sobre el *roaming*. Llamar a su familia estaba costando más de lo que jamás hubiera imaginado. Ella quería aprovechar para desconectar, eso pensó al separarse de ellos, pero no de forma tan drástica. Y tan solo unas horas más tarde sentía que con un audio esporádico de sus hijos no tenía suficiente. Los echaba muchísimo de menos. Y, aquí la dura realidad, no era mutuo. Según su marido los niños estaban fenomenal, se estaban portando de escaparate, comiendo sin remilgos y obedeciendo con disciplina militar… ¿Por qué con él se portaban bien y a ella se le rebelaban como esquiroles? Se alegró por ellos, era lo que se suponía que debía hacer, pero tuvo que conformarse con el vaivén de wasaps y tratar de cambiar el chip. ¿Lo conseguiría?

—Chicas, a ver, ¿qué pasa? Que parece que estoy cenando sola. — Nicole veía que sus amigas estaban más pendientes de lo que se cocía fuera de su mesa.

—De eso nada, monada. Como buena mujer que soy, puedo hacer dos cosas a la vez. Y mirar a dos direcciones al mismo tiempo —alegó Mónica poniéndose bizca.

—Perdonadme. Tienes razón, Nicky, vuelvo aquí —se disculpó Celia, poniendo el móvil boca abajo sobre la mesa—. Es que Tito hace un rato que no me contesta. Espero que todo vaya bien por casa.

—Seguro que sí, desconecta —recomendó Ariadna, tratando de aplicarse el mismo consejo, pues desde que se habían sentado a la mesa no había dejado de sobrevolar su mirada por encima de la gente, que ni Calleja, y de las mesas por si lo veía. Y Nicole, que es muy lista, se había percatado de ello.

—¿Queréis algo? —propuso Nicole—. Voy a la barra.

—Para mí un *Cosmopolitan* —dijo Ariadna—. No tengo ni idea de qué lleva, y no voy a levantarme para mirarlo en el cartel, pero siempre me ha hecho ilusión pedirlo.

—Mojito para mí. Con urgencia —rio Celia—. Lo necesito.

—¡Yo te acompaño a pedir, Nicky! —Mónica se levantó como un resorte.

—No, que tienes mucho peligro —sonrió—. Otro mojito para la niña. Ahora vuelvo—. Nicole se alejó unos metros del grupo.

Mónica se sintió algo ofendida. Como si ella no tuviera modales o no supiera guardar la compostura. ¿Mucho peligro? ¿Quién se había creído la pija esa? Sabía que no lo había dicho a mal, o eso quería creer, pero era mayorcita para decidir si ir a la barra por su propio pie. Le iba a cantar las cuarenta.

—Lo siento, Moni —dijo Nicole nada más acercarse, bandeja en mano, mientras depositaba los cócteles frente a sus amigas.

—Nada, tonta, me estaba cagando en toda tu pija estampa, pero no pasa nada —respondió Mónica de una forma tan espontánea que no pudieron por menos que echarse a reír.

—Tengo que ir a devolverla —dijo Nicole, sonriendo pícara, señalando la bandeja que tenía en la mano ya vacía.

—Pues ya estás tardando —vaciló Mónica. Ya había dado un sorbo a su bebida y no había morenazo que la levantara de ahí.

Nicole se retiró de nuevo, devolvió la bandeja al camarero y, de camino a la mesa, no lo vio. No se percató del trozo de madera que estaba levantado y tropezó dando un traspiés que casi la tira al suelo. Una mano desconocida, y seguro perteneciente a un alma caritativa, la salvó de una buena culada, aunque creyó torcerse un tobillo.

—¿Estas bien? —preguntó la bondad de una chica alta y pelirroja.

—Sí, muchas gracias —respondió ella rápido, irguiéndose como un resorte y huyendo despavorida. No podía creer haber hecho ese ridículo tan espantoso y la vergüenza en ese momento pudo más que cualquier tipo de dolor. Podría poner nombre y apellidos a algunas

personas que si la hubieran visto se habrían partido de risa. El debate sobre por qué a unas personas les hace tanta gracia ver las caídas de la gente sigue abierto.

Nicole se unió a la pandilla. Sabía que estaban conteniendo la risa bajo una apariencia de preocupación.

—Reíos a gusto, capullas —soltó, empezando ella misma a reírse.

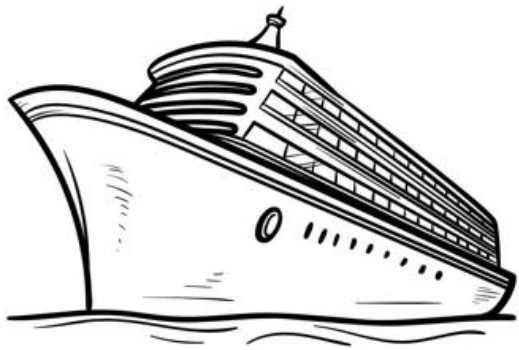
Después de unos largos minutos de expansión, la protagonista de todos los *zappings* explicó.

—Más vale que esa chica me ha evitado la caída. Me ha cogido al vuelo. —Y señaló a su salvadora mientras la miraba con detenimiento.

—Es muy guapa —declaró Mónica.

—Sí, Nicky, ¡vaya bellezón! No sabes tú nada —dijo esta vez Celia.

—Lleva mi vestido —añadió Ariadna, mientras todas las amigas la miraron incrédulas.



8. El vestido de una tienda nada corriente

—Un vestido igual que el tuyo —corrigió Nicole.

—Eso es. Compráis todas en las mismas tiendas —apostilló Mónica, sin meterse en el saco, pues ella presumía de comprar ropa en tiendas originales, de vanguardia y *vintage*.

—Sí, claro, un vestido idéntico al mío —rectificó Ariadna con sarcasmo—. Eso quería decir.

Más o menos convencida, desechó ese pensamiento para poder seguir disfrutando de la noche. Conforme avanzaba la velada y las mesas iban sustituyendo los platos por las copas, la música iba cambiando de ritmo. De pronto empezó a sonar la canción favorita de las chicas y, sin pensarlo, Mónica se lanzó a la pista seguida de Celia y Ariadna. Se entregaron al baile y se desmelenaron.

Nicole, mientras tanto, apuraba su consumición todavía sentada en la silla. Tenía alguna molestia en el tobillo, pero eso no era nada en comparación con el batiburrillo que tenía en su cabeza.

La chica pelirroja había salido de la nada para evitar que ella cayera. Parecía como la típica película donde el héroe rescata a la protagonista cuando está a punto de caer, donde vemos el inevitable tropiezo a cámara lenta hasta que todo acaba en un momento mágico, en sus brazos y con una mirada cómplice. Salvada en el último momento mientras suena una música romántica de fondo que hace que desees el primer beso.

Pero no lo era. Eso no era una película sino la vida real. Una vida real donde no tenían cabida salvadoras. Una vida real en la que su única heroína era Lucía, su mujer desde el año pasado, su compañera

de viaje desde hacía algunos años más y la chica con la que, desde hacía algunos días, no cruzaba palabra porque habían discutido antes del viaje. ¿El motivo? Todavía no estaba preparada para confesarlo a sus amigas. Eso y que el rencor era a su mujer como braga al culo, que diría Mónica.

No se la había podido quitar de la cabeza, y repasaba en bucle las últimas conversaciones con su pareja, hasta que apareció ella. De la forma más tonta, sus miradas se cruzaron, sus manos se rozaron unos breves segundos y el vello de todo su cuerpo se erizó por ese sutil contacto.

La salvó de tocar el suelo, le hizo tocar el cielo por unos segundos, pero enseguida su culpabilidad la estampó de bruces contra la realidad. No podía hacerle eso a Lucía, no aprovechando un bache en su relación. A partir de ese momento, cuando regresara a Torrevieja, las cosas cambiarían. Todo sería mejor. Solo tenía que ser paciente, relajarse y disfrutar del viaje. Sin líos de faldas. Y se autoconvenció de que lo lograría. ¿Era una ilusa?

—Ey, pequeña Nicky, ¿qué te pasa? —Ariadna, que había vuelto a la mesa para beber algo, interrumpió sus pensamientos. Le revolvió el pelo rizado mientras se sentaba a su lado.

—Estoy bien, solo un poco cansada y… Esto se mueve mucho, ¿no? —preguntó, señalando alrededor con ambas manos, haciendo alusión al vaivén del barco.

—Bueno, quizá algo, sí. Pero no me molesta. ¿A ti sí?

—Sí, estoy algo mareada. Quizá me vaya a descansar. ¿Me despides de las chicas? Dile a Cel que dejo el móvil encendido. Que me llame cuando llegue al camarote —pidió Nicole.

Pero no hizo falta. Celia, que tomaba aire aprovechando el cambio de canción, la vio despedirse de Ariadna y decidió abandonar la pista para unirse a ella. Su ritmo biológico ya era de madre, como su ropa, y al día siguiente llegaban a Mykonos y quería estar descansada.

Ariadna les dio un beso a ambas y se dirigió a la pista para buscar a Mónica, a quien suponía sola en medio del jolgorio, pero comprobó que esta de repente también debía de tener mucha sed y apoyaba su codo en la barra de cócteles.

—Hola, guapa, ¿quieres la última? —preguntó Mónica, cuando Ariadna se aproximó a ella, ofreciéndole otro taburete.

—Un mojito —pidió Ariadna directamente al camarero.

—Marchando.

—Qué poco aguante tienen las casadas ¿eh? —dijo Mónica.

—Ya me lo contarás mañana, Moni. Ya me lo contarás —rio Ariadna, viendo venir una resaca de campeonato.

—Aquí tiene, señorita. —El camarero *buenorro* puso el mojito delante de ella y esta empezó a beberlo, arrepintiéndose al primer

sorbo.

—Oye, Nicky está rara… ¿crees que se ha pillado de la chica que la ha ayudado? —preguntó Mónica, preocupada por su amiga.

—Puede… sí, creo que algo de eso hay. Yo he pensado lo mismo —confirmó Ariadna.

—Buf. —Fue la única respuesta de Mónica, quien de un largo trago vació su vaso.

—¿De dónde son? —preguntó de pronto el camarero con un acento suave.

—De Alicante, España. ¿Lo conoces? —contestó Mónica, contenta de que él mostrara interés.

—No tengo el gusto. —Y Mónica no sabía dónde mirar mientras él apoyaba sus antebrazos en la barra, acercando con el gesto sus labios a las chicas.

—Pues es precioso. Vivimos en la playa... —Y apenas salió un susurro de la boca de Mónica.

—Me encanta la playa —recalcó él mientras humedecía sus labios —. Tendré que ir por allí.

—Y la gente es súper simpática —Mónica iba enfilada con ese tono seductor—. No te arrepentirás.

—Con la muestra que tengo delante, de eso no me cabe duda. —Y sonrió. También con los ojos.

Ariadna empezaba a revolverse en su silla. Se sentía como en un partido de tenis y se debatía entre limpiar la baba de su amiga, por si otra Nicole se resbalaba, o retirarse con dignidad al camarote, confiando en la sensatez de su amiga. Optó por esta última, y se despidió de la parejita. Ambos le dijeron un deslavado << hasta mañana, que descanses >>, para proseguir sin dilación a lo suyo.

Ariadna caminaba de retirada distraída, mirando alrededor y comprobando que igual se les había ido un poco de las manos, pues ya no quedaba nadie en cubierta, salvo unos camareros recogiendo y los tortolitos. Sintió de pronto una fuerte brisa proveniente del mar y se arropó con sus brazos en un acto reflejo hasta llegar al interior del barco. Llamó al ascensor y esperó.

En ese momento, al estar parada, fue consciente del terrible dolor de pies que tenía. Sin duda, las sandalias que Mónica le había prestado eran un poco pequeñas y apuntó en su agenda mental la imperiosa necesidad de hacerse con unas de su talla en cuanto tomaran tierra.

Se abrieron por fin las puertas del ascensor y, sin mirar si salía gente, pues no esperaba a nadie despierto a esas horas, entró como una exhalación.

—Oye, tú, mira por dónde vas —dijo una voz grave.

—Uy, perdona —se disculpó Ariadna, agazapada todavía por el

frío y con las sandalias en la mano.

—De toda la vida hay que dejar salir antes de entrar. Es primero de educación y modales —insistió el ocupante del ascensor.

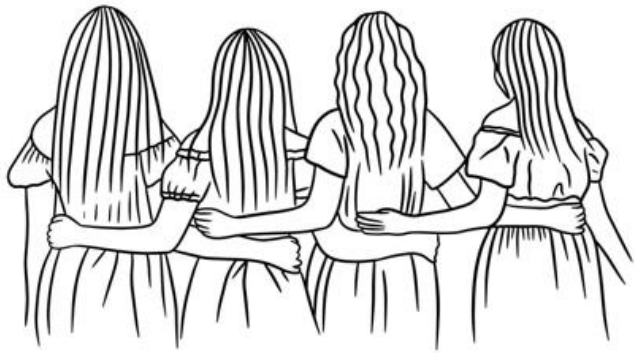
—Joder, lo siento. Ya te he pedido perdón. Iba despistada y no me he fijado —volvió a disculparse ya con un poco de mala leche.

—Pues a ver si vamos más atentas la próxima vez —sentenció él, volviendo a la carga.

Ariadna levantó por fin la cabeza, pues en esos segundos ni siquiera había hecho el amago de fijarse en su interlocutor. Estaba dispuesta a responderle y a cortar la conversación de raíz, ya que la reacción le estaba pareciendo desmesurada. Pero lo vio. Desafiante ante sus ojos. Y las palabras se quedaron atrapadas en sus temblorosos labios.

—Buenas noches. —Es lo único que acertó a decir y todos sus argumentos se deshicieron como espuma en el mar. Sus palabras se desvanecieron como un débil castillo de naipes, ante un ligero soplo de viento, con la sola presencia de ese hombre. Pulsó el botón hacia la planta de su camarote. Quería dormir.

Necesitaba unas horas de sueño para asimilar que todo era real, que Él estaba ahí y no se trataba de una pesadilla. Tenía que hacerse a la idea de que en cualquier momento su archienemigo podría cruzarse en su camino. Y ese escenario no le gustaba en absoluto.



9. Todo te resbala

El transatlántico llegó a puerto muy temprano por la mañana, cuando todavía la mayor parte del pasaje dormía. La tripulación preparaba todo para que los pasajeros disfrutaran del día en Mykonos.

Ariadna descorrió la cortina del camarote y se desperezó mirando el paisaje. Se alegraba de tener ante sus ojos las ansiadas casitas bajas y blancas y un paisaje de montaña que sustituía, por fin, a la masa de mar infinita de las últimas horas.

—Moni, despierta. ¡Hemos llegado a Mykonos! —exclamó al bulto inerte de la cama.

—Cinco minutitos más —remoloneó su amiga con voz pastosa.

Ariadna no tenía paciencia de esperar. Estaba ansiosa por descubrir todos los rincones de esa preciosa ciudad y solo tenían 24 horas para hacerlo. Había que aprovechar. Por no mencionar el león que rugía en su barriga.

Se dio una ducha rápida y se vistió con un short de Nicole, fresquito y floreado, y una camiseta de tirantes básica de Mónica. Escribió un wasap en el grupo de las cuatro, para avisar también al otro camarote de que bajaba a desayunar.

Antes de abandonar la habitación, echó un último vistazo a Mónica, que permanecía en la misma postura. Parecía que alguien había encontrado la cama y la almohada muy cómodas. O que tenía una resaca monumental, pues anoche no la escuchó llegar. Debió de hacerlo a las tantas. Anticipando una resaca de considerable magnitud, cogió una botella pequeña de agua y la puso en su mesilla. De nada. Cerró la puerta en silencio y salió. Avanzó por el pasillo enmoquetado saludando a una mujer que ya estaba preparando el carrito para la limpieza de las habitaciones y a algún otro huésped

madrugador. Cuando cogió el ascensor recibió un mensaje en su móvil.

<<Estamos abajo, en una de las mesas del fondo>>, decía Celia.

Entró en el comedor principal y un señor con el uniforme pertinente le dio los buenos días. Correspondió con educación mientras su mirada ya buscaba a sus amigas.

—¡Hola, guapas! —saludó desde la isla principal, al divisarlas segundos antes de unirse a ellas. Tardó unos instantes más en sentarse, pues no sabía el protocolo del desayuno; si tenía que cogérselo ella o, por el contrario, vendría un camarero a atenderla… Sus amigas le informaron del protocolo, tras lo que pidió un café bien cargado al camarero y se levantó para llenar un plato con el buffet del centro.

Minutos después, volvió a la mesa con varias piezas de bollería y su café ya estaba humeante en la mesa. Se sentó junto a las chicas mientras empezaba a soplar su taza.

—¿Qué tal habéis dormido?

—Yo muy bien —dijo Celia—. No tener a Borja berreando y desvelándome cada dos horas ha ayudado bastante.

—Me alegro mucho. A ver si esta semanita repones fuerzas y energía —respondió Ariadna, dando palmas y un primer bocado a su cruasán a la plancha con mermelada de melocotón.

—Yo regular. El barco se mueve muchísimo más de lo que yo pensaba con esta envergadura —expuso Nicole—. Tengo un mal cuerpo…

—Ya le he dicho que tome una Biodramina —repitió Celia, cogiendo el blíster del bolsillo interior de su mochila— pero ni caso. Es peor que mis hijos.

—No te preocupes, Cel, te lo agradezco. Pero se me pasará, seguro. Hoy estaremos en tierra firme todo el día —añadió Nicole sonriendo ampliamente.

—Por cierto, ¿qué os apetece hacer? —preguntó Ariadna, sacando un mapa turístico que se había agenciado en recepción, después de preguntar, nuevamente sin éxito, por su maleta y desplegándolo sobre un hueco de la mesa.

—Estábamos pensando que podríamos ir al centro para pasear un poco. Ya sabes, visitar lo típico que hay que ver… —explicó Nicole, mostrando en su propio mapa algunos puntos que había señalado junto a Celia. Ariadna asintió conforme.

—Y, por la tarde, ir a una playita de la que nos han hablado muy bien. Hay que coger un autobús para ir, pero dicen que merece la pena.

—Oye, fantástico —aprobó Ariadna sonriendo—. Todo me parece genial. ¿Cómo se llama la playa?

—Platis Gialos —apuntó Celia.

—De eso nada. —Una voz de ultratumba— ¿Quién te ha recomendado esa playa, chata? ¿Verdeliss? —Mónica había aparecido como de la nada y, uniéndose al grupo, se hundió en la silla como un fardo.

—¿No está bien? ¿No es bonita? —preguntaron desconcertadas.

—Mucho. Sí. De hecho, es preciosa. Arena fina y blanca, agua cristalina, un chiringuito, hamacas con sombrillas de paja… —describió Mónica ante las miradas, todavía más perplejas, de sus amigas.

—Me vas a perdonar, pero no te sigo —dijo una.

—No estoy viendo ningún problema en ello —afirmó tajante otra.

—Peeeeeero, es una playa muuuuuy familiar —resolvió Mónica.

—Valeeeee, ¿alguna alternativa? —pidió Celia enseguida ante las carcajadas de sus amigas—. Si desconecto de mis niños, desconecto también de los de los demás. Lo contrario no es de justicia. —Miraron a la mesa de al lado. Desde que se habían sentado, el niño de la mesa contigua no había dejado de dar por saco. Pobrecito. Y pobres sus padres, que no sabían dónde meterse. Pues, de entrada, lejos de un barco, señores. ¿Es un lugar para un niño que no llega a dos años? Ahí lo dejo.

—¡Paradise! —exclamó Mónica, levantándose las gafas de sol que se había puesto para protegerse de la luz.

—Esa es famosa por la fiesta que hay ¿no? —preguntó Ariadna.

—Bueno, si estáis de acuerdo, por mí bien —concedió Nicole, no muy convencida.

—Yupiiii, para eso hemos venido ¿no? Un día es un día. ¡Fiestuqui! —celebró Celia.

—¿Fiestuqui? —Mónica la miró—. Mira que eres carca. Nadie dice ya fiestuqui —rio—. Por no hablar de yupi… Voy a por *gasolina* para mi cuerpo —se mofó de nuevo negando con la cabeza.

A Celia le daba igual ser una antigua, lo tenía asumido. En ese momento estaba feliz. Había logrado hablar con su marido y sus hijos y, aunque los quería con locura, el griterío que se llevaban le recordó el agotamiento que tenía encima en buena parte gracias a ellos. Debía aprovechar la oportunidad de haber viajado sola y no en *pack*. Quería disfrutarlo a tope.

—Bueno, Moni, cuéntanos, ¿qué tal ayer con tu moreno? —preguntaron las chicas curiosas según su amiga posó el culo de vuelta en la silla.

—No estuvo mal… —dijo esta quitando importancia, haciéndose de rogar.

—¿Entonces hubo turrón? —adivinó Celia.

—¿Turrón? Ay, por Dios bendito, ¡que alguien me quite de al lado esta dinosaurio! —soltó Mónica, poniendo los ojos en blanco y todas

rieron.

—No te desvíes del tema.

—Hubo turrón, mazapanes y bien de zambomba… ¿queréis más detalles?

—Noooooooo, por favor. Un poco de compasión por mi castidad —rogó Celia entre risas.

—Pero ¿cómo fue? ¡Qué prisa os disteis! —dijo Ariadna.

—Poco después de subirte, Ari. Estuvimos hablando, mirándonos, riéndonos… Las manitas empezaron a ponerse revoltosas, a tocarse y los labios se pusieron celosos. Una cosa llevó a la otra…

—¿Dónde lo hicisteis? —quiso saber Nicole.

—¡Dónde va a ser! En su camarote —respondió Mónica, más ancha que larga, mientras las demás se miraban sorprendidas. Como alguien los viera juntos iban a tener un problema. Sin embargo, parecía que, a ella que ahora mismo engullía una tostada de aguacate, no le importaba lo más mínimo. Lo normal después de haber echado un buen polvo. Todo te resbala.

10. Al 99.99%

Muchos pasajeros ya abandonaban el barco. Algunos guías organizaban en el puerto nuevo a diversos grupos de gente a la espera de empezar la excursión que habían contratado para visitar la isla.

A las chicas les estresaba esa forma de ver la ciudad, deprisa y corriendo, como borregos, y los dejaban atrás con una sonrisa de superioridad. Una actitud altanera de quien piensa que lo suyo, sin duda alguna, es mejor. Así se sentían ellas, libres y dueñas de su destino. Se iban abriendo paso entre la gente arremolinada como podían.

—Ey, ¡mira por dónde vas! —gritó una voz.

Ariadna se dio la vuelta y no podía creer lo que veía.

—¿Otra vez tú? —farfulló, enfadada de antemano por los modales del otro.

—Sí, otra vez yo. Nuestros caminos no se cruzarían si fueras atenta. ¡Me has pisado! —increpó con una mirada sádica.

—Me temo que nuestros caminos se cruzan haga lo que haga, muy a mi pesar —añadió Ariadna, bastante indignada con su destino.

—¿Cómo dices? —preguntó él aparentemente desconcertado.

—Perdona a mi amiga —interrumpió Celia, agarrando a Ariadna por el brazo y retirándola levemente.

—No te preocupes —disculpó él—. Por lo menos alguien tiene un poco de educación.

Celia tiró de Ariadna, evitando un nuevo duelo dialéctico y, una vez estuvieron lejos del grupo de turistas, preguntó a su amiga.

—Pero ¿qué ha sido eso? ¿A qué viene tanta mala leche?

—Me pone enferma. Con lo grande que es el puñetero barco y me choco con él todo el maldito día —lamentó Ariadna.

—¿Es el mismo de la otra vez? —preguntó Celia—. Vaya casualidad, desde luego.

—Sí, siempre tropiezo con él. ¡Anda que no hay piedras en el camino! Pues siempre es él —contestó Ariadna, mientras sus pensamientos iban mucho más lejos en el tiempo.

Nicole y Mónica esperaban ya en la parada del autobús para ir al puerto viejo a visitar el centro de la ciudad.

—¿Qué hacíais, tía? —preguntó Mónica, impaciente, alzando el brazo para que parara el autobús que ya se aproximaba—. Casi lo perdemos.

—Nada importante. Perdonadme. —Ariadna se disculpó mientras subía junto con sus amigas al vehículo.

Fueron bordeando la costa, disfrutando del paisaje y viendo cómo el crucero y la gente, todavía arremolinada alrededor de él, quedaban atrás. Después de unos minutos llegaron al destino y bajaron para comenzar su visita a la isla. No tardaron en adentrarse en el laberinto de calles angostas de Mykonos, algunas de ellas bastante tortuosas. Todas engalanadas con flores y preciosos colores. Las chicas no tenían ojos para admirar tanta belleza. Caminaron y caminaron, fundiendo las sandalias con los adoquines, tatuando a cada paso la historia y el ambiente de la isla, recorriendo con la curiosidad de un niño aquellas callejuelas estrechas y empedradas mientras respiraban ese aire especial y regalaban a la isla toda suerte de suspiros, exclamaciones y admiración. También se detuvieron en algunas de las tiendas de ropa que lucían espectaculares para los turistas desde primera hora.

Mientras Celia y Ariadna compraban algo de ropa por motivos bien distintos, Nicole y Mónica caminaron admirando las casas. La mayoría de ellas eran cúbicas, con techos planos. Casitas de dos plantas, con escaleras exteriores, encaladas con balcones. Se detuvieron frente a una y se sentaron en un murete blanco a esperar. Mientras, observaron cómo un señor maduro pintaba con un rodillo la fachada de su casa. La que supusieron sería su mujer hacía lo propio con la puerta, dándole unos brochazos de color azul. Les llamó la atención lo inmaculado que estaba todo.

De pronto apareció un grupo muy numeroso, de hombres y mujeres de mediana edad, acompañado por una chica que parecía oriental, la guía, quien levantaba un paraguas amarillo plegable cerrado para marcar el camino. Las chicas se pegaron a ella con disimulo para escuchar si contaba algo interesante. Y es que es muy *cool* ir de independiente por la vida, de libre y de guay… pero es mucho mejor ser un poco cotilla y escuchar, como en este caso, alguna curiosidad sobre el lugar. Pudieron aprender, entre otras cosas, que la gente de la isla pintaba sus casas, negocios, incluso el suelo de su parcela, dos veces al año. Mínimo. De ahí que todo en el centro de

Mykonos luciera limpio y espectacular.

—¡Qué curioso! Así está de bonito —pensó Nicole en alto, viendo como el grupo, tras dispersarse por unos segundos para hacerse las fotos de rigor, volvía a congregarse para seguir a su guía hasta la siguiente parada.

—Bueno, bueno… Y hablando de bonito, ¡vaya par de bellas vienen por ahí! —exclamó Mónica, acompañando sus palabras con un silbido sugerente, viendo cómo sus amigas, con sendas bolsas en la mano, se abrían paso entre otro de los grupos organizados.

Ya todas juntas, continuaron su excursión hasta los cinco molinos característicos de Mykonos, para lo que subieron a lo alto de una pequeña colina desde la cual las vistas eran espectaculares. No desaprovecharon la oportunidad de hacerse fotos desde todos los ángulos posibles, en todas las posiciones imaginables, en solitario, por parejas, tres de ellas…

—¡Vamos a pedir a alguien que nos haga la foto! —sugirió Celia mientras, resuelta, se dirigía hacia una chica que estaba de espaldas admirando el paisaje desde una especie de mirador—. Perdona, ¿nos puedes hacer una foto? —pidió.

La chica se dio la vuelta y Celia supo que la conocía de algo. No era la primera vez que la veía. Supuso que era del mismo crucero que ellas, pero, como sus neuronas de madre le jugaban malas pasadas, no recordaba de qué.

—Ey, Nicky, mira. Tu salvadora —dijo Mónica, dando un codazo a su amiga mientras la pelirroja se acercaba con el móvil de Celia ya en la mano.

—Sonreíd —pidió la fotógrafa ante la cara atónita de uno de sus objetivos. Y alguna lo hizo.

Disparó varias instantáneas y, devolviendo el móvil a Celia, se despidió. No sin antes fulminar con la mirada a Nicole, quien permanecía perpleja, sin poder apartar sus ojos de ella y clavada en el sitio.

Vio cómo se unía a un chico alto y moreno. Únicamente lo vio de espaldas, pero intuyó que era atractivo. De pronto descubrir que esa mujer no viajaba sola le hizo la misma gracia que comer pepinillos en vinagre, cosa que le daba muchísimo asco. Apartó repentinamente la vista de la pareja y volvió su pensamiento junto a sus amigas.

—Estoy reventada. ¿Y si comemos algo por aquí? —propuso. Sabía que habían acordado volver al barco a comer, ya que tenían la comida incluida y sus bolsillos lo agradecerían, pero después de la pateada se sentía exhausta y necesitaba romper las reglas.

—Por mí bien. Podríamos acercarnos a la pequeña Venecia; son esas terracitas de ahí abajo —dijo Mónica señalando—. Seguro que con la brisa y esas vistas nos cargamos de energía para lo que viene.

—¡Perfecto! —aceptó Celia.

Las tres empezaron a andar, pero se dieron cuenta de que Ariadna no había enfilado el camino con ellas. Se dieron la vuelta para preguntarle qué pasaba.

—A ver, abuelita, ¿necesitas otra tirita?

—Chicas, en serio, decidme que no me estoy volviendo loca —declaró Ariadna, elevando gradualmente la voz y el nivel de enfado—. ¿Dónde está la puta cámara oculta? Esta tipa pelirroja —y masticó el descalificativo— llevaba el mono que me compré en Sfera antes de venir de viaje.

—¿Mi pelirroja? —saltó Nicole ante la mirada incrédula de todo el grupo.

—¿Cómo que TU pelirroja? —preguntó Celia, cayendo en la cuenta de que la había visto antes en la tienda de ropa mientras Ariadna estaba en el probador.

—Quiero decir, mi salvadora —rectificó Nicole saliendo del atolladero.

—¿Es tu mono? ¿Segura? —inquirió Mónica dirigiéndose a Ariadna mientras, alternativamente y de reojo, miraba a la chica para constatarlo.

—Mmmm al 99,99 por ciento. El mío o su hermano gemelo —corroboró Ariadna a modo de acusación—. O somos abanderadas de la misma moda o…

—Tiene tu maleta, amiga. Qué fuerte —concluyó Celia mientras el resto afirmaba con la cabeza. Todas menos Nicole.

—Pero eso no tiene ningún sentido —intentó disculpar ella—. ¿Por qué iba a tenerla?

11. No es amor, es supervivencia

Anduvieron en silencio durante unos minutos hasta llegar a la pequeña Venecia, lugar escogido por las chicas para hacer un descanso. Era un barrio especial, histórico, repleto de espléndidas y elegantes casas antiguas de color blanco, reformadas, que parecía que flotaran sobre el mar. La mayoría, de dos pisos, tenían balcones de madera de llamativos colores. Azul, rojo, verde o amarillo, tonos que también podían verse en sus puertas y ventanas, dando un toque pintoresco e impresionista al lugar. Aquel rincón casi desentonaba con el resto de la ciudad, por sus contrastes. Era maravilloso sentirse dentro de una postal o de un lienzo del mismísimo Van Gogh.

A las chicas les habría encantado sentarse en el muro que se levantaba sobre el mar y dejar colgando sus piernas, como haces en una piscina en un día de calor sofocante, cuando te sientas en el bordillo solo para mojar tus pies. Así de cerca sentían el mar. Eligieron, sin embargo, una de las terrazas. Una mesita baja, pequeña, con cuatro sillas de color azul cielo que parecían casi de juguete, en una taberna con mucho encanto. Demasiado. Con vistas privilegiadas, de primera línea para el espectáculo del mar, turquesa, bravo, rompiendo a sus pies, casi literal. Con el olor a salitre penetrando en sus fosas nasales. Un murmullo, el del mar, mezclado con el de las mesas vecinas, hacían de él un lugar mágico que invitaba al relajo y al romanticismo.

—No lo entiendo, ¡no lo entiendo! —repetía Ariadna en bucle—. ¿Cómo puede haber alguien tan ruin?

—Ari, yo creo que todo esto tiene que tener una explicación —apuntó Mónica.

—No veo yo a esta mujer la típica ladrona… —observó Nicole.

—¿Y qué aspecto tiene la típica ladrona, según tú? —preguntó Ariadna con retintín.

—Bueno, chicas, haya paz —pidió Celia.

—Es que la morenita —apodo cariñoso que tiene Nicole por su color de piel— no ve más allá de lo *pibón* que es la pelirroja. Qué pensaría Lucía…

—¡Ya está bien! —gritó Mónica—. Parecéis unas crías.

—Pues Lucía que piense lo que quiera, me la trae al pairo —reconoció Nicole, enfadada.

Todas se giraron y la miraron. ¿Había crisis?

—No me apetece hablar del tema. Cuando sea el momento, os lo contaré —prometió Nicole cabizbaja, adelantándose a la pregunta.

—Claro, Nicky, cuando lo necesites. Lo siento, nena, pero es que lo de esta chica pelo fuego me está quemando. Es demasiada casualidad que tenga medio ropero de mi casa y tengo que llegar al fondo de esto —aclaró Ariadna.

—Por supuesto que sí, y te vamos a ayudar —afirmaron las amigas.

—Creo que mi matrimonio se va a la mierda —soltó Celia, sin anestesia, mientras el camarero se abría paso en el escaso hueco entre mesas y les ponía la ración de patatas con queso feta que habían pedido minutos atrás.

Las chicas esperaron en silencio sepulcral a que el camarero terminara de dejar los cubiertos y platos en la mesa, segundos que se les hicieron años, conteniendo sus ganas de reaccionar. Vísteme despacio que tengo prisa.

—¡Whaaaaat! —exclamó Nicole, una vez el servicial joven se hubo retirado.

—¿Por qué dices eso? Pero no puede ser… —añadió Ariadna.

—No lo sé. De un tiempo a esta parte todo se ha enfriado. Andamos como locos con los niños de aquí para allá y apenas nos cruzamos por el pasillo un rato por la noche y estamos tan cansados que ni hablamos ni, mucho menos… Ya me entendéis.

—Bueno, pero es que vuestros hijos son muy pequeños, supongo que será normal —aventuró Mónica.

—No sé si es normal, quizá sí. Pero lo echo de menos. Antes por lo menos discutíamos, << tú no has hecho esto, yo he pensado lo otro… >> Ahora ni ganas. Bueno, y no solo eso, también me echo de menos a mí. Hace meses que no me reconozco cuando me miro al espejo. Me sonrío todas las mañanas tratando de encontrar un atisbo de la vitalidad, energía y atractivo que tenía años atrás.

—Pero si eres preciosa, cielo —observó Nicole, agarrando a su amiga de la mano.

—Gracias, pero no es lo que veo yo últimamente.

—Oye, siento el comentario que te hice ayer —añadió Nicole

arrepentida—. Lo de la ropa de madre…

—Descuida, está olvidado. Aunque no voy a negarte que fue un puntito más a la destrucción de mi autoestima. —Celia rio de lado.

—¿Lo has hablado con Tito? ¿Qué piensa él? —preguntó Ariadna.

—Sí, alguna vez ha salido el tema y le he preguntado si me seguía viendo atractiva. Y él, después de levantar los ojos del móvil y mirarme como si estuviera loca, me dice que sí, que como siempre. Pero lo dice desganado, como para salir del paso, ¿sabéis? No con brillito.

—Bueno, es que lo de la chispa está fenomenal para los primeros encuentros, pero el amor se transforma en cariño, respeto, compañía… Lo vuestro, con tres hijos, casi tiene que ser supervivencia.

Mónica hizo reír a Celia con este último comentario. Quizá tenía razón y lo suyo solo era una fase más de tantas por las que había pasado su relación.

—Tú lo quieres ¿no? Eso es lo único que hay que tener claro a pesar de todo —preguntó Nicole, sintiendo un pellizquito en su corazón.

Y sí, sí que lo quería. Y mucho. Sabía que ni de lejos Tito era el marido o el padre perfecto. Si por él fuera los niños comerían pasta todos los días, quizá ni estarían escolarizados o vacunados, mil vasos de yogur vacíos adornarían el salón y las sábanas lucirían desordenadas y sin colcha todo el año, pero quería a sus hijos como el que más. Era muy tierno con ellos y siempre les daba lo que necesitaban: amor. Arrancaba minutos al día para estar con ellos, hacer peleas de cosquillas o batallas de abrazos. Y con ella, hasta hace unos meses, todo iba bien. Era detallista, considerado y cariñoso. Cuando no estaba estresado, era incluso divertido. El sexo había disminuido de manera considerable, pero Celia era consciente de que bien podía ser por su actitud. Se veía tan desmejorada que afectaba irremediablemente en su forma de relacionarse con los demás. Aun así, encontraban sus momentos para disfrutar en la cama y vaya si lo hacían. Celia siempre fue abanderada del sexo con amor, con mucho amor. No podía permitir que la rutina o el agotamiento le pasara semejante factura. Tenía que recuperar la magia de su pareja y lo iba a hacer. Pondría más de su parte si Tito no estaba siendo consciente del problema. Encontrarían una solución. Las grandes historias de amor se merecen finales felices.

El móvil de Celia se iluminó y por una milésima de segundo pensó, y deseó, que fuera Tito, diciéndole lo mucho que la echaba de menos y las ganas que tenía de hacerle un traje de saliva. Pero enseguida borró la sonrisa bobalicona que se le había puesto porque el mensaje era del chat de padres del cole de Nicolás. ¿Alguien se había llevado por error una sudadera de color gris con un enorme y sonriente Mickey en el

pecho? Se adelantó a apagar el móvil antes de la avalancha de <<Yo no>> que se avecinaban. ¿Por qué se hace eso? Que conteste SOLO quien la tenga, ¿no? A veces no sé cómo no nos hemos extinguido todavía.

—Chicas, decidme que esto no es un gran hermano y que no hay cámaras en toda esta puta isla —preguntó Ariadna, señalando una mesa a unos metros de ellas. De espaldas, un tío bueno. De frente, ella: la pelirroja.

—Déjalo estar —recomendó Nicole—. No actúes en caliente. Pagamos y nos vamos a otro lado.

—Sí, estoy de acuerdo con Nicky —apoyó Mónica—. Nos retiramos al barco, nos cambiamos y… ¡Al paraíso! Mañana le damos una vuelta y vemos qué hacer con el tema maleta. ¿Te parece?

—Venga, pago yo. —Se ofreció Celia mientras se levantaba a saldar la cuenta y sus amigas hacían una sigilosa retirada.

En ese momento era el móvil de Mónica el que se iluminó de pronto, igual que su cara. Sus ojos se llenaron de luz y el resplandor no pasó desapercibido al grupo.

—¿Quién es? —preguntó Ariadna con tonito.

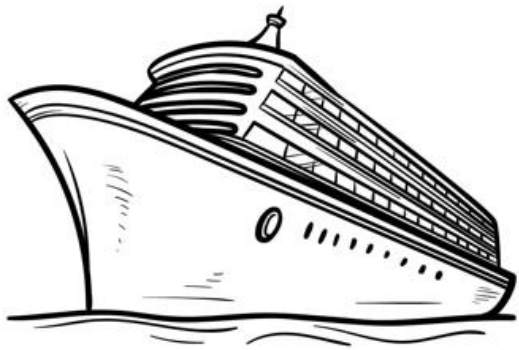
—Nadie —respondió rápidamente Mónica, pero, ante la mirada inquisitiva de sus amigas, rectificó—. Es él, Ricky, el camarero. Quiere saber qué hago esta noche.

—¡Anda! ¿Él no trabaja? —Se sorprendió Nicole.

—Ah, sí, sí, claro que curra —aclaró Mónica—. Pero la noche es joven y nosotros también. De modo que quizá lo invite a que cuando termine su turno se pase.

—Claro, escríbele ahora mismo, así no tenemos que trasnochar nosotras y nos hace el relevo —concluyó Celia ante las risas de todas.

Y es que llevaban una paliza considerable de andar, comprar, visitar iglesias… Caminar por las calles del centro de la isla era una gozada, a pesar del adoquín, pues todo era increíble y precioso, pero sus pies necesitaban una tregua. Y la energía de Mónica era desbordante. Tanto que no iba a perdonarles una pronta retirada, porque podían irse de Mykonos sin ver el puñetero pelícano famoso (pues ya habían dado mil vueltas y nada) pero sin la playa… no. Eso no.



12. El paraíso

El cansancio del día intentaba hacerse un hueco en el grupo, con persistencia, pero perdió la batalla contra la emoción y la ilusión de las chicas por conocer la playa Paradise. Excepto en el caso de Nicole, que estuvo a punto de abandonar a sus amigas. Las cuatro habían decidido regresar al barco a dejar las bolsas con las compras realizadas en el centro y a cambiarse de ropa para el plan de la tarde noche. Con lo que no contaban era con el apalancamiento que sintieron de pronto. Ese sopor que te invade después de comer y te quita las ganas de moverte a ningún lado. Pereza. Una infinita pereza que casi ganó el pulso a Nicole. Pero no.

Finalmente, esta también cogió el bus a la playa. Ante la firme promesa de sus amigas de que sería algo legendario, nadie en sus cabales podría renunciar a eso. Fueron todo el camino anticipando lo que vendría y creando expectativas que cumplir hasta que llegaron al destino. Bajaron los escalones del autobús de dos en dos, mirando por encima de los bártulos que llevaban para no tropezar.

Minutos después, pamelas, shorts y bikinis de la última colección, o penúltima en el caso de Celia, bajaban la pasarela de acceso a la playa. Sus manos acariciaban la barandilla de madera que las separaba del paraíso. Agua cristalina, turquesa, agitada por las motos de agua y pequeñas lanchas que circulaban a gran velocidad dejando una larga estela. La brisa, al soplar, liberaba por breves segundos sus cuellos de sus melenas al viento. La arena se intuía blanca y fina debajo de las miles… ¡Millones! de hamacas.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Celia— ¿Y la arena?

—¿Quieres hacer castillos, Cel? —rio Mónica.

—Eso sería, desde luego, un auténtico desafío.

Celia tenía razón. No cabía un alfiler entre las tumbonas y sombrillas de paja. No era la imagen que tenían de una playa paradisíaca, ya que las hileras infinitas de hamacas daban una sensación de apabullante masificación. Y está claro que en el paraíso lo que sobra es la gente.

—No cabe un alma. —Nicole torció el gesto.

—Vamos a dejar de lamentarnos y a buscar nuestro hueco —dijo Mónica con entusiasmo—. ¡Estamos en Paradise Beach!

Y si estuviéramos viendo una película, según Mónica terminara su perorata y las chicas pusieran sus pies en la arena, la música de los chiringuitos entregados a la fiesta, irrumpiría en escena, invadiendo los cuerpos de la pandilla y de los espectadores.

Caminaron por la orilla, intentando coger un hueco en la solicitada primera línea. Todo parecía ocupado hasta que de pronto unos turistas rubios, muy gambas, y muy borrachos también, desocupaban tres hamacas. Rauda, Ariadna desplegó su gran toalla de forma transversal a lo largo de ellas. Así las reservaba dando tiempo a Nicole y a Celia de coger sus toallas. De Mónica ni hablamos. Le faltó tiempo para desprenderse de los shorts y correr al agua.

—Ey, ¿qué hacéis que no os bañáis? —preguntó desde dentro dando saltitos y haciendo aspavientos.

—¡Ya vamos, Moni! —gritó Ariadna, desprendiéndose también de sus pantalones cortos y colocando la toalla, ahora sí, en una única hamaca—. ¿No venís?

—Yo voy a quedarme aquí tumbada un ratito —alegó Nicole, mientras acomodaba su trasero en la tumbona.

—Pues yo me voy a ir a beber algo. Tengo una sed… —Celia estaba maravillada con los murales de colores que adornaban las paredes blancas de piedra de los bares y chiringuitos. Podías encontrarte a un pavo o a un oso indicándote los metros que te faltan para llegar a un restaurante o a unos monigotes extraños diciéndote, en inglés, lo contentos que están de que estés allí.

Ariadna dejó a Celia admirando el arte urbano y a Nicole ya quedándose traspuesta. No sé cómo iba a poder dormir con ese ruido, pero no era asunto suyo. Se dirigió al mar y, al tocar el agua, los dedos de sus pies se encogieron como caracoles asustados en sus caparazones. La gélida temperatura le hizo dar un respingo hacia atrás. Pero ahí estaba siempre su amiga, atenta, deseando ayudarla a que la impresión fuera menor. Le salpicó todo el cuerpo. Cuantos más gritos de su amiga, más agua le echaba Mónica. Se divirtieron como niñas pequeñas y Ariadna perdió el frío inicial.

—Bueno, nena, ¿cuándo viene tu camarero?

—¿Ya os queréis ir y abandonarme?

—No digas tonterías —rio Ariadna—. Este sitio está genial. Lo digo

porque a mí no me engañas… te has pillado.

—Sí —reconoció Mónica. Su relación con Ariadna era tan estrecha que a veces pensaba que le leía la mente con algún truco extraño—. Pero esto no va a ninguna parte. Eso lo tengo claro.

—Bueno, nunca se sabe… las vueltas que da la vida.

—Ya, aun así. Prefiero no hacerme ilusiones. Sabes cómo soy.

Y sí, Ariadna sabía cómo era Mónica. Bajo esa fachada de tipa dura, esa coraza de imperturbable, había un corazoncito. Un corazón, todavía dañado, que quería amar. Pero sobre todo ser amado. Un corazón que día a día trataba de recomponer sus pedazos a base de olvidar aquella relación necesariamente olvidable, de quererse mucho a ella misma, de lamer sus propias heridas y de mimarse hasta la extenuación. Un corazón puro y noble que fue hecho añicos por una persona que no lo merecía, un corazón que ahora está lleno de miedo y prefiere poner ciertos límites al amor que ceder a sus deseos y romperse de nuevo. No, Mónica no quería sufrir otra vez.

—Claro, cariño, a tu ritmo. —Ariadna apoyó su mano en el hombro de su amiga. Pasaron unos minutos en silencio, tiempo donde las palabras no fueron necesarias. Cuando vio que la conversación y el gesto de Mónica se relajaban, decidió destensar el hilo y hacerle una aguadilla.

Por supuesto, le sentó mal y, por descontado, se la devolvió. Y después de unos minutos de picarse y jugar en el mar, tras los cuales apareció la piel de gallina, decidieron unirse a sus amigas.

Nicole y Celia se habían permitido la licencia de pedir un par de cócteles para Ariadna y Mónica, quienes se envolvieron en la toalla y se unieron a ellas y a su conversación.

—Madre mía, con tanto adorno en la copa no sé ni por dónde meter el morro —rio Mónica mientras, poniendo los labios en forma de pez, trataba de dar un primer sorbo—. Parecen las pamelas de Ascot.

—Gracias, chicas —Ariadna levantó su cóctel, entre risas, agradeciendo la invitación y miró con ojos en blanco a Mónica, dándola por perdida—. Perdonad, ¿de qué hablabais?

—Parece manía persecutoria —afirmó Nicole, embalada, casi ignorando a las recién llegadas.

—Sí, desde luego que es casualidad —corroboró Celia.

—¿Qué ocurre? ¿A quién hay que partir las piernas? —preguntó Mónica, ladeando su cabeza y dando leves sacudidas sobre su toalla tratando de quitarse el agua que le había entrado en un oído.

—¿Ella? ¿La has vuelto a ver? —adivinó Ariadna.

—Sí, está aquí —confirmó con desazón—, y no está sola.

—Vaya, ¿tiene pareja? —preguntó Mónica.

—Efectivamente, amiga.

—Bueno, tú también la tienes —arrojó Ariadna—. Pareja, quiero decir.

—Sí, sí, por supuesto. Solo ha sido un comentario. Ya ves, a mí me la trae al pairo —apuntó Nicole fingiéndose despreocupada.

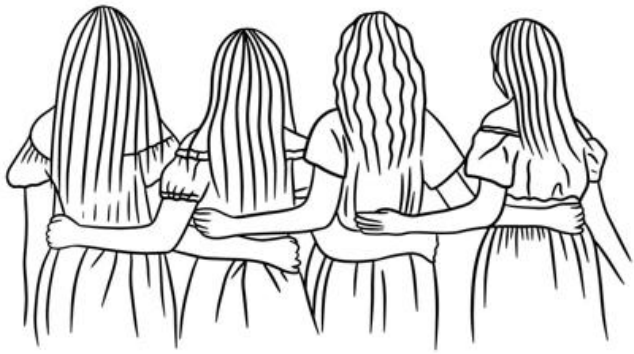
—¿Y dónde están? —preguntó Ariadna ansiosa, oteando a su alrededor.

—Si miras hacia allí —señaló Nicole—, tres filas más atrás.

Ariadna dirigió la vista hacia el punto que indicaba su amiga y la vio. Reía relajada, daba sorbos a su bebida con una pajita, tras lo cual se lamía los labios, seductora y se echaba la melena roja a la espalda dejando a la vista un gran escote.

Un gran escote con el que Ariadna sabía que iba a partir cuellos. Cuando metió ese top en la maleta era consciente de que alguien iba a admirarla. Como hacía en ese momento el hombre que permanecía de espaldas observando cada gesto de la pelirroja. Que, por cierto, vaya espalda se gastaba el chico. Una fortaleza en la que esperar al fin del mundo y de la que no salir nunca más.

Sintió rabia. Esa chica le había quitado la maleta. Estaba claro. Y para más inri, su amiga Nicky se había encoñado de ella, de una choriza. También cristalino. Debía hablar con la pelirroja y no demorarlo más. El panorama que se planteaba era inquietante, lleno de emociones fuertes. El viaje prometía curvas, algunas muy peligrosas.



13. Y llegó una fan

Ariadna estaba dispuesta a pedir explicaciones a la pelirroja. Así se lo hizo saber a las chicas. Nicole trató de calmar las aguas, de esperar el momento justo para decir las palabras adecuadas, de ¿ganar tiempo? Se había colado por ella.

Pero Ariadna ya lo había decidido, la paciencia nunca fue una de sus virtudes, y aprovechó que la chica se había levantado hacia la barra del chiringuito para seguirla y hacerse la encontradiza.

Se situó a su lado en la barra y esperó a que terminara de pedir al camarero las dos consumiciones para atacar.

—Hola, perdona que te asalte de esta manera —comenzó Ariadna —. No he podido evitar fijarme.

—Hola —respondió la otra, sorprendida y, a simple vista, abrumada.

—Te he estado observando y me encanta tu estilo.

—Vaya, esto sí que es un halago —reconoció la pelirroja con timidez—. Y más viniendo de ti.

—¿Nos conocemos? —preguntó Ariadna descolocada.

—No —titubeó—. Tú a mí no. A ti todo el mundo te conoce.

Algo saltó en el interior de Ariadna. Era su ego aplaudiendo. De pronto sintió orgullo de sí misma, reconocimiento por su trabajo. Por fin. Le hubiera encantado llamar a su madre, que viera que la gente la conocía por su profesión y que no era una don nadie.

—Vaya, gracias. —Ariadna se olvidó por un momento de lo enfadada que estaba y del objetivo de esa conversación.

—De nada. Te sigo desde hace años… — ¿Años?

—Creo que te has confundido. No soy Dafne Fernández —interrumpió Ariadna, de pronto confusa. No había despuntado como protagonista hasta hace más bien poco. Seguro que se trataba de un error.

—Lo sé, Ariadna. Como sé, por una entrevista que te hicieron, que odias que te confundan con ella. Pero os parecéis tanto… —Sonrió.

—Vaya, sí me tienes fichada. —Ariadna observó cómo su interlocutora se sonrojaba ante sus palabras.

¿Y ahora qué? Seguía enfadada. Le había cogido su maleta. No podía dejar las cosas estar. Miró hacia las hamacas. Sus amigas la miraban con caras expectantes, con un deseo de que no la liara, a pesar de tener la razón y todo su derecho a reclamar lo que era suyo.

—Sí, me entretiene la serie, me hace olvidar por un rato los problemas. Todo el equipo lo hacéis muy bien…

—¿De dónde has sacado la ropa que llevas puesta? —Ariadna cortó bruscamente su discurso a pesar de estar encantada con las palabras que estaban regalando a sus oídos. Tuvo que hacer un ejercicio de contención descomunal.

—Ehhh, la ropa… —Cambió la cara de la pelirroja. Trató claramente de ganar tiempo—. ¿Cómo dices?

—Perdona por ir tan a saco, pero intuyo que esa ropa no es tuya. De verdad, y lo siento, me estás pareciendo buena tía, pero tengo que saberlo. Necesito que me digas de dónde has sacado esa ropa.

—Pues del armario —contestó atropelladamente, mientras con celeridad recuperaba las dos copas que había pedido y se marchaba sin despedirse.

Ariadna no la siguió. ¿Le dio pena? No, no podía ser. ¡Estaba indignada! Tenía su ropa y encima la dejaba ahí plantada con la palabra en la boca. Eso no podía quedar así. Por muy fan que fuera, cosa que le había henchido el alma. La vio alejarse y refugiarse en esa espalda ancha. Con aspavientos le contaba a su acompañante, imagino, la conversación que había mantenido con ella. Cuando el hombre estaba a punto de girarse para mirar a Ariadna, esta desvió la mirada, que dirigió huidiza al camarero. Pidió cuatro copas. El sol estaba bajando y decidió reunirse con sus amigas para despedirlo, hoy sí, todas juntas.

Las cuatro sentadas en la arena, bien pegaditas entre ellas, apoyando sus espaldas en las tumbonas, disfrutaron de un atardecer increíble. El sol se escondía detrás de una montaña, que separaba el mar del cielo, ahora con tintes de fuego. Naranjas, amarillos, azules se combinaban con gusto exquisito ante sus ojos iluminando el mar en calma. Las olas, muy sutiles y sigilosas, acariciaban la superficie del agua tiñéndola de espuma blanca al desmoronarse. La luna pedía permiso para iluminar solo con su tenue luz. Todo estaba en calma a

ese lado. Paz que contrastaba con el ruido que tenían detrás pero que no quitaba magia al momento. Cuando el sol se ocultó definitivamente, las amigas se miraron, sonrieron y aplaudieron.

A veces pensaban que padecían de opacarofilia, o gusto por los atardeceres y amaneceres, pues siempre buscaban el mejor sitio para verlos y presenciar ese momento de relevo. El de aquel día no había entrado en su *top ten,* les gustaba más disfrutarlo en silencio, solo con el susurro del agua y no con tanto decibelio, pero lo admiraron igualmente y valoraron haberlo vivido en la mejor de las compañías.

Y, con la luna como testigo, empezó la diversión. Parecía que la música hubiera subido de volumen, como si eso fuera posible, y la atmósfera de la fiesta cambió. Los cuerpos se contoneaban al ritmo de las canciones que invadían el lugar. Las copas chocaban y las risas inundaban cada metro cuadrado de la kilométrica playa.

Celia, que no acostumbraba a beber porque seguía con la lactancia materna, esa noche lo hizo. Desconectó de su rol de madre tan intrínseco últimamente a su persona y se desinhibió. Se entregó al ambiente y al baile, tanto es así que creyó que su lugar estaba en una tarima, desde la cual regaló movimientos sexis y contoneos a decenas de personas, invisibles para ella, que la vitorearon al ritmo de los acordes. Se sintió una diva. Se sintió libre. Se sintió de nuevo ella.

Después de varios años Celia no se reconocía en las pocas fotos que se sacaba. Con sus hijos no escatimaba en disparos, pero si se trataba de ella, prefería no capturar el concepto que tenía de sí misma. Su pelo tenía canas nuevas cada día, a las que atribuía un origen estresante. Sus dientes, cada día más amarillos, fruto de los constantes cafés para despertar su alma y de los recortes en su propia higiene bucal por interrupciones varias. Sus ojeras, sus párpados caídos, de mirar con cansancio la rutina y la piel, de todo menos tersa, que cubría su cuerpo. Estaba agotada y ese es el aspecto que arrojaba. Hasta ese día en el que lo logró. Se vio como años atrás, sin reparar en la mancha del bigote que se le había quedado después del último embarazo. Se sentía sexi, guapa, deseada… y renació. A veces es necesario hacerse cenizas para resurgir. Como decía el gran Melendi <<ya he probado el fondo y no me gusta como sabe>>. Celia sabía que desde abajo solo quedaba volver arriba y ella, en ese momento, supo que lo lograría.

—Ey, gilipollas. ¿Qué crees que estás haciendo? —chilló de repente.

—…

—Aparta tus sucias manos de mí. —El chico soltó su pierna, no por las palabras de Celia, pues su aspecto bien vislumbraba que no entendía ni papa de castellano, sino porque el idioma de las miradas asesinas y los gestos son universales. Afortunadamente.

Nicole y Ariadna cogieron a su amiga de la mano, para evitar un conflicto mayor, la ayudaron a bajar de la tarima y se la llevaron entre el aplauso de su entregado público.

Anduvieron unos metros para reunirse con Mónica, quien había reservado una cama balinesa y ya se había puesto cómoda con otra ronda de cócteles para todas.

Se descalzaron, se tumbaron con ella y empezaron a dar a la *sinhueso*. Comentaron anécdotas, presentes y pasadas y planearon un futuro juntas. Lo soñaron, lo pidieron a las estrellas, se abrazaron y bebieron. Mucho. Pero no más de lo que se rieron. Las horas parecieron minutos, como siempre que uno está con su familia elegida.

Bien entrada la noche, cuando los bostezos y suspiros etílicos se apoderaban de ellas sin posibilidad de remonte, apareció Ricky, su salvador, rescatando a Mónica de una retirada al barco inminente, pues era la única que tenía carrete para rato. La única a la que esa cama le había incitado a algo más que a contar ovejitas.

Lo saludaron a gritos, desde lejos, por si el wasap de Mónica con la ubicación exacta no fuera suficiente. Bajaron a la arena y, como llaman los supervivientes de un naufragio a un avión o barco, levantaron sus brazos de forma exagerada. Para que las oyera. Él se acercaba sonriente, ajeno a las tres locas que llamaban su atención, pues tenía claro su objetivo; la chica rubia, de pelo corto, que había captado su atención sin mover un dedo.

La vio, se descalzó, se subió con ella a la cama mientras las amigas miraban curiosas. La agarró por la cintura, la arrimó a él como pudo y la besó. Así, sin más ni más. Así, sin más ni menos.

Ariadna, Nicole y Celia corrieron las cortinas de la cama y, con los pies descalzos por la arena, se alejaron de la pareja. Los dejaron solos, escondidos de la multitud.

14. Cómplice a bordo

Eran las cuatro de la mañana cuando las chicas entraban por la pasarela del barco arrastrando sus cuerpos agotados, soñando con tumbarse en la cama.

—Qué aguante tiene Mónica —resaltó Nicole—. Hoy una que termina la noche en triunfo.

—Perdone —dijo una voz a su espalda—. ¿Es Ariadna Martín? —La aludida asintió—. Ha aparecido su maleta. La tiene en la puerta de su camarote.

—Oh, vaya, muchas gracias —añadió Ariadna, sorprendida, dejando atrás a la amable señorita de recepción, pensando dos cosas. Una, que quizá había dos que terminaban la noche en triunfo y, dos, que había juzgado mal a la pelirroja. ¿Le debía una disculpa? Bueno, había sido bastante suave. Tampoco le había dicho nada de forma directa. Solo le había hecho una pregunta.

—Qué bien, guapa, ya tienes tu maleta —sonrió Celia, con los ojos entrecerrados por el sueño, deseando que no hubiera más interrupciones porque aún recordaba la última vez que se había dormido de pie.

—Sí, estoy deseando cogerla —respondió Ariadna, entrando en el ascensor y pulsando el botón del piso en el que se encontraban sus camarotes.

Caminaron por el suelo enmoquetado intentando no hablar alto y no molestar al resto de viajeros, poniendo en tela de juicio la teoría que afirma que la moqueta insonoriza. Sin embargo, Nicole sintió unas ganas irrefrenables de estornudar y lo hizo. Lo hizo a su manera. Exagerada, estruendosa. ¿Por qué hay gente que cuando estornuda no puede reprimir semejantes gritos? Parece que les están asaltando los

mil demonios. Ariadna puso la mano en la espalda de su amiga instándole a terminar de morir dentro de sus cuatro paredes. De ese modo, hicieron un último sprint hasta sus habitaciones.

Como una exhalación Ariadna cogió su maleta del pasillo. Efectivamente estaba donde la recepcionista le había indicado. Abrió con la tarjeta la puerta, pero al mirar a la derecha para despedirse de sus amigas, vio que Celia estaba dormida de pie, por lo que decidió meter su maleta rápido en la habitación, cerrar de nuevo e ir al otro camarote para ayudar a Nicole.

Sujetó a Celia mientras Nicole abría con dificultad la puerta de la habitación. Lo logró. Entraron juntas y Nicole deshizo la cama. Tumbaron con delicadeza a Celia, que lo cierto es que cayó como un peso muerto sobre el colchón. Hacía mucho que no salía, se notaba. Hacía mucho que no bebía, eso también cantaba como el alerón de un *jogger*. Las dos amigas la miraron con ternura. Sin duda, lo había dado todo y estaba exhausta. Solo quedaba dormir la mona antes de llegar a Santorini.

La desvistieron entre las dos. Primero las sandalias, luego el short… Nicole se agachó a coger el pijama de debajo de la almohada para ponérselo cuando sofocó un grito.

—Aaaauuuu —gimoteó.

—¿Estás bien, Nicky? —Se preocupó Ariadna.

—Sí, tranquila. Me ha dado un tirón —dijo acariciándose el costado.

—¿Seguro? Tía, estás pálida —insistió Ariadna.

—Sí, seguro. Es solo que… —Nicole interrumpió unas palabras que estaban atrapadas en su boca desde hacía semanas. Unas palabras que querían salir, pero eran demasiado importantes para despilfarrar.

—Cariño, sabes que me puedes contar cualquier cosa.

—Estoy embarazada. —Y las palabras salieron. Y Nicole se liberó. Como un eructo choricero en condiciones después de una barbacoa.

—Ostras… —Ariadna se tapó la boca—. ¿Estás contenta? —preguntó, porque no sabía cómo reaccionar.

—Sí, lo estaba.

—¿En pasado? —Ari se sorprendió.

—Ahora estoy asustada.

—Bueno, entiendo que será normal. ¿Y Lucía? —se atrevió a preguntar Ariadna.

—Bueno, digamos que está contenta, sí. A su manera. Es un poco largo de contar —balbuceó—. Tampoco quiero que se enteren ellas todavía —indicó señalando a Celia.

—Creo que por ella hay poco problema —rio Ariadna con malicia, con lo que Nicole relajó su gesto y sonrió también.

—¿Tienes tiempo?

—Para ti, todo el del mundo, preciosa. —Y se sentó en el sofá junto a su amiga.

Hablaron hasta las tantas. Qué liberador resulta soltar lo que uno lleva dentro. Cómo se distribuye el peso de las preocupaciones cuando tienes a alguien con el que poder compartir tu propia carga. Sin amigas con las que vaciar la mochila y volverla a llenar no somos nada. Nicole esa noche dormiría a pierna suelta a pesar de los calambres nocturnos. Había compartido su secreto y, por lo menos con Ariadna, no tendría que fingir. Ya tenía una cómplice a bordo.

Antes de amanecer, Ariadna se retiró a su camarote. Comprobó que Mónica todavía no había llegado. El conejito de Duracel era un principiante a su lado. Emocionada, abrió la maleta sobre la cama, no podía más de la curiosidad por tocar sus cosas. Con esa ilusión previa a abrir un regalo de Reyes, esa emoción propia de un niño que abre un paquete deseando encontrar lo que pidió. Sin embargo, no dio crédito a lo que vio. Necesitaba una explicación. Sorprendida y, sobre todo, bastante enfadada, cogió un cigarro y salió en dirección a la cubierta más próxima.

Iba embalada, mirando al frente sin ver, cuando tropezó.

—¡Pero bueno! ¿Qué regalan? —farfulló una voz varonil.

—¡No me lo puedo creer!

—Vaya, no es la disculpa que esperaba después de ser arrollado por un miura —añadió el hombre con tono desagradable.

—No estoy de humor, gracias —dijo Ariadna sin mirarlo a los ojos, intentando hacerse un hueco y pasar.

—¿Y lo tienes que pagar conmigo, dándome semejante empujón?

—Bueno, pelín exagerado también eres, ¿no? Apenas nos hemos rozado —intentó quitar importancia ella.

—Claro, perdona —dijo irónico—, tengo que disculparme yo por ponerme en tu camino.

—Tampoco he dicho eso… Quiero pasar, por favor —pidió Ariadna, ya cansada, mostrando el cigarro que indicaba sus próximos pasos.

—Es malísimo para la salud. Además de asqueroso. No lo haría nunca —afirmó negando con la cabeza a un lado y a otro.

—Genial, todos tenemos nuestras líneas rojas. Gracias por el consejo. No lo tendré en cuenta, pero se agradece.

Y desapareció. El hombre por fin se hizo a un lado y le dejó el camino del pasillo libre. Y pasó. Sin mirar atrás, se dirigió a la cubierta y encendió el cigarrillo. Inhaló y exhaló el humo retenido en la boca sintiendo cómo el humo abandonaba su cuerpo por los labios y por la nariz con cada calada. Otra vez se había chocado con el impresentable del casting. Qué había hecho mal en otra vida para que el karma se lo devolviera poniéndole a ese tío de nuevo en su vida.

Con el daño que le hizo. Repasó el encontronazo que acababa de tener con él. Realmente era muy maleducado y desagradable. Quería alejarse de él. Con ese firme propósito, apuró las últimas caladas del cigarro y regresó a su camarote. A partir de ese momento abriría bien los ojos para no tener que verlo nunca más.

15. Mirad ese burro cómo baja

Amaneció un nuevo día. Si las chicas hubieran abierto la ventana, tendrían Santorini ante sus ojos, pero estaban demasiado dormidas para admirar cómo el barco se aproximaba, sin alcanzar, la isla.

Un paisaje espectacular de mar y montaña, con bóvedas azules que coronaban edificios blancos.

Decidieron robar unas horas al día para dormir, pues querían disfrutar como se merecía de la isla y tenían dos días completos para hacerlo.

Cuando consideraron que habían dormido suficiente bajaron a desayunar. Afortunadamente había uno de los restaurantes con horario amplio y pudieron hacerlo sin problemas. Qué bien sientan unos cruasanes a la plancha con mantequilla, mirando al mar, y con todo el día por delante, en blanco y por pintar.

Lo primero que querían visitar era Fira, la isla más importante de Santorini. Era una ciudad realmente pequeña, al borde de un acantilado, que habían leído que merecía la pena conocer. Decidieron perderse por las calles de la ciudad sin prisa y absorber toda la belleza de sus rincones. Caminaron por las calles empedradas, admirando nuevamente la blancura de las casas y Celia aprovechó para comprar algún *souvenir* para sus niños. A mediodía, cuando los pies cansados les dieron el primer toque, pararon para comer. Lo hicieron en una terracita un plato típico griego que era como una construcción de una lasaña a base de macarrones, y con bien de queso. Estaba muy rico, pero creyeron que tras metérselo entre pecho y espalda saldrían rodando de allí. Decidieron andar un poco más para visitar el puerto antiguo, del que las separaban solo seiscientos escalones. Tenían varias opciones entre las que todos los turistas se debatían llegados a

ese punto. Bajar andando, siempre es bueno mantenerse en forma, hacerlo montadas en burro y que sean ellos los que bajen o coger el teleférico y simplemente hacer el ejercicio de disfrutar mirando por la ventanilla el paisaje según te aproximas al mar.

Desestimaron la primera opción por tener la pasta en la boca todavía y, tras mirarse las sandalias de tiras que acogían sus pies, rechazaron también la segunda. Sentían una profunda lástima por los animales. Sabían que era una tradición, algo integrado para ellos, pero les daba pena. No podían evitarlo. Y los evitaron.

Optaron por el teleférico desde el que observarían bajar a los burros con turistas en el lomo y a los animados que lo hacían a pie.

—Mirad ese burro cómo baja —señaló Ariadna una vez estaban todas en la cabina, ya descendiendo la colina.

—¿Qué burro, tía? Si están todos parados en este momento —preguntó Nicole.

Ariadna se echó a reír que no pudo más. Se sostenía la tripa como si se le fuera a desprender de las carcajadas.

—Ese de allí —insistía ante el asombro de sus amigas, que trataban de seguir la dirección de su mirada.

Mónica se unió a la carcajada, sabiendo a qué se refería su amiga y añadiendo algún exabrupto más, mientras las otras dos seguían perplejas.

—Espera, ¿ese no será…? —Nicole cayó en la cuenta por fin.

—¡No fastidies! —rio Celia—. ¿El impresentable con el que no dejas de toparte?

—Está en forma el tío, eso no se le puede negar. Para los años que tiene… —observó Mónica.

—¿Y qué sabes tú cuántos años tiene? —Se sorprendió Ariadna.

—49. Mi ojímetro no falla nunca —explicó Mónica.

—Quizá tengas razón. Podría llevarme perfectamente nueve años cuando… —Ariadna se interrumpió consciente de que sus amigas estaban expectantes.

—¿Cuando qué, Ari? ¿De qué lo conoces? —preguntó Nicole.

—Y, sobre todo, ¿qué hace que le tengas tanta manía? —quiso saber Celia.

—Sí, aparte de su personalidad ególatra —apuntó Mónica.

Ariadna condensó en unos minutos aquel veredicto y posteriores lágrimas. Tenía veinte años y mucha ilusión intacta por una profesión que acababa de descubrir. Su abuela, que sí apoyaba su sueño de ser actriz porque es lo que siempre le hubiera gustado ser a ella, le avisó de un importante casting en su ciudad. Buscaban jóvenes para una serie de sobremesa, que encarnaran a adolescentes para mostrar su día a día, sus enamoramientos, juergas y enfados. Luego se vio que fue un auténtico filón.

Ella se preparó a conciencia para ese papel, se rodeó de sus primas adolescentes y de sus amigas, buscó sus frases típicas y sus formas de hablar, pues ella era joven pero no tanto. Incluso cambió su aspecto físico para parecer algo más joven y gracias a su rostro aniñado y sus escasas curvas, creyó que lo lograría.

Se presentó en ese gran escenario del Teatro Municipal de Torrevieja, pisando fuerte ante los seis ojos que la miraban atentos desde el patio de butacas. Una mujer entrada en años, muy arreglada y segura de sí misma, un señor algo más mayor, que fue quien le dio la bienvenida y el pie para comenzar la prueba y Él. Aquel chico tan guapo, un poco mayor que ella, al que adivinaba un cuerpo cuidado y esculpido bajo esa camisa blanca. Ese hombre que en ese momento clavaba sus ojos azules en ella y ante el cual tenía que controlar sus nervios, pues de forma irremediable le imponía. Con expresión neutra, se mostró imperturbable todo lo que duró el casting y cuando Ariadna terminó su intervención, fue el último en emitir su juicio.

Ella permanecía nerviosa, jugando con sus manos, mientras la mujer y el hombre más mayores valoraban que lo había hecho muy bien, reconocían el trabajo que había detrás, manifestaban que les había llegado la energía de la juventud que necesitaban plasmar en pantalla. Se despedían con un <<te llamaremos>> que Él interrumpió. Y es que no había unanimidad. Donde sus compañeros habían visto un joven talento, él…

<<Donde no hay mata, no hay patata. Donde no hay, no se puede rascar. ¿Quieres que siga? Se nota que te apetece salir en la tele, pero no se nota que ames la profesión. Estoy seguro de que te encantaría codearte con todo el elenco, porque soy consciente de que se han filtrado algunos nombres, pero no buscamos una friki fan. Queremos una actriz. Que interpretará a una joven camarera, y se lo pasará muy bien rodando, sí. Pero esto va en serio. Y no, no te vamos a llamar, porque este papel necesita pasión y, qué quieres que te diga, no la tienes. No. No basta con una cara y un cuerpo bonitos, queremos a alguien profesional que esté dispuesta a trabajar>>.

Y Ariadna no tuvo turno de réplica. Permaneció como una estatua sin reaccionar hasta que el siguiente candidato le pidió paso y se fue detrás del telón. Esas palabras fueron directas a su corazón, a su alma y a su ego. Directas a destruir un poquito de su autoestima y de su amor propio. Tuvo que trabajar mucho en transformarlas en algo constructivo sobre lo que seguir cimentando su carrera porque tenía claras dos cosas. Que no iba a cejar en su empeño de ser actriz y que no iba a olvidar nunca la cara de ese capullo.

El teleférico llegó abajo y las chicas, un poco conmocionadas con la confesión de Ari, abandonaron la cabina y caminaron hacia el puerto sometiendo a Ariadna a un tercer grado. Mientras ella disipaba

todas las dudas de sus amigas, buscaban el catamarán que las llevaría a ver el atardecer.

Preguntaron a los lugareños, e incluso en la tienda de *souvenirs*, hasta dar con la respuesta. El barco llegaría en diez minutos y debían esperar junto a una fila de gente que ya se arremolinaba junto al mar.

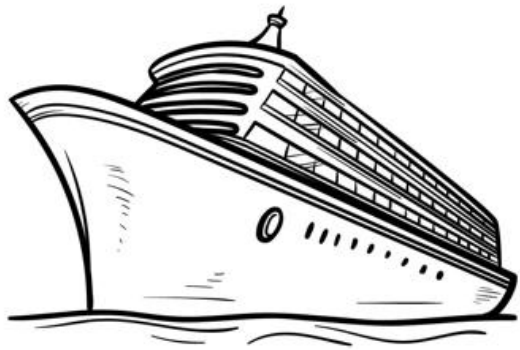
Ariadna divisó al fondo que venía el catamarán y se giró para alertar a sus amigas. Pero al darse la vuelta lo vio. Su archienemigo había bajado los seiscientos escalones y ya se aproximaba a su posición. Sin duda, estaba en forma. Acababa de confirmarlo, pues no había tardado nada. Nuevamente el destino los unía esperando al mismo barco.

Se colocó detrás de ellas en la fila. Una fila que poco a poco se fue definiendo ante la proximidad de la embarcación. Ariadna trató de no mirarlo directamente, aunque alguna mirada prófuga se le escapaba de vez en cuando. ¿Qué hacía un tipo como él allí? ¿Había viajado solo? Ahora, desde luego, lo estaba. Fueron pasando uno a uno la pasarela para tomar asiento en el barco, pero justo al embarcar las chicas, el capitán comunicó a los que esperaban que solo quedaba una plaza. Estaba claro que Él pasaba. Eso si alguien no hubiera intervenido.

—Va con nosotras —improvisó Ariadna señalando la chica que esperaba su turno justo detrás de Él.

Se creó un instante de confusión, en el que la aludida no sabía si fingir y aprovechar la coyuntura tragándose su moral, o ceder el paso al hombre que tenía delante como era lo justo. Un guiño de ojo de las chicas la convirtió en cómplice y, dejando de lado a un pasmado tío bueno, embarcó junto a sus supuestas amigas.

El catamarán zarpó y, entre las risas de todo el grupo, fue dejando atrás la isla. Sin embargo, Ariadna no se libró. Sintió su mirada, una mirada penetrante, intensa y llena de intenciones que se quedaba en tierra esperando su oportunidad de navegar.



16. Soy toda oídos

A Ariadna nunca le habían hecho gracia las aguas termales. Le recordaban a las piscinas pequeñas, para niños, en las que te bañas en caldo de pollo, para terminar como una pasa, tratando de pasar por alto que esa temperatura se haya alcanzado porque se ha meado un niño. O varios a la vez.

Sin embargo, en esa ocasión, en ese enclave precioso, rodeado de montañas, sintió la energía de La Caldera. El calor de ese manantial termal provenía de los efectos submarinos del volcán y sintió que la naturaleza era simplemente maravillosa.

Después del momento de relax, tomaron el sol en el barco para broncearse un poco. Queda muy raro regresar de un viaje en el que hay playa y volver marmolado.

El grupo era bastante reducido. Se escuchaban risas aquí y allá y todo el mundo disfrutaba de la excursión. No obstante, Ariadna no pudo evitar observar los movimientos de su nueva <<amiga>>. Por algo la había colado. No le parecía mala persona, pero a veces las apariencias engañan y necesitaba comprobarlo.

—¿Por qué lo has hecho? —quiso saber la chica—. ¿Por qué has decidido dejarme pasar?

—Necesitaba aclarar las cosas y me pareció que aquí —aclaró Ariadna señalando en derredor— estaríamos tranquilas—. Y por dar en las narices al narcisista ese—. ¿Por qué aceptaste subir?

Nicole, Celia y Mónica desaparecieron de su lado para darles la intimidad que necesitaban. Aunque Nicole no pudo evitar mantenerse relativamente cerca para escuchar lo que decían.

—Yo subí porque también necesitaba aclarar las cosas —manifestó la pelirroja mirando al suelo.

—Está bien. Soy toda oídos. Porque lo que está claro es que todo se trata de un graaaan error.

—En el aeropuerto encargué a mi acompañante que me recogiera la maleta. —Hasta ahí a Ariadna le encajaba la historia. No necesitaba saber que la pelirroja también hizo un pis inoportuno—. Solo le recordé que era de color turquesa. Él la cogió de la cinta, yo me uní a él y no comprobé su contenido hasta llegar al barco. Era idéntica…

—Lo sé —dijo Ariadna.

—Tienes que creer… —se interrumpió—. ¿Lo sabes? ¿Cómo que lo sabes?

—Ha aparecido tu maleta. La tengo yo. Te la perdieron, tú cogiste la mía por error y como yo la reclamé me han dejado la tuya, pensando que era la mía, en el camarote. Supe enseguida que no era mía porque en el asa tiene un pequeño *rayajo*.

—Es verdad, me lo hicieron en otro de los viajes que sufrió. Lo siento.

—¿Qué sientes exactamente? ¿Haberte quedado con algo que no es tuyo?

—Reclamé la mía en recepción, en cuanto vi que no era la ropa que había traído, pero los trámites han ido más lentos que los del aeropuerto por lo visto. Cuando me abordaste el otro día me sentí morir. De vergüenza, claro. No soy ninguna ladrona. Simplemente, no sabía de quién era y, mientras, como no tenía ropa que ponerme, tomé una mala decisión. Hasta que fuera de compras, pensé en utilizar alguna cosa de la maleta. No pensé en las consecuencias. Actué un poco a la desesperada. —Se disculpó con mucho bochorno.

—Vale, vale… —A Ariadna nunca le había gustado ver a alguien ser tan duro consigo mismo. Tampoco había matado a nadie.

—Fui una idiota. ¿En qué estaba pensando? No sé cómo pude. —El arrepentimiento de la pelirroja sobrecogió a Ariadna.

—De verdad, no te preocupes. Lo entiendo. —Y esa condescendencia animó a la chica.

—Gracias, lo siento —insistió.

—Hagamos un trato —propuso Ariadna en tono conciliador—. En el barco hacemos el intercambio y aquí no ha pasado nada.

—Trato hecho —sonrió—. Soy Selena. Y lo siento mucho.

—No se vuelve a pedir perdón, lo meto en el acuerdo —pidió Ariadna.

Las dos sellaron con un abrazo el pacto que las había reconciliado. El gesto no pasó desapercibido al grupo, en especial a Nicole, que esperaba con una sonrisa a que se unieran a ellas y conocer el desenlace de la historia.

El catamarán estaba anclando en la Playa roja mientras ellas ya se preparaban para darse un baño. Nicole tenía la tensión por los suelos

y necesitaba refrescarse de nuevo. Bajó las escaleras del barco la primera, seguida de Selena y se alejaron un poco nadando cual sirenas.

Mónica, Ariadna y Celia observaban la escena. Miraban al agua y las miraban a ellas, dando sentido al refranero popular. No se puede poner diques al mar. No había nada más inútil que eso.

Se remojaron después junto a ellas y disfrutaron de un rato de poder nadar y bucear. Se hicieron con un equipo de esnórquel con el que pudieron admirar la fauna marina de la zona. Quedaron impresionadas de la riqueza debajo de las aguas. Tenían que volver al día siguiente. Ese lugar era increíble. Querían disponer de más tiempo para adentrarse en ese ecosistema, pero sobre todo, tumbarse en esa arena, de colores rojizos y negros, compuesta de roca volcánica, fruto de la proximidad de la caldera.

Se secaron tumbadas al sol, Nicole y Selena ya no se separaban, de camino a la Playa blanca. Aquí las había de todos los colores, cada una más espectacular que la anterior. De modo que, con ilusión, esperaron que el barco anclara en esta nueva playa, apartada y solo accesible por mar. En unos minutos estaban como los garbanzos, en remojo, nadando a la sombra de unos altísimos acantilados blancos. El baño fue espectacular, un momento que atesorar en la retina.

Un rato después, y antes de despedir el día, disfrutaron de una barbacoa a bordo en la que degustaron varios platos típicos griegos tanto de carne como verduras a la parrilla, todo regado con vino blanco y el típico Ouzo.

Un bocado casi se le atraganta a Nicole al recibir un mensaje de Lucía. Parecía el perro del hortelano. Ni comía ni dejaba comer. Pero a Nicole, esa noche, nada iba a quitarle el hambre. Y la historia con Lucía era, precisamente, eso: historia. Tenía que contar a sus amigas todo lo ocurrido, pero eso sería en otro capítulo. Todavía no estaba preparada y esa mágica noche, a bordo de un catamarán en el Egeo, desde luego no era el momento. Apagó el móvil y se dejó llevar.

El día se despedía del grupo. Su rey, el sol, decía adiós dejando un arcoíris de color que se extendía a lo ancho del cielo. Las amigas se dieron la mano para admirar juntas las diferentes tonalidades que daban la bienvenida a la luna y se reflejaban en la única caldera de la isla.

La puesta del sol, proyectada en el mar, y desde ese catamarán, se situó inmediatamente en el *top ten* de los atardeceres preferidos de Ariadna y sus amigas.

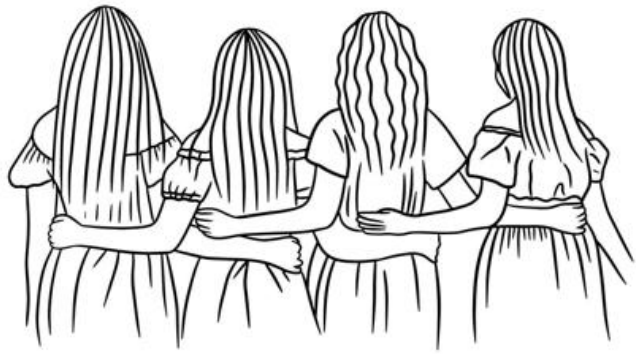
—Qué romántico, ¿no? —dijo Mónica, ojeando su móvil en busca de algo interesante—. Está siendo precioso.

—Y tanto que sí —corroboró Nicole, desviando sus ojos a Selena.

Pero Selena tenía la mirada perdida y permanecía abstraída. Hasta

que habló.

—Y pensar que este viaje es mi luna de miel… —sentenció y, tras esas palabras, todo se volvió oscuro.



17. Pasado, pisado

—Me ha encantado esta excursión, chicas —dijo Ariadna a sus amigas cuando entraban todas de vuelta en el barco.

—Ha estado genial, de verdad que sí —subrayó Celia.

—¿Qué plan tenéis ahora? ¿Vais a quedaros tomando algo? Yo quiero ver a Ricky —alegó Mónica, mientras una sonrisa inundaba su cara.

—Entonces nos quedamos, claro —sentenció Ariadna—. Hasta mañana no cambiaré la maleta con Selena así que estoy libre para una copichuela.

—Yo estoy cansada, pero si os quedáis todas, me quedo. —Nicole notaba los efectos del primer trimestre de embarazo. Por no hablar del jarro de agua fría que había sentido al saber que Selena estaba de luna de miel.

Mónica aplaudió y agradeció poder pasar más tiempo con sus amigas. A pesar de querer estar con el camarero, le daba más seguridad hacerlo con su escuadrón. Disfrutaba mucho de charlar con ellas.

Se dirigieron a la cubierta de la piscina, donde Ricky ambientaba *la noche azul* con sus cócteles. Las amigas tomaron asiento en una de las mesas más próximas.

Nicole se ofreció para ir a pedir a la barra, así se hacía con un mojito *sin* y pasaba desapercibido una vez más que no estaba tomando ni gota de alcohol. Todavía no estaba preparada para soltarles la bomba. Lo haría, pero necesitaba primero poner en orden todo el tema de Lucía, la que hasta entonces era su pareja.

Celia, mientras tanto, se acercó a una de las barandillas para hacer una videollamada a su marido. Aprovecharía que los niños dormirían

para hablar con él unos minutos. Cómo lo echaba de menos. Se estaba dando cuenta de todo lo que lo quería. Y eso le hacía sentir muy bien.

Ariadna tenía muchas ganas de un cigarro, pero no lo hizo por no molestar a Nicole, aunque se estuviera fumando la pobre el humo del resto de mesas que también eran adictas.

Tomaron su ronda de cócteles y compartieron nuevos momentos de risas, de esos de los que te llevas a casa después de los viajes junto a la ropa sucia. La gente iba abandonando la terraza y el camarero cerró la barra. Miró a Mónica con unos ojos tan picantes y cargados de intención que las chicas sintieron que les quemaba la silla. Se levantaron para dejarlos solos según Ricky se aproximaba a su mesa.

Volvieron al camarote, pero de pronto Ariadna se dio cuenta de que no tenía ninguna de las dos tarjetas para abrir la habitación. Las tenía Mónica y esperaba todavía no pillarla demasiado ocupada. Se despidió de Celia y Nicole para regresar al bar lo más rápidamente posible.

Se alegraba mucho por Mónica. Los últimos años habían sido tremendamente difíciles para ella. Y es que no es sencillo recomponerse de una relación tan complicada en la que el dolor y el miedo se dan la mano cada día para terminar con el amor.

Mónica conoció a Héctor hace unos años en el gimnasio en el que trabajaba. Enseguida se fijó en ese chico de pelo corto, negro y mirada azul, que acudía a las clases de zumba que ella impartía puntual cada semana. Aquel chico que la desnudaba con la mirada cada lunes y miércoles mientras movía arrítmicamente su escultural cuerpo con la música del momento. Ese chico que tanta ternura mostraba haciendo el ridículo sabía que por ella.

Un día, después de clase, se atrevió a invitarla a salir. Con varios halagos, aunque desde el primero tenía su sí, Mónica aceptó y comenzaron a quedar. Tuvieron varias citas hasta que, de desnudarla con la mirada, pasó a hacerlo con las manos y con el corazón.

Ella se enamoró y él… Él decía que también la quería locamente. De hecho, este matiz de locura enseguida empezó a dar sombra a las cosas bonitas de su relación.

A pesar de las discusiones y malentendidos de la pareja, dando por hecho que son parte de una relación, se fueron a vivir juntos. Alquilaron un pequeño apartamento en el centro y lo condicionaron para crear un hogar. Pero la rutina se impuso, y es mala compañera del aparentar ser quien no eres. Cuánto puede alguien disimular su verdadera personalidad y ser de otra forma. Poco. Bien poco. Y Mónica fue dándose cuenta de que un día era por qué te pones esa falda tan corta, pareces una cualquiera y otro día era fulana directamente sin eufemismos porque su escote enseñaba demasiado pecho. Le hacían daño esos comentarios. Le hacían sentirse

terriblemente insegura. Y se cambiaba. Llegó a pensar que él llevaba razón en esa y en otras absurdeces a las que él se refería. Adelgazó muchísimo, a pesar de estar ya muy delgada, porque él pensaba que comer una hamburguesa era un acto penal. Sus alusiones al flotador de Mónica eran constantes y dañinas. Eso sí, siempre de puertas para adentro.

A los demás no les mostraba esa cara tan oscura, tan siniestra, tan cruel. De cara a los demás se deshacía en halagos con ella. Todo era cariño, atenciones… hasta el punto de que sus amigas veían en él al hombre perfecto y la envidiaban. Ese ocultar su toxicidad era lo que más asustaba a Mónica. Vivía en una cuerda floja, siempre pendiente del humor de su pareja y sin saber qué iba encontrarse por ejemplo si osaba salir con sus amigas sin él.

No lo dejaba. Estaba enamorada, no sé si ciega, y tenía momentos muy dulces, en los que se reía con él y se divertían juntos. Al momento siguiente, sin embargo, todo podía cambiar.

Y de qué forma. Qué forma tan desgastadora y devastadora de transformar un sentimiento tan bonito e intenso como el amor en una condena, coacción, incluso en peligro.

Afortunadamente, y con ayuda, Mónica pudo recuperar su autoestima, profundamente lastimada después de esa tortuosa relación. Y pudo volver a creer en ella, en su cuerpo, en que podía hacer con él lo que quisiera siempre, precisamente, que ella lo quisiera. Y fue libre al fin. Y su sonrisa volvió a brillar.

Igual que lo hacía en ese momento, a escasos centímetros de la cara de Ricky. Estaban sentados juntos, prácticamente solos, en la terraza y él sostenía el rostro de Mónica entre sus manos. Compartían en ese momento una complicidad increíble en dos desconocidos. Él le susurraba algo en el oído, a saber, algo que le hizo dar un respingo, sonreír y cruzar las piernas. Sin duda, estaban en un intercambio de intenciones y promesas. Ariadna tenía que intervenir rápidamente.

Tras una tos forzada, un *ejem* y un <<disculpad>>, se abrió paso entre la pareja, tocó el hombro de su amiga y como si se tratara de un interruptor, se hizo el espacio entre ellos. Le pidió la tarjeta y se fue. Cuando estaba a punto de entrar, no pudo evitar girarse. Y los vio, fundidos en un beso lleno de ganas y de pasión. Sonrió y desapareció dejándoles la intimidad que necesitaban.

Iba a fumar un cigarro cuando se dio cuenta de que se había fumado antes el último y no había comprado otro paquete, así que se resignó, aunque un poco enfadada con su mono.

Esperó al ascensor, resoplando y maldiciendo por no ser más previsora. Seguro que habría dentro del barco una máquina expendedora, pero le dio pereza ponerse a buscar y optó por ir a dormir.

Las puertas del ascensor se abrieron en su piso y ahí estaba él, dentro. No se movió un milímetro, no se despeinó, pues no era su parada. Ariadna se quedó bloqueada por lo que las puertas se empezaban a cerrar cuando él puso las manos en el sensor para detenerlas. Ariadna pasó dentro y se hizo a un lado. Pulsó el número de su piso y esperó.

Llegaron a la siguiente planta y él se dispuso a bajar, no sin antes pulsar todos los números del cuadro de mando, ante lo cual Ariadna se quedó patidifusa.

—Lo de antes en el catamarán ha estado feísimo. Era mi turno —dijo él. Y desapareció mientras las puertas se cerraban y Ariadna comenzaba un viaje con varias paradas en ese ascensor con memoria. Era lo justo y se lo merecía.

18. El desayuno corre de tu cuenta

—Perdona, yo no he pedido nada —intentó explicar Ariadna, con su inglés de Cambridge, al hombre uniformado que esperaba en la puerta de su camarote.

—Tengo la orden de hace veinte minutos —consultó él—. Sin duda, es esta habitación —confirmó mirando un papel, mientras empujaba el carrito dentro del camarote y esperaba impaciente a cobrar después de ese intercambio de palabras.

—Ahora mismo no tenemos dinero —dijo Mónica, echando un vistazo al interior del camarote. A saber dónde tendrían el bolso con la tarjeta—. ¿Podría cargarlo a la habitación?

—Por supuesto —asintió, no muy convencido y, resignado, se retiró.

—¿Pero qué puta broma es esta? —Mónica estaba enervada—. Ya le vale a este tío, pasamos una noche cojonuda y me manda un desayuno gigante, vale, súper romántico, si no fuera porque el desgraciado ha escogido lo que cuesta un ojo de la cara y ¡me lo hace pagar! Que alguien me lo explique que yo no entiendo nada. Ari, ¿tú has visto estos precios? — preguntó consultando el ticket que había junto a una bandeja de cruasanes para veinte.

—Tía, vas a pensar que estoy loca, pero creo que no ha sido Ricky.

—¿De qué hablas, Ari?

—De él. Del imbécil que dejamos plantado en la cola del barco, del tío impresentable. Intuyo que me lo ha devuelto. Ayer antes de venir a dormir me amenazó.

—¿Qué dices? Denunciamos —Mónica se embaló.

—Nooooo, no en ese plan. Fue una sutil advertencia. Me dijo que no le había gustado un pelo que le quitara el turno. Estaba enfadado

—remarcó Ariadna.

—Vale, entiendo. Amiga, esto es la guerra. —Mónica cogió sirope de chocolate y se pintó dos rayas en ambas mejillas.

Las dos amigas estallaron en una sonora carcajada. Escribieron un wasap a Nicole y Celia invitándolas al camarote. Desayunarían las cuatro en su terraza mirando el mar. Ya que tenían que pagarlo sí o sí, se darían el homenaje. Iban a ir a tope de energía a visitar Oia.

Y así lo hicieron. Un ratito después las cuatro amigas desgastaban zapatilla por las calles empedradas de esa ciudad tan condenadamente bella. Llena de gente, sí, muchísimos turistas, pero impresionante. No había excusa para no visitar esta especial isla. Se hicieron miles de fotos frente a las casas de color blanco y ocre, muchas de ellas excavadas en la roca. Les sorprendió muchísimo cómo las casas se despeñaban por el acantilado entre las iglesias ortodoxas griegas, famosas por sus cúpulas azules. Desearon con fuerza que su memoria nunca olvidara esas vistas que tenían enfrente, a la caldera de Santorini y, nuevamente, al mar Egeo.

Cuando el estómago de las chicas pidió su protagonismo, eligieron una de las terrazas para comer. Estaba abarrotada, pero tenía una especie de balcón, buenos platos y mejor fama. Decidieron esperar unos minutos a que se liberara una mesa.

Esperaron en un murete hasta que el camarero les diera paso, después de apuntar el nombre de Ariadna en una libreta.

—Ay, chicas, estoy soñando con una cerveza bien fresquita. Vaya reventón de andar. —Mónica se quitó la gorra para secarse con el canto de la mano el sudor que bañaba su frente.

—Sí, yo también tengo muchísima sed— dijo Nicole.

—¿Te beberás también una cerveza? – preguntó Mónica. Ariadna miró a Nicole, visiblemente cohibida y confusa.

—Sí, claro —respondió ella tratando de aparentar tranquilidad.

Como si le hubieran pagado para rescatar a Nicole, el camarero las invitó a pasar. Ya había quedado su mesa libre. Lo siguieron hasta el interior de la terraza, donde les indicó su mesa, que resultó estar en un mirador sobre el mar.

Ocuparon las sillas y, antes de pedir nada para comer o beber, Nicole se apresuró al baño. En su ausencia, Mónica expuso al grupo sus inquietudes.

—Nicole nos está ocultando algo.

—¿Algo como qué? —preguntó Celia.

—Está preñada —soltó.

—¡¿Qué dices?! —Se sorprendió Celia.

—En cualquier caso, hay que respetar sus tiempos si así fuera. —Ariadna quiso echar un cable a su amiga.

Nicole, como si le pitaran los oídos, se unió a ellas. Hizo un vistazo

rápido sobre las miradas de sus amigas, todas clavadas en ella y sin pronunciar palabra.

—Parece que habéis visto un fantasma.

—Quizá dos —vaciló Mónica.

—¿Cómo lo has sabido? —Nicole no tenía un pelo de tonta y sabía que le habían pillado. Mandó a tomar viento su disimulo y, por fin, se sintió liberada.

—Ricky me preguntó por mi amiga la embarazada. Le dije que no sabía a quién se refería, pero luego até cabos. Tanto sueño, tanto agotamiento.

—Sí que eres astuta.

—Ricky me dijo que llevabas un par de noches pidiendo tú las rondas y el tuyo lo pedías sin alcohol. Dio por hecho que esperabas un bebé. Y dio por supuesto que lo sabíamos —explicó Mónica.

—¡Ay, Nicky! ¡Muchas felicidades! —Celia abrazó a Nicole emocionada.

—Gracias, Cel. Aunque todavía no sé si es una buena noticia o es el gran marrón del siglo. Por eso no me he decidido a contároslo antes. —Nicole se vio en la obligación de excusarse.

—Todo irá genial —repitió Ariadna, aunque ya había hablado la otra noche con ella a solas.

—¿Y cómo lo lleva Lucía? ¿Está contenta? —quiso saber Mónica.

—Bueno, digamos que no le ha emocionado demasiado.

—¿Y eso? Es obvio que lo desearías si fuisteis a por ello.

—Sí, sí, claro que sí. Además, ha sido un proceso largo, con pinchazos, tratamientos, pruebas… —Nicole hacía memoria con cierto pesar—. Y al fin lo hemos logrado.

—Entonces, perdona, amiga. No te sigo. ¿Cuál es el problema?

Nicole y Lucía se conocieron en un viaje que la primera hizo a Madrid. Las fiestas del orgullo eran tan populares que ya era hora de ir. Por distintos motivos no paraba de perdérselas. Pero ese año, hace seis, el destino las unió en una carroza. El amor estaba llamando a golpes a sus puertas y Nicole esa vez lo escuchó.

Comenzaron a salir, viajando alternativamente de una ciudad a otra, pues Lucía era profesora en Madrid. Eso le encantó a Nicole, a quien la pasión por los quince niños de su clase de la escuela infantil le cegaba. Compartían una de las profesiones más bonitas del mundo.

Cuando su relación se empezó a poner más seria, Lucía dejó su colegio para buscar trabajo en Torrevieja. Así podría estar junto a Nicole y formar la familia que tanto deseaba.

Nicole era muy feliz, se sentía plena con su pareja. Lucía, sin embargo, quería dar un paso más. También estaba a gusto con Nicole y muy enamorada de ella, pero su sueño, entre otros, siempre fue el de formar una familia.

Decidieron que irían a por ello. Debatieron quién sería la que se embarazaría y finalmente, le tocó a Nicole. Y justo en el momento en el que lo conseguían…

—El problema, Moni, es que Lucía se va.

19. El calor de la amistad verdadera

Las chicas no supieron qué decir. Dieron un abrazo a una Nicole visiblemente afligida. Vieron que se revolvía, incómoda, ante sus preguntas. Sin embargo, no podían dejar de hacerlas. Sentían el deber de formularlas. ¿Cómo que se iba? ¿A dónde? Y ¿Por qué? ¿Por qué la dejaba con un embarazo que era de las dos?

Ella, por su parte, no contestó. Estaba en su derecho de no hacerlo. Las lágrimas se precipitaban descontroladas de sus ojos impidiendo cualquier palabra. Por fin estaba saliendo el dolor que tenía retenido desde la última conversación con su pareja. El grupo le dio el espacio que necesitaba. Sabían por la forma de ser de la morenita, que en cuanto estuviera preparada, les pondría al día de todo lo ocurrido.

Mientras tanto, y a pesar de que la noticia les había caído como un jarro de agua fría, comieron sintiendo el calor que se daban las unas a las otras. Ese calorcito reconfortante de la amistad verdadera.

Por la tarde, decidieron ir a la Playa Roja. Les había gustado tanto en la excursión, que la incluyeron en sus planes sin dudarlo. Despedirían Santorini con un poquito de relax que, dicho sea de paso, no venía nada mal.

Cuando Celia vio el caminito de acceso a la playa, por el que podía despeñarse tranquilamente dada su torpeza desde que era madre, estuvo a punto de quedarse arriba a esperarlas. Pero no, se armó de valor para luchar con el vértigo que la acompañaba desde que era pequeñita y las siguió por el angosto sendero, intentando no mirar a la izquierda, y abajo menos aún, porque rodar y rodar por un precipicio rojizo directo a la playa era la mejor de las opciones.

Celia sintió que estaba en una gran aventura, que desafiaba a la naturaleza a cada paso. Era exagerada, eso está claro, pero era como

lo sentía. Lo más emocionante que había hecho en los últimos tiempos, aparte de hacerse la láser hasta en el mismo potorro, era estar en la playa de Denia intentando disimular cuando su hija se puso a jugar en la playa con un niño, cuyo padre iba marcando paquetón con un bañador minúsculo. Fueron unos minutos realmente incómodos desviando la mirada de paquetón a niña, a niño repelente, a paquetón de nuevo y al horizonte, que siempre es socorrido.

Sanas y salvas se tumbaron en la toalla a disfrutar de la tarde. Qué gusto poder acariciar con los dedos la arena fina, sumergir los pies en esa arena caliente hasta hacerlos desaparecer. Combatieron el calor con varias zambullidas en esas aguas cristalinas que parecía que te limpiaban el aura.

Se sentaron en la orilla, para que las olas rompieran en su cuerpo y arrastraran consigo las preocupaciones, los miedos y las dudas de ellas, devolviéndoles fuerza, energía y valentía. Celia intentaba, además de todo eso tan poético, terminar con sus problemas de circulación de la sangre.

Desde que había sido madre todo eran achaques. Es increíble cómo se estropea un cuerpo después del milagro. Lo machacaría una y mil veces porque merecía la pena, sin duda, pero había que ser consciente. Por eso, ella no dejaba de tener bien presente que la maternidad tenía muchas sombras de las que hasta hace bien poco nadie hablaba. Se dispuso a leer el libro *El sueño de ser madre,* en el que la autora precisamente retrataba esa cara B de la maternidad. Y lo agradecía. Tenemos que saber que no somos bichos raros cuando vemos la oscuridad en la maternidad y que no estamos solas.

Celia conoció a Tito cuando caminaba por la vida dentro de una talla 36 y una piel tersa y firme. Se enganchó a sus ojos color avellana, a su mentón afilado y a sus labios gruesos que supo que le harían tocar el cielo. Lo suyo fue adicción desde el primer momento. Y nunca pudieron separarse. Celebraron su boda por todo lo alto y de su luna de miel salió el primero de sus hijos, que heredó los ojos azules de ella y supuso un huracán en la rutina de la pareja. Dentro de su pequeño caos familiar, nació su segunda hija que vino a recordarles todo lo que hay que entrenar la paciencia y lo difícil que es cagar sola.

Cuando pensaban que todo estaba controlado, llegó el pequeño de la casa, para sorpresa de todos, sin avisar, fruto de un precioso descuido. Y desde ahí, todo se derrumbó.

La pareja comenzó a alejarse, a no encontrar momentos de encuentro y, lo que más preocupaba a Celia, tampoco de desencuentro. No tenían fuerza ni ganas de discutir, de modo que las tensiones iban acumulándose, sin aclarar, sin hablar… hasta que Celia se alejó y el tomar distancia le dio la luz que necesitaba.

—¡Hola, cariño! —decía Celia a la pantalla en la que veía a sus

hijos y a su marido.

—¡Saludad a mami, chicos! —animaba Tito desde el otro lado del móvil.

—¿Cómo estáis?

—Todo genial. ¿Tú? ¿Qué tal lo estás pasando?

—Esto es precioso —afirmó Celia, girando la pantalla del móvil para mostrarles el paisaje—. Dejamos ya Santorini. Mañana vamos a Creta. Tenemos que venir con los niños. Es un viaje genial.

—¡Claro! Ya lo organizaremos —dijo sabiendo que Celia no le creería. No iba con él esa locura.

—Oye, ¿de verdad que todo está bajo control? —¿Serían los mismos niños que hacían la cabra montesa cuando estaban solos con ella? ¿Los mismos que escondían comida debajo del sofá o tiraban el papel higiénico por la ventana?

—Sí, estate tranquila.

—Vale, hablamos en otro momento. Por ejemplo, ¿esta noche? Estás guapo. —Sonrió—. Enfócame a los niños otra vez.

—Adiós, mami —dijeron ellos, mientras Celia se secaba una lagrimita. No estaba acostumbrada a estar lejos de su familia y los echaba de menos, incluso a Tito, lo que le dio de nuevo una sensación agradable, pues veía que fuera de la rutina todavía les unía un sentimiento fuerte. En los últimos años, muchas de sus amigas que eran mamis se habían divorciado y ella, hija de padres separados, era algo que no quería experimentar. No quería ni oír hablar del tema de repetir los patrones. Sabía que estaba a la orden del día, pero prefería que les pasara a los demás. Ella, como todos sabemos, no seguía la moda.

—Oye, chicas, ¿esta noche hay algo divertido en el barco? —preguntó Mónica cuando Celia se unía de nuevo a ellas.

—Yo he quedado con Selena. Iré a su camarote a hacer el intercambio de las maletas. Que ya es hora —dijo Ariadna.

—Luego hay un concurso de parejas. Vaya, que con nosotras lo tienen crudo —rio Celia.

—Sí, con nosotras sí, pero hay muchas parejas en el barco —apuntó Ariadna, mientras su mirada se volvía oscura y sus labios sostenían una mueca maquiavélica—. Sin duda, será divertido.

Terminaron la tarde viendo al sol fundirse con el mar, momento después del cual se retiraron al barco para ducharse y arreglarse para la noche.

Una vez en la casa flotante, Ariadna recorrió los pasillos de la última planta arrastrando una maleta turquesa idéntica a la suya. Buscaba la suite nupcial. Cuando la encontró llamó tímidamente con los nudillos, no quería molestar.

Selena salió despeinada, con el pelo mojado y a medio vestir. La

invitó a pasar, pero Ariadna se sintió más cómoda quedándose al otro lado de la puerta. Le devolvió su maleta y, cuando la pelirroja se metió a por la de ella, esta oteó en el interior para cotillear. Sin éxito, pues apenas pudo atisbar una cama de dos por dos y una salita con una mesa y butacas. Enseguida Selena sacó su maleta y se la dio. No lo podía creer. ¡Por fin la había recuperado!

—Muchas gracias, disculpa las horas. Hemos estado en la playa y se nos ha hecho tarde —se excusó Ariadna.

—No te preocupes. Vamos a bajar ahora a cenar.

Ese plural recordó a Ariadna que la pareja de Selena estaría en la habitación, probablemente dándose una ducha porque no lo veía por ahí y sintió de pronto como si estuviera invadiendo su intimidad. Algo le pedía cortar la conversación y otra parte perversa y morbosa le pedía alargarla unos minutos para verla.

—¿Iréis al concurso de parejas? —Ariadna vibró al escuchar su propia voz. Desde tiempos inmemoriales, la curiosidad mató al gato.

—No lo creo —titubeó Selena—. No somos mucho de esas cosas.

—Bueno, puede ser divertido. A mí me falta una pieza clave —rio —. Si no, lo haría.

—Lo pensaré —sonrió—. Nos vemos luego.

Ariadna enfiló el pasillo de nuevo, más contenta que unas castañuelas con su maleta. Antes de retirarse a su camarote, su mente se volvió fría, tuvo una sacudida de maldad y su cuerpo se dejó llevar hasta la cubierta donde estaban preparando todo para la fiesta de la noche y lo hizo.

Se acercó al que manejaba el cotarro y le dio un nombre y dos apellidos. Jesús Ortiz Alonso o, lo que es lo mismo, Él. Lo había apuntado al concurso de parejas y, a pesar de saber muchas cosas de él, no conocía si estaba acompañado o no en ese viaje. Lo averiguaría esa noche.

20. Mejor en plato frío.

Jesús no era muy partidario de esos concursos. De hecho, cuando iba de vacaciones con sus padres y en el hotel había animación de ese tipo, él intentaba primero, no bajar, o cenar despacio para no llegar a tiempo, pero cuando nada funcionaba, trataba de disuadir a sus progenitores de participar. No lo conseguía, por supuesto, eran demasiado animados. De modo que sus hermanos y él se escondían de la vergüenza ajena que les daba. No había silla lo suficientemente grande en la terraza para tapar el bochorno que sentían. Qué ingenuos.

Con la edad eso no se había solucionado. Me atrevería a decir que había ido a peor. Como en casi todo, los años pesan.

—Creo que están diciendo tu nombre —dijo su acompañante riéndose a carcajadas viendo la cara desencajada de él. Un chico

joven, con una carpeta, gritaba varios nombres mientras los aludidos iban acercándose al improvisado escenario.

—Eso es imposible. No me he inscrito —apuntó Jesús convencido —. No lo habrás hecho tú ¿no? —dudó de su compañera.

—Ni de broma —rio ella—. Me muero de la vergüenza.

—Jesús Ortiz Alonso —volvieron a anunciar, esta vez con un micrófono.

Jesús se sobresaltó. Sin duda, era él. Se acercó para resolver el entuerto.

—Una chica se acercó y te apuntó hace un rato —aclaró el joven mientras Jesús dirigía una mirada asesina a su acompañante.

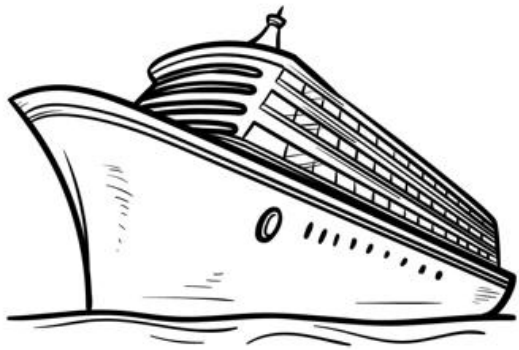
Ella negó con la cabeza, juró y perjuró que no había sido ella y Jesús se convenció cuando el organizador negó con la cabeza.

—No, no era ella. Era alta, morena… no sé, delgada. —No hizo falta que el joven diera más detalles. La venganza se sirve siempre mejor en plato frío.

—Participaremos. —Jesús asintió, despidiéndose del organizador y miró a su desconcertada pareja de concurso, quien no lograba pestañear porque no entendía nada.

Desde luego, Jesús no sabía con qué propósito Ariadna había hecho eso. Porque sabía que había sido ella. ¿Quién si no? Pero si quería que concursara, lo haría a lo grande. Le iba a dar en las narices. Después de cenar, eso sí. Aunque con la anticipación y los nervios se le hubiera cerrado el estómago.

No le había sentado nada bien su treta. Sin embargo, algo en su interior no le permitía enfadarse con esa chica.



20. Donde Cupido perdió la flecha

Todo estaba preparado en la cubierta de la piscina principal. Nuevamente habían decorado todo con mimo, aunque parecía que Cupido hubiese estado escupiendo sus flechas a diestro y siniestro. Todo inundado de corazones hasta la extenuación. Bienvenidos a la fiesta del amor, donde el corazón es el motor y solo las mejores parejas darán el do de pecho.

La comida se repartía en un pequeño puesto junto a la piscina: unos románticos spaghetti, que o son blancos e insípidos o dejan de ser tan románticos porque te pones hasta el culo de tomate y, oye, no queda tan bonito. Pero, quién sabe, puede terminar en besito como los famosos perros de la película *La Dama y el Vagabundo*.

Las chicas escogieron una mesa bien cerquita de la barra. Ricky no se esforzaba demasiado en ocultar sus escarceos con Mónica. Estaba tan a gusto con ella que necesitaba tenerla bien cerca. Ella cada día se sentía mejor con él y, al haber llegado al ecuador del viaje, notaba ya que le asolaba una añoranza, una nostalgia de cuando el viaje terminara. No podía evitar anticipar esos sentimientos. Encontrar el amor era complicado y ella creía haberlo hecho. Porque… ¿existe el amor a primera vista? ¿Por qué ya no creemos en los flechazos?

Cenaron mientras disfrutaban de una agradable conversación. Vieron a Selena pasar, la saludaron y desapareció para ocupar una mesa al fondo. No iba acompañada. Desde luego, era bastante rara la pareja de esa chica. Parecía que ella viajaba sola.

Por megafonía anunciaron que en breves momentos daría comienzo el concurso de parejas. Ariadna se frotaba las manos de la excitación. No había contado al grupo lo que tramaba y estaba nerviosa por ver las caras de sus amigas y, sobre todo, la de él cuando

tuviera que subir al escenario. Sabía que era un hombre extremadamente tímido.

El equipo de animación estaba preparando un biombo y varias sillas a cada lado. A una esquina del escenario un presentador hacía pruebas de sonido en un atril. Ariadna miraba a un lado y a otro y no lo veía por ningún lado. De repente apareció. Entró por la puerta principal y su corazón dio un vuelco. Estaba guapísimo. Su pelo oscuro, parecía despeinado, pero caía sobre su rostro con un perfecto orden. No tapaba ni un ápice de sus ojos, rasgados y azules. Su piel estaba morena. Se notaba que el sol de las islas lo quería. Un polo rosa y unos pantalones cortos azul marino dejaban ver lo esculpido de su cuerpo. Le gustaba cuidarse y mimarse.

Una voz distrajo a Ariadna de su examen anatómico y llevó sus ojos al escenario improvisado, donde varias personas ya esperaban para empezar a concursar. Los nervios volvieron al estómago de Ariadna.

—Ostras, al final me hizo caso —exclamó sorprendida, mirando cómo la pelirroja esperaba encima del escenario, tímida, el inicio del show.

—¿Le propusiste tú que concursara? —preguntó Nicole algo molesta.

—Bueno, sí, le comenté que lo hacían esta noche.

—Vaya, gracias, amiga. Ahora voy a ver cómo se entiende con su pareja. —Nicole estaba enfadada. No tenía razón. O sí.

—Lo siento, tía. —Ariadna se dio cuenta de los sentimientos de su amiga. No había pensado más allá de la anécdota y del morbo de conocer a su misterioso marido.

—Da igual, está de luna de miel. Bastante tardaba en darme cuenta de que no estoy en su cuento ni como árbol.

—Lo siento, de verdad.

Las parejas fueron acomodándose a ambos lados del biombo. Los chicos a un lado, las chicas a otro. Había dos chicas más aparte de la pelirroja y en el lado de los chicos esperaban impacientes otros dos chicos. ¿Dónde estaría el tercero en discordia? ¿Él? Y lo más importante ¿quién sería su pareja? Una chica rubia, muy delgada y con flequillo se balanceaba sobre sus pies con nerviosismo. Quizá fuera ella, consciente de que en el otro lado del biombo todavía su pareja no había aparecido. ¿O sería la otra? Una chica morena, alta, con una melena rizada y curvas sinuosas. De más edad que la anterior. Sí, seguro que era ella. Pisaba fuerte el escenario, rezumaba seguridad por cada poro de su piel. Le pegaba mucho más al arrogante de Jesús Ortiz.

Por el otro lado, Ariadna y las chicas comentaban el aspecto de los dos mochuelos. Uno bajito, gordito y calvo. Desde luego, los hay con

suerte, pensaban. ¿Cuál de las tres pibones sería su pareja? Y se reían de esos valientes. Desde luego, la crueldad no respondía a nada sensato ni moral. Solo ocurre que, a veces, en manada, nos volvemos criticones e imbéciles. El otro hombre, bastante más mayor, era guapo, con barba, un poco hippie, con forma de vestir peculiar. Pegaba bastante con Selena. Las chicas no tuvieron dudas de atribuirle el romance con ella.

El concurso estaba a punto de comenzar cuando apareció por fin el tercer hombre. Jesús. Se sentó en un taburete que les ponían en ese preciso momento. El presentador dio el inicio explicando la que sería la primera prueba, una de calentamiento.

Haría unas preguntas sobre su pareja. Fáciles para un mínimo de relación. Comida preferida, lugar del primer beso, tortilla con o sin cebolla y viaje soñado.

Comenzaron con la primera ronda. El animador repartió unas pizarras y, mientras sonaba una música de *Benny Hill*, los chicos tenían que apuntar cuál creían que era la comida preferida de sus parejas. Jesús borró su respuesta dos veces, azorado, gesto que hizo a Ariadna estallar en una carcajada. Las chicas, entre ellas Selena, escribían las respuestas correctas para luego comprobar si sus parejas estaban en lo cierto y las conocían lo suficiente. Esa sería la dinámica del juego con esta y otras preguntas.

Terminó el tiempo cuando dejó de sonar la música. El calvo y regordete enseñó a todos los asistentes su pizarra con una lasaña escrita, ¡y dibujada! ¡Ojo al artista! La rubia, quien resultó ser la afortunada, dio la vuelta a su pizarra confirmando que el hombre se anotaba el primer punto.

Le tocó el turno a Jesús, mostró su pizarra con un borrón de tiza sobre el que figuraba su respuesta definitiva de *spaghetti* carbonara. Ariadna reía anticipando la equivocación del hombre. El presentador se dirigió al lado de las parejas, y ante su señal, hizo girar a su mujer la pizarra.

La sorpresa fue mayúscula. Las barbillas tocaron el suelo cuando vieron que la pelirroja daba la vuelta a su tablilla mostrando una coliflor gratinada.

Todos los presentes estallaron en una carcajada ante el error y el <<hoy no pillas>> del presentador. Sin embargo, a Ariadna y a Nicole este giro no les había hecho ninguna gracia.

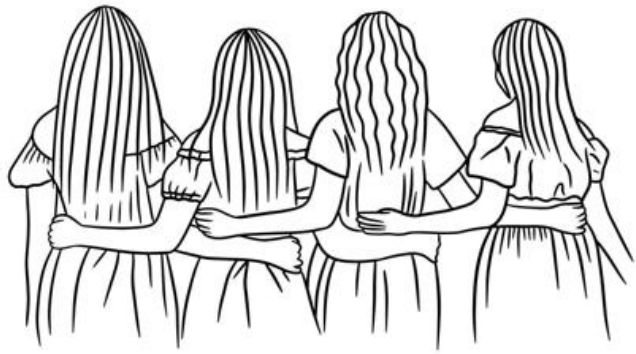
El hombre al que odiaba Ariadna desde hacía muchos años era la misteriosa pareja de Selena. Una losa le oprimió el pecho. No se lo podía creer. Miró a Nicole, que se había quedado más blanca que las casas que habían visto las últimas horas. Estaba desencajada. Nunca podría competir con esos músculos.

El concurso siguió. Las parejas contestaron las preguntas que

faltaban de la primera prueba, Ariadna y sus amigas chismorreaban entre París, tortilla con cebolla o en la discoteca de moda. En un segundo asalto las parejas demostraron gran complicidad bailando y jugando, entre otros, al juego de morder la manzana sin manos o explotar un globo entre los dos en posturas bastante *hot*.

Ariadna sintió asco cuando lo veía divertirse y se divertía cuando lo veía flaquear o en apuros. Le había sentado fatal conocer que el impresentable estaba de luna de miel con Selena. En realidad, debería darle igual que fuera ella o cualquier otra la mujer que acompañaba a Jesús. ¿O le jodía que estuviera en un momento tan dulce de su vida? Qué rabia, ella le caía bien. Y él… a él quería amargarle la existencia. Pero no podía estropear la luna de miel de la pelirroja. ¿O sí?

Miró a su amiga Nicky. A saber qué estaría rondando su cabeza en esos momentos.



21. A mí me gustan mayores

Terminó el concurso y los organizadores obsequiaron con una botella de champán a la pareja ganadora, que huelga decir que no fue la formada por Selena y Jesús. Ellos se quedaron con un digno diploma de consolación por su tercer puesto. Un premio a su exhibición pública y a su participación. Valientes.

Bajaron del improvisado escenario y se dirigieron a la mesa de las chicas. Mónica y Celia los saludaron con una sonrisa y les dieron las gracias por haberles hecho divertirse tanto. Las caras de Nicole y Ariadna, sin embargo, reflejaban todo lo contrario. No obstante, se levantaron cuando Selena les presentó.

—Chicas, este es Jesús, mi… —titubeó— marido. Todavía me cuesta llamarlo así, es tan reciente…

La expresión de él era difícil de descifrar. No estaba feliz, ni avergonzado, ni cansado o enfadado. Ni sonreía ni dejaba de hacerlo. Durante el concurso se había divertido, pero ahora su rostro era pétreo.

—Hola, soy Moni, encantada. —Le dio dos besos.

—Yo Celia.

—Nicole. —Se presentó, pero mirando de soslayo a Selena. Con pena. Creyó que había nacido algo entre las dos, pero estaba claro que se equivocaba.

—Ariadna. —Y notó que en el rostro de él algo se movía. Una ceja se levantaba por encima de la línea imaginaria que la une con la otra. Algo muy sutil. Pero no pasó desapercibido a Ariadna.

—Encantado de conoceros —dijo fijando la mirada penetrante en Ariadna, quien se sentía cohibida ante sus ojos y se vio obligada a desviarlos.

—Lo habéis hecho muy bien —dijo Mónica—. ¿Cómo es que al final te animaste a participar?

—Lo cierto es que no me apunté yo. —Selena clavó sus ojos en Ariadna, que sintió como si la hubieran pillado cagando o en pelotas. O las dos cosas.

—¿Y quién te apuntó? —insistió Mónica.

—Él. Le pareció divertido hacer algo así para estrenar nuestro matrimonio —confesó Selena, riéndose, provocando un suspiro liberador en Ariadna. ¿Por qué no la habría delatado?

—Sí, así soy yo —remarcó Jesús, clavando de nuevo sus ojos en Ariadna, que en ese momento se sintió desnuda. Tanto como cuando unos gamberros de su instituto le quitaron la ropa después de clase de educación física mientras ella se duchaba—. Nos vemos.

Se despidieron para dirigirse a su mesa. Ariadna debería sentirse en paz. Pero no era así. Lo veía alejarse y no se reconocía. No diría de sí misma que era una persona rencorosa o vengativa. Sin embargo, con Jesús tenía una espinita clavada y no se sentía satisfecha con la tontada de venganza que había hecho. ¿Qué le pasaba con ese hombre?

Ariadna se inició en el amor muy joven. Cuando su cuerpo de mujer todavía escondía una mente infantil e inmadura, conoció a Luca, un chico de su colegio que le despertaba un sentimiento que no sabía nombrar. No era un amigo más del grupito que tenía. Volvía de clase y se quedaba pensando en él, comía pensando en él, hasta en el baño se acordaba de él. Su madre era pudorosa, tradicional y nunca tuvo una conversación con ella. Tampoco conocía al detalle el sexo salvo por lo que veía a escondidas con sus amigas en las películas porno o lo que leían en la *Bravo* o la *Vale*, las revistas de moda.

Y llegó la ocasión en la que los padres de ella fueron a misa y ella se quedó a *susa* (sus asuntos) con Luca en su casa. Experimentaron con cuidado, eso sí lo tenía claro, pero no lo disfrutó. Fue un verdadero desastre. Sintió dolor, manchó y no encontraron el clímax ese del que tanto se hablaba. Culpó a Luca de no saber hacer las cosas bien. Y, a pesar de todo, se sintió bien; transgresora, poderosa y guay. Había perdido la virginidad con catorce años. Era una heroína, una diosa. Tenía que alardear delante de sus amigas. Y lo hizo, claro.

Conoció a más chicos, más mayores que ella normalmente, buscando la experiencia de ellos. No quería perder el tiempo con imberbes torpes. Se enamoró en una ocasión, de un chico bastante más mayor. Ella tenía dieciocho años, empezaba a hacer sus pinitos como modelo y actriz cuando supo de un actor que acudía a dar una *masterclass*. Se lo tiró entre bambalinas. Y encontró lo que buscaba en ese hombre de treinta años. Sin embargo, para él ella solo era una más. Se le veía acostumbrado a ese tipo de escarceos y no iba a

embarcarse en una relación con una niña. Esa fue la primera decepción de Ariadna. Lloró bastante y cambió su forma de entender el amor, priorizando siempre el que sentimos hacia una misma. El amor propio, que nunca la abandonó. Se volvió más fría, menos intensa y entregada y, por supuesto, más atea respecto al romanticismo. A lo único a lo que profesaba su fe era al sexo sin complicaciones.

Cuando aquel día Jesús Ortiz se cruzó en su camino, desde detrás del telón, Ariadna se asomó y lo vio. Examinó uno a uno a los miembros de ese jurado, dispuesto a emitir sus veredictos. Ariadna tuvo que hacer un ejercicio de contención pues con veinte años todo en ella era seductor y lo sabía. Había puesto el ojo en ese hombre, más mayor que ella, guapo con avaricia y de una espalda ancha de esas en las que te quieres quedar a vivir. Tuvo un flechazo y supo que iba a tener que pasar un doble examen. Quería ligarse a ese hombre y quería que el papel fuera suyo.

Sin embargo, él se mostró frío, profesional y no accedió a darle su voto a ella. Para él ella no era tan merecedora del papel como otra participante. Desde ahí Ariadna se dedicó a investigar todo sobre esa persona a la que había cogido una suprema manía, pero también comenzó a prepararse para ser la mejor en lo suyo, empezó a estudiar arte dramático, y eso le abrió muchas puertas y le permitió estar donde estaba ahora. Sin saberlo, él le había hecho un favor.

—Ari, ¿en qué piensas? —preguntó Mónica.

—En nada. —Cómo iban a entender sus amigas que su cabeza siguiera maquinando qué maldad hacer al marido de Selena para recuperar su serenidad y quedar en paz consigo misma. O eso pensaba.

—Nos subimos al camarote. Mañana vamos a Creta y queremos descansar —dijeron Nicole y Celia.

—Buenas noches, chicas, yo me quedo con Mónica un ratito más. —Ariadna miró a su amiga por si molestaba, pero Ricky todavía estaba detrás de la barra y se tomó la licencia de acompañarla en su espera.

—A ver si Creta suelta la lengua a Nicky —masculló Mónica cuando sus amigas desaparecían hacia el interior del barco—. Creo que nuestra morenita necesita desahogarse.

Ariadna estuvo de acuerdo. Nicole había estado como ausente este último rato. Pensativa. Sin duda ese viaje las estaba poniendo a todas a prueba y estaba siendo bastante introspectivo.

22. Nicky

Nicky estaba rabiosa. Sabía que ese hombre con el que Selena se dejaba ver, poco dicho sea de paso, era su pareja. Se lo había imaginado. Pero, de alguna manera, el constatar así, de sopetón, que estaban casados y que estaban de luna de miel la destrozó.

Al sentirse así hacia la pareja de Selena, se dio cuenta de que su relación hacía aguas. Ella era una romántica y en ese momento supo que había fracasado. Le dio rabia haberse desenamorado de su mujer, su relación no había cumplido con las expectativas. Un divorcio no encajaba en lo que siempre ella vio, y vivió, que era el amor.

Su cabeza voló a meses atrás, doce para ser más exactos, cuando una radiante Lucía recorría el pasillo central de un jardín precioso, decorado con flores alrededor de las filas de sillas que se disponían frente al altar. Nicole veía borrosas todas las caras emocionadas y expectantes que la miraban cómo esperaba. Estaba enfocada en la preciosidad que avanzaba con paso firme a reunirse con ella. Esas largas piernas, realzadas aún más por un zapato azul de tacón. Ese vestido de sirena, ceñido a su estrecha cintura haciendo más voluptuosa su cadera. Estaba impresionante.

Cuando la alcanzó en el altar, Nicole le apartó un mechón de su larga melena morena, suelta salvo por una pequeña diadema de flores. Se dieron un beso breve, en los labios, nervioso, torpe, pero tierno. Muy tierno. Nicole no escuchó apenas las palabras que el oficiante ni todos los congregados quisieron dedicarles a lo largo de la ceremonia, pues en su cabeza resonaba un único pensamiento. Qué suerte tenía de haberla encontrado.

Meses después, y con un montón de buenos momentos juntas que atesorar y con los que aplastar los malos, llegó el broche final a esa

relación tan idílica. No fueron una pareja modelo, ni mucho menos, pero supieron quererse bien, quererse con respeto y como cada una necesitaba de la otra. Hasta que dejaron de saber hacerlo. Hasta que el amor se terminó.

Sí, por fin Nicole se había dado cuenta de que era eso lo que había pasado. Ya no tenían que forzar. Se habían querido bonito. Solo quedaba soltar. Dejar hacer. Dejar ser. Sonaba fácil y no lo era en absoluto. Tenían que encajar muchas piezas para construir un nuevo escenario.

Pero no necesariamente eso era un problema. Su mente voló aún más atrás. Al amor de sus padres. Aquellos dos seres maravillosos que fueron a buscarla a Perú cuando ella todavía no sabía hablar, lo justo andar, y la llevaron con ellos a un hogar donde lo prometido (amor a raudales, cariño y comprensión) era deuda.

Siempre fue una niña muy tímida, insegura también, pero sus padres la reforzaban, la querían solo por ser ella, incluso le decían que tenía ángel. Ella, ingenua, siempre se preguntaba quién sería ese Ángel, al que se referían sus padres, que tenía y dónde lo tenía. Lo que sabía es que era el responsable de que las niñas y niños de su cole quisieran ser sus amigos. Siempre estaba rodeada de gente, jugando, aunque con actitud reservada y algo temerosa al principio hasta que poco a poco se iba soltando y fue creando a la Nicole que fue después.

Sus padres nunca olvidaron lo prometido y cumplieron. Siempre. Quisieron todo de Nicole. Y cuando se dice todo, es todo.

Acogieron a Lucía, sin remilgos, como a una hija más. Tampoco ellos podían creer que, de no tener ninguna hija, ni posibilidad biológica de ello, de pronto el destino les regalara una y, de la mano de esta, otra más años después. Eran unos afortunados. Pero es que el karma sabe valorar a las personas generosas.

El dejar a Lucía supondría demasiadas rupturas, pues abriría un sentimiento de duelo para sus padres, y también cambiaría la situación de su pequeño, pero veía que no había otra solución. Tenía que pensar más en sí misma que en nadie y necesitaba pasar por alto todo eso para acertar. Inspiró por fin profundamente y exhaló. Soltó la angustia acumulada y sonrió. Creyó por fin haberse quedado en paz. Había tomado una decisión.

23. He dejado a Lucía

Heraklion, capital de Creta, se presentaba como la combinación perfecta de historia, naturaleza y excelentes playas. Eso si vienes varios días, que no era el caso. Sin duda, apuntarían el destino para futuras visitas. Sin embargo, las chicas vieron que la escala del crucero en esa ciudad era apenas de unas horas. Sopesaron las opciones y desestimaron el estresarse en una excursión por el yacimiento arqueológico para ver el famoso Palacio de knossos o descansar en la playa rosa o las playas negras. Si por ellas fuera y tuvieran tiempo se tumbarían en las arenas de todos los colores. Amaban la playa, pero en esa ocasión lo dejaron pasar. Se calzaron las zapatillas y decidieron caminar para visitar la ciudad.

Abandonaron el barco después de un desayuno contundente y se dirigieron al puerto, que fue construido por los venecianos en el siglo XVI. Está dominado por la fortaleza veneciana de Koule, que defendía el puerto de la ciudad de los ataques enemigos. Aún en la actualidad se puede visitar su interior, por lo que las chicas no dudaron en adentrarse a conocer sus pasillos de piedra, fríos, con entradas de luz a lo largo del techo abovedado. Era increíble estar caminando por un lugar que lo mismo había sido almacén que una cárcel. Un lugar cuanto menos curioso. Subieron también a lo alto de sus torres para admirar una hermosa vista de la ciudad. Mar en calma, barcas de pescadores amarradas y olas rompiendo contra la gran muralla. Más lejos, viviendas y gente del lugar que hacían compra o paseaban.

Bajaron al paseo y caminaron hasta el final de la muralla. Anduvieron mirando al mar. Se hicieron varias fotos encima, junto a unas rocas, viendo cómo las olas rompían contra las piedras con bravura. Viendo eso y cómo unos jóvenes hacían botellón. Desde

luego, cuando eres joven y hay ganas, cualquier rincón es óptimo.

Se detuvieron junto a un mural que un chico pintaba con sprays. Los tenía de todos los colores en un cubo a sus pies y los iba alternando para realizar un paisaje marino. Sin darse cuenta, Ariadna y sus amigas estaban paradas, más tiempo del que nos solemos detener a mirar nada. Ellas miraban al artista callejero, y sus vidas estaban en pausa mientras el chico continuaba dando vida a una simple e increíble tortuga.

Continuaron andando y comentando que les llamaba la atención la vida que tenía el pueblo. Había muchísima gente y barullo alrededor. Cuando dejaron atrás la fortaleza, pararon de nuevo a observar toda la información que esos barquitos, pequeños, de muchos colores preciosos, amarrados en el puerto, daban sobre la vida cotidiana de los pescadores cretenses. Constituían además un escenario ideal para capturar fotografías de recuerdo.

Al rato, cuando sus piernas ya estaban cansadas, los cuarenta no perdonaban, pararon a comer. Lo hicieron en una taberna típica. Mientras ojeaban la carta con los platos tradicionales ya estaban salivando. Qué buena pinta tenía todo. Como la caminata les había abierto el apetito decidieron pedir varios de ellos para compartir. De este modo, en unos minutos tendrían en la mesa, un plato de caracoles guisados, un pastel de Chania (con cuatro quesos, cordero y menta), una empanada típica, un plato de pasta artesanal y una ensalada con bien de queso de cabra.

Mientras llegaban los platos principales miraron las fotos que tenían en el móvil, degustando un entrante de pan seco con tomate y queso feta. Se habían hecho menos fotos de las que les hubiera gustado, para variar. Pero a veces sentían que perdían el tiempo contemplando un paisaje, asistiendo a un concierto o a una cena, a través de una pantalla. Lo veían mucho en las nuevas generaciones, que vivían pegados a las pantallas.

Ellas eran casi el punto opuesto. La mayoría de las fotos no valían la pena en cuanto a los encuadres o calidad de la foto, pero rieron recordando lo que había costado que salieran bien. Cuando el palo selfi es el brazo de una miope, hay que asumir algunos errores técnicos.

Después de comer, y con dificultades de peso, continuaron callejeando por el centro. Las calles del pueblo eran anchas, bonitas, con comercios, restaurantes. Las casas blancas de los lugareños contrastaban con el colorido general de las calles. Era un pueblo animado, pintoresco, que rezumaba encanto por todos los poros y en el que te impregnabas del ambiente griego.

El sonido del mar las había transportado a un sitio muy lejano o quizá muy cercano, dentro de ellas mismas. Ahora, el bullicio del

pueblo las devolvía al ruido que siempre tenemos en nuestra cabeza. Sobre todo, y en ese momento, Nicole.

Nicky estaba ausente. No solía convivir con tanta intensidad y el viaje le había abierto por fin los ojos.

—Chicas, he dejado a Lucía —confesó mientras observaban un techo lleno de paraguas de colores adornando una callejuela.

—¿Un refrigerio? —propuso Mónica, señalando una terracita. La conversación había llegado y había que darle la importancia que tenía.

Se dirigieron a una terraza bastante mona y tomaron asiento en una mesa. Pidieron una ronda. Nicole necesitaba desahogarse, ahora que por fin había tomado la decisión.

—¿Cómo es que la has dejado? ¿Por Selena? —preguntó Ariadna un poco confusa.

—No, bueno… y sí. A ver, empiezo por el principio. —Y tomó una bocanada de aire.

—Por favor —dijeron ellas.

—Sabéis que Lucía siente pasión por su profesión. —Y continuó tras el asentimiento de sus amigas—. Pues le ha salido un proyecto muy interesante fuera de Alicante.

—¿Cuánto de fuera?

—Muy fuera. En Estados Unidos.

—Vaya…

—Sí, vaya. Eso pensé yo. —Nicole recogió las reacciones de sus amigas—. Hace un par de años, desestimaron su candidatura para el mismo proyecto y ella, digna y enfadada, se centró en formar una familia. Decía que el destino así lo había querido y que eso la iba a llenar mucho más que ser profesora en un colegio de allí. Sin embargo, quedarnos embarazadas no fue tan fácil y ha tardado más de lo que pensábamos. Cuando lo logramos no podíamos más de la alegría. Éramos muy felices, habíamos logrado nuestro objetivo y ese bebé iba a ser el más querido del mundo. Pero un nuevo contratiempo nos visitó. Quedó una vacante en el colegio de Nuevo Méjico y la llamaron. Querían que se mudara de inmediato. Si vierais la cara de Lucía al enterarse de que la querían, entenderíais la bronca monumental que siguió. Me puse hecha un basilisco, chicas, le llamé de todo. Sentí muchísima rabia al ver su mirada porque supe que yo no tenía ninguna posibilidad. Ella no tenía ni la más mínima duda de lo que iba a hacer. Supo desde el principio que quería irse.

—Pero y el embarazo, ¿qué? No es justo que te deje con el marrón. —Celia se tapó la boca consciente del término que había utilizado. No quiso asustarla y trató de arreglarlo—. Un bebé da mucho trabajo y, no solo eso, durante el embarazo también necesitas ayuda. No puede hacerte eso.

—Lo cierto es que, desde la bronca, justo antes de este viaje, me ha llamado en varias ocasiones y me he dado cuenta de que no puedo retener a mi lado a alguien que no quiere estarlo. Así que simplemente la he dejado. Le he puesto las cosas fáciles.

—No te entiendo, Nicky, perdóname —expresó Mónica, dando un sorbo a su refresco.

—Es fácil, Moni. Imagínate la carga que me supondría vivir con una persona amargada a saber cuánto tiempo. Porque desde luego ese iba a ser su estado sabiendo que había dejado pasar una oportunidad como esa. Lo rechazaría por mí, si se lo pidiese, pero no lo he hecho ni lo haré. Sería condenarla.

—Joder, ¡qué exagerada! Además, se ha condenado, como tú dices, ella solita. Que se ha embarazado contigo, coño —dijo Ariadna enfadada.

—No, no, no os confundáis —intervino Celia—. Solo hay una embarazada y es Nicky. Ella es la que tiene su cuerpo con miles de hormonas disparadas y va a vivir todos los cambios físicos en su cuerpo. Lucía lo que tiene es un morro que se lo pisa.

—Bueno, ya está. Ya os lo he contado. La decisión está tomada. No quiere estar a mi lado y yo no quiero que nadie esté conmigo queriendo estar en otro lado.

—Bueno, Nicky, si estás más tranquila así, me alegro. Ya sabes que nos tienes para lo que quieras —se ofreció Ariadna.

—Ese bebé será de todas —añadió Mónica.

—Gracias, chicas.

—Oye, pero… otra cosa. ¿Por qué decías antes que Selena ha tenido que ver en esta decisión? ¿Te has enamorado de ella? —quiso saber Celia.

—No, hablar de enamoramiento es excesivo, pero os tengo que reconocer que la pelirroja me ha hecho el pellizco y os confieso que hasta ayer pensaba que era algo mutuo —admitió con pesadumbre.

—Yo también vi mucha conexión, es cierto. Lo de Jesús ha sido toda una sorpresa. Además, no pegan nada. Son tan diferentes… —dijo Ariadna.

—Pero… ¿Por qué justo dejas a Lucía al enterarte de que tiene pareja? Hay algo que se me escapa —Mónica seguía tratando de llegar al fondo del asunto.

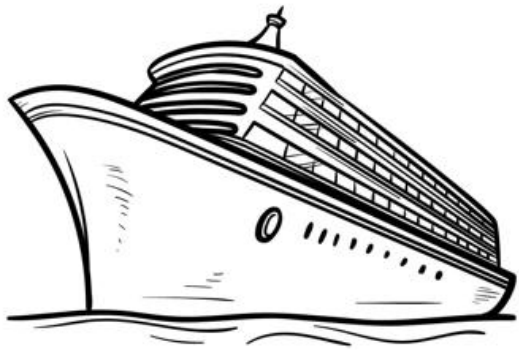
—Precisamente por eso. No quería dejarla por otra persona, porque el motivo no es real. No la dejo porque yo soy infiel y desleal sino porque ella —hizo énfasis— me ha fallado, me ha faltado al respeto, ninguneado y menospreciado. La dejo porque ha sido cruel conmigo, aun sin quererlo o premeditadamente.

—Entiendo —dijo Ariadna—. Y con Selena ¿qué vas a hacer?

—Nada, Ari. Selena tiene pareja, yo he malinterpretado sus gestos

y sus miradas. Seguiré como si no hubiera pasado nada, que de hecho es lo que ha pasado. Nada. Lo demás solo está en mi cabeza.

Después de ese rato de conversación y de la mejor de las compañías, las chicas tomaron rumbo al barco de nuevo. En la preciosa isla de Creta se quedaban las confesiones de Nicole.



24. La fiesta blanca

Las chicas se vistieron de blanco. Había llegado la noche de la fiesta de dicho color. Sería en la cubierta de la piscina, pero, antes, las cuatro amigas cenarían en Camerún, querían probar las exquisiteces del que decían era uno de los mejores restaurantes de a bordo.

Espectaculares, lucían sus vestidos por los pasillos del barco. Sabían que estaban guapas. Las miradas a su paso confirmaban sus impresiones. Sus tacones, esa noche sí, acariciaban la moqueta con paso firme. Mesa para cuatro. Y adentro.

Miraron a todos lados mientras seguían a un camarero que las guiaba hacia la que sería su mesa, una circular al fondo. Pidieron una botella de vino, otra de agua para Nicole y ojearon la carta salivando.

Pidieron algunos entrantes, para picar para todas y luego sus platos principales. Disfrutaron de una cena con una agradable conversación, deliciosos platos y risas ponderadas por el vino.

Salieron después a la cubierta donde la música inundaba todo. Algunos compis de viaje ya bailaban en el centro de la pista, mientras un grupo de música tocaba y cantaba en directo. Todo estaba decorado de color blanco y azul y los atuendos de los asistentes eran una oda a la lejía.

Las chicas cogieron una mesa al lado de la barra del bar. Ricky les quitó el cartel de reservado para que ocuparan la mesa que él mismo había elegido un rato antes para ellas. Mónica se acercó a él, se puso ligeramente de puntillas y besó sus labios. Él se pasó la lengua después como queriendo recordar el sabor de anticipo de su chica, hasta que acabara el turno de trabajo y se mordió el labio inferior. Ariadna los observó con cierta envidia. En realidad, el amor era bonito. Verdaderamente, esa pasión correspondida, ese deseo, el tonteo… era

muy muy bonito y excitante.

Y hablando de excitante, Jesús y su despampanante mujer pelirroja se unieron a la fiesta y se sentaron en una mesa cercana. Las chicas los saludaron educadamente, aunque eran conscientes de que las cosas se habían enfriado y el ambiente era tenso.

De ese modo, ante las notas de una canción muy animada, las chicas se levantaron como si tuvieran un muelle y bailaron. Pidieron una copa detrás de otra. Su camarero no permitió que tuvieran las manos libres. Que no faltara de nada a sus chicas.

Ariadna se sentó en la mesa porque le dolían los pies, debido a los tacones. Se estaba acariciando el tobillo cuando se le acercó una niña y le dijo que si había visto a su bebé. Inmediata y maquiavélicamente le dijo que lo tenía el señor de la mesa de al lado. Ostras, pensó, ¿por qué habría hecho eso? Es que esa maldad solo le salía con él.

Observó por el rabillo del ojo, cómo la niña se acercaba a Jesús y este giraba a un lado y a otro su cabeza en negación. La niña, obcecada y sabedora de poseer la verdad, insistía en sus pesquisas. Lo tenía él. Selena intervino y de forma cariñosa trató de explicar a la niña que ellos no tenían su bebé. Miraron alrededor para advertir la presencia de los padres, pero no lograron dar con ellos. Nadie parecía pendiente de ninguna niña extraviada de seis años.

La niña se puso insistente, eufemismo de bastante pesada e intensa. Sus palabras tornaron en gritos y en lágrimas. Ariadna se partía de risa, con disimulo, desde su posición. Se estaba divirtiendo con la *Drama Queen*. Dónde estaría el maldito bebé. La risa cambió a carcajada, tuvo que ponerse la mano para taparse la boca, cuando la niña incluyó pataletas contra el suelo en su numerito *dónde está mi bebé*. La incomodad de Jesús no tenía precio. No sabía dónde meterse porque los gritos de la niña ya eran un verdadero escándalo y todas las miradas se giraban hacia ellos. Estaba azorado, en sus mejillas no cabía más rubor y en su silla no entraba ya más vergüenza. No había diálogo posible con la protagonista de *no sin mi bebé* y, lo mejor y más sorprendente de todo, ningún progenitor reclamaba la paternidad de la susodicha.

Nicole, cansada de bailar, se sentó junto a Ariadna en la mesa. Se sorprendió al verla sola, partiéndose de la risa y disimulando. Le puso al tanto de lo que ocurría en la mesa del enemigo y Nicole se disgustó. Pensó en la pobre niña. Ella adoraba a los críos, por algo trabajaba con ellos, y enseguida acudió al rescate de la pequeña mirando fulminante a su amiga. En esa ocasión se había pasado de rosca y no le gustaba nada su reacción.

Se acercó a la mesa de Selena y Jesús y pidió, con una mirada, permiso para intervenir. Se agachó a la altura de la pequeña histérica, la agarró por ambos brazos con suavidad y consiguió que se

tranquilizara. La niña, Sofía se llamaba, entre hipidos, le contó que había perdido a su bebé y que la señora, dijo señalando a Ariadna, le había asegurado que lo tenían ellos. Nicole le explicó que a veces los mayores también nos confundimos y sin duda esa era una de esas ocasiones. Miró a Ariadna nuevamente con reprobación (no fue la única que lo hizo porque Jesús la mataba con la mirada) y se ofreció a acompañarla a buscar a sus padres. Recorrió con la niña varias mesas sin éxito y entraron finalmente dentro del barco. Una señora miraba a todos lados desesperada, preguntando a unos y a otros si habían visto a una niña rubia, con flequillo, con un vestido rosa. Vaya apuro tenía la madre. Nicole se acercó a ella y le dijo que Sofía estaba buscando su bebé en la cubierta. La madre le dio las gracias, le dijo que había sido un ángel, que ojalá todo el mundo fuera como ella y Nicole, satisfecha, se retiró con una sonrisa amplia. A su espalda, la madre abrazaba a la niña y le reñía por haberse ido sola. Todo a la vez. Estaba muy asustada al ver que había desaparecido.

Cuando salía al exterior de nuevo, se topó con Selena, que se retiraba al camarote. La saludó con cortesía, pero Selena la cogió por el brazo.

—¿Podemos hablar? —le dijo.

—Claro, dime —respondió Nicole un poco azorada, pues no se lo esperaba.

—Gracias por salvar la situación, de verdad. No sé qué le ha dado a la niña con nosotros. Estaba como poseída.

—Nada, no ha sido nada. Solo he hecho lo que la niña necesitaba. —Nicole se quitó importancia.

—Se te dan bien los niños, ya veo. —Sonrió Selena.

—Sí, me encantan. ¿A ti? —¿Para qué preguntaba eso? Se estaba metiendo donde no la llamaban.

—A mí también. Muchísimo. Ojalá algún día tenga mi familia.

—Claro que la tendrás —dijo Nicole titubeando, mirando a Jesús, todavía sentado en la mesa.

—Gracias, de verdad. No te robo más tiempo, pero quería agradecerte que nos ayudaras con el drama de la niña —rio—. No entiendo cómo la ha tomado con nosotros —insistió Selena.

—Mira, la verdad es que mi amiga Ariadna se la tiene jurada a tu marido. —Hala, ya lo había dicho, estaba enfadada con Ariadna. No se utiliza a los niños para nuestros fines.

—¿Qué dices? ¿Y eso por qué? ¿Se conocen? —disparó Selena, confundida. No entendía nada de nada. Pero no estaba enfadada y eso sorprendió a Nicole.

—Algo así. Perdona, ya he hablado demasiado. Tengo que irme. Chao.

Salió escopeteada a la terraza para unirse a sus amigas. Se sentó a

la mesa sin dirigir la palabra a Ariadna. Ya tendrían en otro momento la conversación.

Esta última, incómoda después de un buen rato sin cruzar palabra, se retiró a una zona apartada a fumar un cigarrillo. Entendía el enfado de Nicole. Se había pasado mucho. Y, para colmo, no se sentía bien. Es verdad que había disfrutado de la turbación de Jesús, pero aun así no había logrado la paz que ansiaba. Algo fallaba en sus venganzas. Nada calmaba esa sed.

—Esto está pasando de castaño oscuro —dijo una voz grave a su espalda, provocando un escalofrío por todo su cuerpo.

Ariadna se tensó. Todos sus músculos endurecieron. Una energía intensa la recorrió incapacitando sus movimientos.

—¿Ahora no dices nada? —De nuevo esa voz. Y esa corriente fría de aire que la estremecía.

—Lo siento, me he pasado —dijo sin mirarlo a la cara.

—Bueno, algo es algo —admitió él.

—No volverá a pasar —prometió ella totalmente en serio. No lograba sentirse bien y ese toma y daca debía parar.

—Eso espero porque estamos mayorcitos para estos juegos. —Y de pronto la palabra juego sonó muy caliente en la mente perturbada de Ariadna.

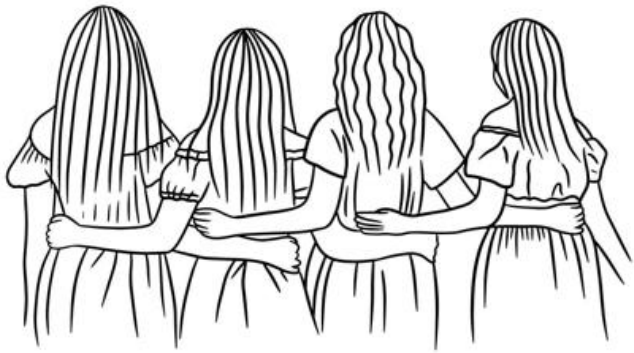
—Es cierto, perdona. Ya te he dicho que no volverá a pasar —repitió nerviosa ante la cercanía de Jesús.

—De acuerdo, Ariadna. —Pronunció con intención cada letra de su nombre, masticándolas y se situó muy pegado, rozando con su brazo el de ella, ambos agarrados a la barandilla.

—Vaya, sabes mi nombre. Claro —cayó de repente—, Selena te lo dijo.

—No, ella no me ha dicho nada. Yo ya te conocía —susurró muy cerca de su oído. Y su aliento recorrió su vello erizándolo a su paso.

El nuevo escalofrío que la invadió la dejó fuera de combate, mirando al mar en calma mientras en cada poro de su piel se palpaba la tensión.



25. No he dicho que no me gustes

Ariadna miró a su izquierda. Los ojos de él estaban perdidos también en un punto en el que el mar y el cielo se fundían.

—¿Entonces ves la serie? —dedujo Ariadna— ¿Me conoces de eso?

—No, no me gusta demasiado. Me parece un poco pueril e insulsa —contestó a la primera pregunta.

—¿Pueril? —Ariadna se sorprendió, pero no quiso entrar en otro debate—. Bueno, tiene que haber de todo en la Viña del Señor.

—También me parece simplona y predecible—. Parecía que él sí tenía ganas de gresca.

—Bueno, no puedo gustar a todo el mundo —asumió ella decepcionada.

—Yo no he dicho que no me gustes tú —añadió él sin mirarla, mientras una corriente fría de nuevo sacudía todo el cuerpo de la chica.

—Vale. No te gusta la serie pero te gusta el papel que interpreto como inspectora principal —recapituló Ariadna, tratando de quitar intensidad a las palabras de él porque se estaba poniendo nerviosa.

—Tampoco he dicho eso exactamente. Me gustas tú. —Y, ahora sí, la miró. Con una mirada tan directa y fulminante que a ella le flaquearon las piernas y no supo qué contestar—. Sabía que lo lograrías.

—¿Cómo dices? —Estaba aturdida. No sabía si estaba en lo cierto en lo que entendía—. ¿Me has reconocido del fatídico casting?

—Sí, aquel día supe que lo conseguirías si te daba un empujón.

—No me diste un empujón. Me diste una bofetada a mano abierta.

Un mazazo del que me costó recuperarme.

—No seas exagerada. Solo te dije que tenías que trabajar. Lo hiciste y aquí estás.

—Lo que me faltaba. ¡Soy una exagerada!

—Un poco, sí, ¿no? ¿No lo reconoces?

—Las formas no fueron las más adecuadas. Eso podrías reconocerlo tú —pidió molesta, recordando aquel funesto momento.

—Bueno, surtieron el efecto esperado —sentenció orgulloso, sin un ápice de arrepentimiento o disculpa que relajara la actitud de Ariadna.

—No pude olvidarlo en mucho tiempo. De hecho, todavía en ocasiones lo revivo. Hundiste mi ilusión y me hiciste tocar fondo cuando solo empezaba.

—Bueno, si tocas el fondo, solo queda subir hacia arriba. Sigo pensando que exageras. Solo orienté tu camino. Tenías que prepararte porque es una profesión difícil. No puede hacerla cualquiera.

—Claro que me formé, estudié, por supuesto, quería ser actriz. Pero lo hubiera hecho igualmente sin tus palabras hirientes.

—O no. Creo que te vinieron bien. Las críticas son necesarias.

—Las críticas constructivas. —Hizo énfasis en el adjetivo.

—Por supuesto. Y lo has conseguido.

—Y estoy muy orgullosa de ello —afirmó satisfecha con lo que había logrado.

—Y en buena parte gracias a mí —dijo con altanería.

—Qué asco. ¿Cómo puedes ser tan egocéntrico y narcisista? —declaró escamada—. Sal de ti, por favor. Hay mundo fuera. Fue todo única y exclusivamente gracias a mí. Solo yo trabajé en mi carrera y solo yo me lo curré. No te debo nada. Bueno, sí, alguna noche de insomnio y lágrimas —dijo iracunda, elevando la voz, conteniendo una emoción que asolaba de nuevo en su interior reviviendo esa difícil etapa.

—Lamento que fuera así…

—¡Qué coño vas a lamentar! Tú no sabes qué es eso —gritó, mirándolo a la cara con claro gesto de reproche. Nunca pude olvidar ese puñetero día. —Y su dedo lo apuntaba como único culpable— ¿Me oyes? Que te quede bien claro…

Pero Ariadna no pudo seguir con su perorata. Los labios gruesos de Jesús se acercaron impetuosos a la boca de ella, apretándola con deseo para beberse sus reproches. Las manos de Jesús acunaban el rostro de Ariadna con firmeza. Ella, paralizada por la sorpresa, permanecía quieta, pero en ningún momento se le pasó por la cabeza apartarse de él. Supo de inmediato que deseaba ese beso tanto como él. Se lo devolvía con fuerza, con rabia, como si no se lo mereciera con cariño, pero estaba cargado de pasión.

Permanecieron así, pegados, apenas unos segundos. Instantes en el

que sus labios sellados hablaban de furia, de tensión sexual, pero sus cuerpos, más cohibidos, permanecían expectantes.

De pronto Ariadna fue consciente de la infidelidad de él.

—¿Qué haces? —dijo apartándolo con una mano en el pecho de él.

—Querrás decir, ¿qué hacemos? Esto es cosa de dos —rectificó él con chulería.

—Aaaaag —exclamó ella—. Joder, ¡qué manía te tengo! ¿Cómo puedes hacerle eso a tu mujer?

—¿A quién?

—¿Cómo que a quién? ¡A Selena! Me voy. No quiero perder el tiempo contigo.

—¡Yo tampoco! —gritó él, mientras Ariadna se alejaba haciéndole un gesto despectivo y añadió—. Yo tampoco me he podido olvidar nunca de aquel día. —Pero esa mujer, que ya se alejaba enfadada, no podía escucharle. Nuevamente había conseguido cabrearla. No sabía por qué actuaba así con ella. ¿Era realmente lo que quería?

Ariadna volvió a la mesa donde estaban antes sus amigas. Solo quedaba Mónica, que estaba bastante ocupada en su burbuja de amor, compartiendo caricias con su camarero y sorbiendo su cóctel con una pajita entre beso y beso. Ariadna no estaba del humor de los unicornios así que recuperó su bolso y se retiró a su camarote. Había sido un día demasiado intenso.

26. Lo cortés no quita lo valiente

Cuando estaba a punto de meter la tarjeta en su camarote, Ariadna escuchó una voz varonil que la llamó por su nombre.

—Perdona, quizá no he sido demasiado cortés, por lo que he decidido apostar por la valentía —le susurró muy cerca, casi intimidándola.

—No sé a dónde quieres ir a parar… —murmuró ella, con voz entrecortada por la excitación.

—Quiero ir a parar aquí —respondió tomando sus labios sin permiso mientras sujetaba su nuca con firmeza—. Y aquí también —añadió, recorriendo con su boca el cuello de Ariadna.

Ariadna respirada acelerada. Ese hombre estaba poniendo en alerta cada rincón de su anatomía. ¡Cómo besaba! Ladeó su cabeza dejando margen de maniobra para que Jesús recorriera con su lengua la cavidad del cuello. Atrevido, sensual y deliciosamente seductor se atrevió a lamer el lóbulo de la oreja estremeciendo sus sentidos.

Jesús enredaba los dedos de una mano entre el cabello de Ariadna para sujetar su cabeza con posesión, mientras su boca se adueñaba de los labios ansiosos de ella. La otra mano descendió hasta alcanzar el final de la espalda femenina. Los dedos ágiles se colaron en equipo por el pantalón corto que llevaba Ariadna para acariciarle el firme trasero.

Ariadna dio un respingo por la sorpresa. Contuvo el aire, sin ser consciente, y mientras se arrimaba cada vez más al cuerpo de él, animada por su atrevimiento, iba cogiendo aire tratando de recuperar su calma. Las respiraciones se convirtieron en jadeos con las caricias cada vez más intensas de Jesús y Ariadna quería más.

—No pares, sigue, por favor —pedía entre sudor y gemidos.

—¡¿Qué dices, perra?!

—Necesito más —reclamaba el deseo de Ariadna.

—¡Que te despiertes, ya! No puedo darte más fuerte con la almohada, ¡que te voy a ahogar!

Mónica despertó a Ariadna del sueño que estaba teniendo. Se levantó bañada en sudor. Empapada.

—¿Con quién soñabas, pedazo de marrana? —bromeó Mónica.

—Es una larga historia —dijo Ariadna ruborizada, mientras iba al baño a despejarse con una buena ducha de agua fría. Estaba aturdida.

Minutos más tarde, se reunían las amigas en el comedor del desayuno.

—Buenos días, chicas —saludó Ariadna, taciturna.

—Vaya, ¡la hija pródiga! —exclamó Celia.

—¿Dónde te metiste anoche? —quiso saber Nicole, sintiéndose un poco culpable.

—Si yo os contara….

—Ya estás tardando —dijo Mónica, dando un sorbo a su zumo natural para coger una tostada a continuación—. Y es que, chicas, esta mujer se ha corrido a bordo.

—Necesito otro café —musitó Ariadna, levantándose a la máquina, avergonzada.

—¿Cómo que se ha corrido? Bueno, en cualquier caso, me siento mal —confesó Nicole al desaparecer Ariadna—. Ayer le eché la bronca porque me pareció que se había sobrepasado con lo de la niña. Porque lo hizo… ¿no? —dudó finalmente de si se había excedido ella también.

—No te preocupes, agua pasada no mueve molinos. Parece que ya lo ha olvidado —ironizó Mónica, aludiendo nuevamente a los sueños húmedos de su amiga.

—Me besó —escupió Ariadna, nada más sentarse, de vuelta, en la mesa con el tanque de cafeína.

—¿Quién te besó? —Mónica no entendía nada, pues ella había visto claramente que todo el idilio había sido un sueño.

—Él. Jesús —balbuceó Ariadna, a media voz, ruborizada, mirando alrededor por si el aludido andaba cerca.

—Pero eso fue en tu cabeza ¿no? —preguntó Mónica—. Estabas soñando…

—¿Cómo? —Nicole abrió los ojos como platos.

—No, a ver. Lo del sueño… son cosas mías de perturbada. Pero, sí, ayer por la noche Jesús Ortiz me besó. Y fue real. Demasiado real.

—¡No jodas! —Mónica se tapó la boca y se agarró al bolso como si vinieran curvas.

—Sí, yo tampoco me lo puedo creer aún. —Hizo una mueca de disgusto y se tocó los labios como si todavía lo sintiera—. Estaba echándole en cara todo el daño que me hizo en su momento y se me

lanzó a la yugular.

—¡Guau! —exclamó Celia—. Los que se pelean se desean, como dice mi hijo.

—Tampoco me extraña ¿eh?

—Tú siempre tan lista, Moni —ironizó Nicole—. Pobre Selena. ¡Vaya capullo!

—Ya te digo —confirmó Ariadna.

—Pero tú también… —murmuró Nicole.

—Yo también, ¿qué? ¿Qué insinúas? —El tono de Ariadna se tornó a la defensiva.

—Que no te has apartado. Sabiendo que tiene pareja… Un beso es cosa de dos. —Clavó la puntilla.

—¡Alucino contigo, *amiga*! —Ariadna estaba muy enfadada. No se esperaba ser juzgada por Nicole.

—Es que no es propio de ti, Ari. —Trató de ser más suave.

—¡Pero que yo no hice nada, joder! —gritó cabreada—. Además, ya tienes la excusa. Chívalo a Selena y luego le ofreces tu hombro para llorar y de paso te la…

—¡Bueno, ya está bien, chicas! —Se interpuso Celia—. Joder, sois peores que mis hijos. ¿Por qué no enterráis de una maldita vez el hacha de guerra? —Y las miró con ojos de súplica.

—Está bien, tienes razón —dijo Ariadna.

—Sí, perdona, me he pasado, la pelirroja me tiene despistada y no sé qué cojón hace con ese idiota que encima le pone los cuernos… —musitó Nicole.

—Te gusta mucho esa chica ¿no? —Era Mónica quien hablaba.

—Mucho, sí. Jobar, no dejo de pensar en ella.

—Díselo —propuso Celia.

—¿Estás loca? ¿Cómo voy a hacer eso? —exclamó Nicole—. Tiene pareja, aunque sea un cerdo.

—No, tía, pero ¡quién sabe! Imagínate que todo es una relación interesada o que son una pareja liberal —susurró Ariadna, pensando que en cualquier momento podrían aparecer.

—No sé si liberal, pero Ricky y yo hemos hecho nuestras investigaciones y en vez de unos recién casados, parecen más bien amigos o compañeros de piso —argumentó Mónica.

—¿Y por qué deducís eso?

—Una cosa es que no te comas los morros delante de toda la gente, pero ni una mísera muestra de cariño, ni una caricia despistada, un beso polizón… No sé, hay algo raro en esa pareja —explicó Mónica.

—En eso tienes razón —subrayó Celia—. Hasta en mi matrimonio maltrecho y desgastado, se cuela algún gesto de complicidad. Hay que averiguar qué pasa.

—¿Sabéis si van a ir a la excursión de Kusadasi? —preguntó

Nicole.

—Afirmativo. —Celia asentía con la cabeza—. Antes los vi apuntándose en recepción.

—Nos apuntamos entonces. ¡Vamos! —animó Ariadna, arrastrando su silla hacia atrás seguida de Nicole.

—Siempre me interesaron las ruinas de Éfeso —concluyó Mónica —. Eso y los sueños de nuestra querida Ari. Esto no va a quedar así. Quiero detalles, lo estabas pasando demasiado bien.

Se levantó junto con Celia y las siguieron. Tenían que darse prisa o se quedarían sin plaza para la excursión.

27. Éfeso

Los pasajeros apuntados a la excursión fueron desembarcando por orden. Hicieron una disciplinada fila en una de las puertas del barco, como en las cajas del supermercado, pero sin personas *solo llevo un par de cosas* colonas. Ahí estaban esperando, donde les habían indicado, a la hora de reservar. Ariadna miraba a un lado y a otro, con disimulo. Buscando algo. Buscándolo. No lo vio. Tampoco a Selena. Se estaba arrepintiendo. ¿Habrían cambiado de opinión y finalmente no harían la excursión? Tenía un gusanillo en el estómago, pues quería verlo, pero a la vez no sabía cómo actuar con él. Por Dios, había mojado las sábanas soñando con sus caricias y al despertar se frustró al comprobar que no había sido real. No quería reconocerlo, pero estaba sintiendo atracción por Jesús. Mucha. Más de la que imaginaba.

Minutos más tarde, que se les hicieron eternos, por fin pisaron suelo turco.

Frente a ellas se elevaba una montaña, con edificios blancos y unas letras, como las famosas de Cullera en Alicante. ¿No te suenan? ¿Y las de Hollywood en Los Ángeles? Lucían encalladas entre la vegetación y las construcciones, indicándoles que ese pueblo, al otro lado del mar, se llamaba Kusadasi.

Las cuatro amigas enfilaron el camino, detrás del grupo y el guía. Cogieron un autobús y en unos minutos llegaron a una de las entradas a las famosas ruinas. Sin duda debían de ser una joya de la Humanidad, sí, porque estaba abarrotado de gente.

El guía, mientras los grupos se arremolinaban en torno a él, iba contando que dichas ruinas eran la huella de varias civilizaciones y representaban un legado impresionante para la humanidad. Éfeso mantuvo sus calles llenas de comerciantes, navegantes o peregrinos

hace siglos en su yacimiento arqueológico, uno de los más impresionantes de Turquía y el mundo.

Mónica, que no era muy fan de la historia y solo veía piedras, se retiró a unos puestos para comprar unas gorras y botellas de agua para ella y sus amigas antes de comenzar la visita. Parecía que el sol estaba furioso y calentaba a diestro y siniestro. Si tenían que aguantar así las dos horas de la visita iban a terminar insoladas.

Celia, Ariadna y Nicole estaban ensimismadas. Sentían que visitar las ruinas de Éfeso era como hacer un viaje al pasado a través de sus edificios públicos, comercios, viviendas antiguas, calles aún pavimentadas con piedras y otros elementos que componían la ciudad en aquellos tiempos remotos.

—Estas ruinas son Patrimonio de la Humanidad de la Unesco desde 2015 —susurró una voz grave en el oído de Ariadna.

Cuando esta se recuperó del escalofrío que puso en alerta todas sus terminaciones nerviosas, y no precisamente por el contenido del mensaje, logró articular una respuesta sensata.

—Vaya, no sabía que además de director de casting y productor de televisión eras guía o arqueólogo.

—No lo soy —sonrió y proyectó la voz de forma sensual— pero sé admirar la belleza. Y me empapo bien de lo que me gusta.

—Ya… —¿Seguía hablando de las ruinas? Porque no recordaba que nunca unas piedras la hubieran puesto tan a mil, por muy importantes o bien conservadas que estuvieran—. Oye, ¿y Selena?

—Está con tu amiga, querían hacerse una foto en la biblioteca de Celso. Es uno de los lugares más impresionantes y representativos de este centro —dijo él despreocupado, ante lo que Ariadna miró alrededor y se dio cuenta de que, efectivamente, Nicole no estaba con ellas.

—¿Y tú no te haces la foto con ella? —Se extrañó Ariadna.

—Claro, es justo lo que iba a hacer ahora. —Y se esfumó como por arte de magia, dejando una dulce estela de perfume. Ariadna se giró y comprobó cómo se alejaba y agarraba a Selena de la cintura. No entendía nada de ese tío y su extraña relación.

Nicole sintió que sobraba cuando Jesús se unió a su pareja, la agarró y le dieron de lado. Recogió la poca dignidad que le había quedado tras el desplante y volvió con el grupo para el resto de la visita.

—¿De qué has hablado con Selena? —preguntó Celia a su amiga mientras caminaban, acompañadas de un abanico, por un sendero rodeado de ruinas de columnas que llevaban a un magnífico teatro.

—Me ha dicho que si nos vemos esta noche. —Y los ojos de Nicole brillaron con una luz especial.

—¿Pero en qué plan? —quiso saber Mónica.

—Tomar algo en el barco, después de cenar. —Nicole levantó los hombros e hizo un mohín de desconcierto.

—Estos dos están casados por interés porque, no me jodas, nada tiene sentido. —Ariadna puso los ojos en blanco recordando su encuentro fugaz de hace unos minutos.

—Le gusto. —Nicole perdía su mirada en las inmensas gradas que tenía ante ella, parecía increíble que a pesar de los años aún permanecieran en pie.

—¿Te lo ha dicho ella? —Mónica no entendía nada.

—No directamente —dudó Nicole.

—Bueeeenoooo. ¿Y no serán tus ganas, morenita? —A Mónica le preocupaba que su amiga sufriera una nueva decepción.

—No, a veces no hacen falta las palabras. Me ha mirado y lo he sabido al instante. No me equivoco. Es recíproco, créeme. —Nicole sonrió ajena a las caras de sus amigas.

El guía, al que no estaban haciendo el más mínimo caso, explicaba que el teatro tenía un aforo de 25000 personas o que su arco medía 150 metros de diámetro. Independientemente de lo ajenas que estaban a la explicación, en ese lugar se respiraba la esencia histórica y cultural del lugar, donde entre los siglos tres y dos antes de Cristo pasaron artistas de teatro, circo o gladiadores y se celebraban reuniones políticas o religiosas.

—Creo que en esta ocasión Nicky tiene razón. Miradla con disimulo —Ariadna instó a las chicas a espiar a Selena—, no deja de observar a nuestra morenita.

Y así lo hicieron todas. Se giraron obviando lo del disimulo y Selena se cohibió, tanto que se giró haciéndose la despistada, enfilando la Avenida de los curetes. Sola.

Ellas hicieron lo mismo, habían oído hablar de esa calle empedrada, de la que decían que era un auténtico museo al aire libre, con restos de viviendas, templos, columnas y un suelo que todavía conservaba los mosaicos de la época.

Ariadna estaba rezagada, reparó en dos figuras que representaban a Hércules vestido con la piel de un león y cuando estaba admirándolas, una voz que conocía la puso en evidencia.

—¿Te gusta la puerta de Hércules? Como sigas observando al tío este, te pierdes del grupo.

—Gracias por tu preocupación, Jesús. Me gusta esta entrada. La he visto en muchas fotos y tiene algo que me llama la atención. Me voy a quedar un rato por aquí, si no te importa… —Se hizo a un lado después de la ironía.

—Vaya, me apetecía ver la Fuente de Trajano o el Templo Adriano —lamentó él con un chasquido de la lengua—. ¿Qué se le va a hacer?

—¿Y a mí que me cuentas? —Ariadna negó con la cabeza,

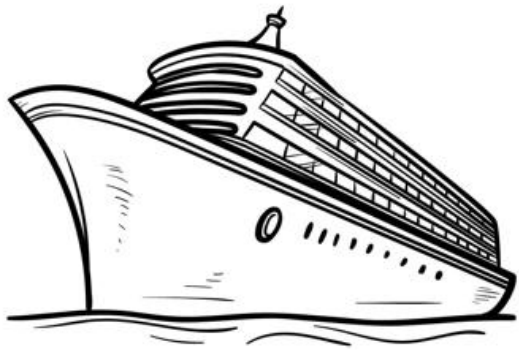
desconcertada—. Vete con el grupo.

—Verás, es que hay un problema —comenzó él.

—Sigue a la derecha y los ves. Apenas se han alejado unos metros —explicó Ariadna, acompañando sus palabras con un gesto de la mano, perdiendo un poco la paciencia—. Todavía puedes engancharte a ellos.

—Ese es precisamente mi problema. Que estoy enganchado. Pero a ti —soltó sin titubear.

—¿Qué dic…? —Ariadna no pudo terminar la frase. Un beso calló su pregunta. De nuevo. Siempre había odiado que la interrumpieran mientras hablaba. Y lo de ese hombre estaba convirtiéndose en una costumbre. Pero no, no era enfado lo que sentía. Un calor interior, asfixiante, recorría todo su cuerpo. Una energía intensa le hizo agarrarlo por la cintura y avanzar unos metros hasta ocultarse en unas ruinas que fueran lo que fueran en el pasado (ya no escuchaban al guía y al grupo del que se habían perdido), ahora eran su escondite, el testigo de unos besos que nacían del intento desaforado de unos labios por apagar un fuego incipiente, de origen desconocido y abrasadoramente peligroso.



28. Perdidos

Jesús y Ariadna se perdieron. Por completo. Y no solo del grupo, al que dejaron avanzar sin ser conscientes de la enorme distancia que les habían sacado y los separaba. Se perdieron el uno en el otro. Perdieron también la cuenta de los besos que intercambiaron.

Se buscaban con curiosidad, intriga, pero también con hambre, con sed y con muchas ganas. Se encontraban entre caricias y besos que mutaban. De castos picos a atrevidos lametones, de dulces roces a apasionados mordiscos cargados de intención.

Hacía calor. Mucho. También fuera de ellos. El sol alumbraba su juego, a pesar de haber elegido una sombra para hacerlo. Ariadna descansó la espalda en un muro o columna, donde Jesús apoyaba, a la altura de su cabeza, la mano que no tenía en la cintura de ella.

Sus dedos, atrevidos, se colaban bajo la blusa de la mujer, que esperaba expectante sus movimientos. Acariciaban sus caderas, su tripa, con movimientos circulares y suaves. Sus labios, abiertos, pedían más en cuanto Jesús se separaba un momento para coger aire. Sus cuerpos, atraídos, cada vez estaban más juntos, como si la fuerza de un imán actuara entre ambos. Ariadna notaba en su entrepierna las ganas de él, al mismo nivel de las suyas propias y sentía que lo quería todo de ese hombre. Aumentó la velocidad de sus besos, la intensidad, acelerando con ello las caricias de él, cuyas manos dejaban los remilgos a un lado y alcanzaban su trasero para apretarlo con decisión. Ni en sus mejores sueños la habían tocado de esa manera.

—Un momento —pidió Ariadna, separando unos centímetros su boca de la de él e interponiendo entre ambos un brazo aguafiestas—. Necesito que me pellizques.

—…

—¡Au! ¡Mi culo! —Ariadna dio un respingo ante el pellizco que sintió en el trasero y se frotó la zona afectada—. ¿Qué haces?

—Pues pellizcarte, lo que me has pedido —justificó él—. Y aprovecho para advertirte que no soy muy de estas cosas. Deberíamos aclarar algunos puntos antes de seguir.

—¿De qué cosas me estás hablando? —Ariadna rio ante el malentendido—. Te pedía que lo hicieras en el brazo.

—No te mofes, tengo cincuenta palos y soy más tradicional. Pero bueno, que si a ti te gusta ya veremos qué podemos hacer —accedió él.

Ariadna estaba conteniendo la risa. Le divertía mucho la atmósfera de confusión que se había creado por su afán de control y le excitaba todavía más la predisposición que él tenía de probar cosas nuevas. Ella solo necesitaba saber que lo que estaba ocurriendo era real y no una nueva jugarreta de su calenturienta imaginación.

—Solo necesitaba estar segura.

—¿Y lo estás? —No hablaban de lo mismo pero la mirada que él le regaló era tan oscura por el deseo que un calambre sacudió el bajo vientre de Ariadna.

—Nunca he estado más segura de nada.

Y sucedió. Bajo el sol abrasador de las ruinas de Éfeso dieron rienda suelta a la pasión, a los sentimientos contradictorios que estaban naciendo entre ambos y se liberaron de las ataduras que los obligaban a no soportarse.

Se besaron con voracidad, se acariciaron como se acaricia lo más preciado y se devoraron con el morbo añadido de quien se sabe expuesto. Sabían que en cualquier momento unos ojos curiosos podrían descubrirlos y, con total seguridad, amonestarlos. Aun así, no se puede apagar un volcán con vasos de agua. Tuvieron sexo entre las ruinas, entre los restos de esas columnas y esos muros que tanto pasado escondían. Si las piedras hablaran tendrían tantas historias que contar, ahora también la suya, que no habría tiempo en una vida para leerlas, verlas o escucharlas.

Después de unos minutos de resuello, en los que recuperaron la compostura y la ropa, llamaron al sentido común, que había echado una cabezada. Debían localizar al grupo, con rapidez, pues los autobuses salían en unos minutos y perderían el barco.

Corrieron por el que de pronto se manifestaba como un laberinto de piedras mal puestas. <<Es por ahí>>, decía una. <<No, es por el otro lado>>, rebatía el otro. Cuando lograban ponerse de acuerdo, cuando alcanzas la cuarentena no se pueden malgastar energías, se daban la mano y enfilaban el mismo camino a gran velocidad.

Por fin salieron del recinto, esquivando vendedores de puestos de comida y fotógrafos que durante la visita habían inmortalizado

momentos junto a las ruinas. Y los vieron. Varios autobuses abandonaban la explanada.

Los observaron como las vacas al tren, sin saber cómo reaccionar y sin hablar. Solo se escuchaban, entre el barullo, sus respiraciones agitadas por la carrera. Jesús descansaba las manos sobre sus rodillas, con las piernas flexionadas mientras que Ariadna observaba el partir de los autobuses de pie, apoyando las palmas de las manos en sus riñones como si se le fueran a escapar.

El panorama era desolador. Después de correrse y correr tenían que pensar en cómo llegar al barco. Cada minuto contaba. Echaron un vistazo alrededor, tratando de encontrar un taxi, pero no veían nada que se le pareciera.

Un hombre, que pululaba por ahí con su cámara de fotos y algo en la mano, se les acercó y mostró lo que era una foto.

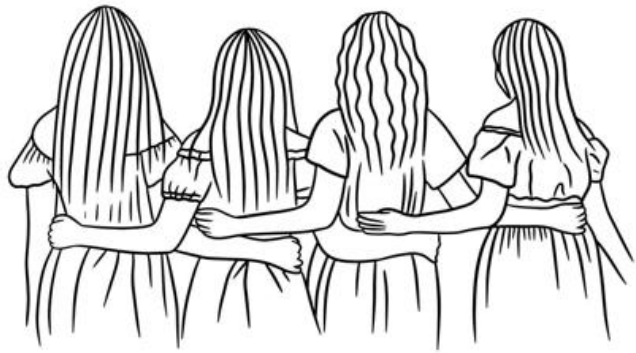
La sangre se les congeló dentro de su cuerpo caliente. ¿En qué momento ese chaval les había robado esa instantánea?

Ambos miraron la cartulina de 15x20 en la que las ruinas eran solo la guinda del pastel. Una pareja, osea ellos, retozaban como adolescentes sin control dirigidos por sus hormonas revolucionadas.

Muertos de la vergüenza trataron de agenciarse la evidencia de la locura transitoria que habían sufrido. Había que poner precio a su imagen. El muchacho no lo puso fácil. El chantaje siempre ha sido un instrumento poderoso para la gente desesperada. Ariadna y Jesús elevaban la cifra ante las constantes muecas desaprobatorias del chico. Siguieron subiendo los ceros hasta que la cartera se quedaba desplumada y hasta que se cuestionaron cuánto valía, económicamente hablando, su dignidad.

Sin embargo, el chico paró. Puso una última condición y aceptaron. Agradecido además por el negocio que se había marcado, el joven les dijo dónde coger un coche que los llevaría hasta el puerto para tomar el barco de nuevo.

Corrieron en esa dirección, con varias fotos de recuerdo entre sus manos y la muñeca de Jesús desprovista del reloj que tanto le gustaba y tan caro le había costado. Debían darse prisa en coger ese coche o el crucero partiría hacia Atenas sin ellos.



29. ¿Dónde te habías metido?

Jesús y Ariadna estaban exhaustos, pero vieron los taxis al fondo de la calle e hicieron el último sprint.

Se subieron al primero de la fila y se sentaron en la parte de atrás. Jadeantes. Saludaron. El conductor miró con sospecha, pues parecía que esa pareja estaba huyendo de algo o de alguien. Ariadna hurgó en su bolso mientras el incrédulo conductor la vigilaba por el espejo retrovisor interior. Esta sacó de su bolso un pañuelo de papel y él se relajó. Ofreció otro a su acompañante. Tenían la frente perlada de sudor y ojalá solo fuera la frente. Pero quedaba feo pasarse el pañuelo por otras partes del cuerpo menos *decorosas*. Aunque para algunas abuelitas pañuelo y sobaco o entreteta tenían una relación estrecha. El taxi avanzó por las calles del pueblo turco rumbo al puerto mientras los jadeos de la pareja iban menguando.

Ariadna guardó su pañuelo en el bolso y vio el móvil iluminado. Lo sacó mordiéndose el labio. Con todo el lío había olvidado escribir a sus amigas. Ya lo habían hecho ellas en el grupo de WhatsApp que habían abierto para el viaje. *Viajecitoooooo.*

<<Dónde estás, Ari? Estamos preocupadas>>, ponía Celia.

<<¿Estás con Jesús? Selena está con nosotras>>, apuntaba Nicole, conociendo la respuesta.

<<Espero que el polvo haya merecido la pena. El barco no espera por los calentones de los amantes>>. No hace falta aclarar que se trataba de Mónica.

Ariadna decidió contestar, aunque escueta, para tranquilizar a sus amigas. Presionó el botón del micrófono de la aplicación y comenzó a

hablar.

<<Hola, chicas, perdonadme. Estoy bien, me he entretenido en un punto del yacimiento y luego me he perdido>>. Esto no iba a sorprender a sus amigas, dado su carácter despistado y su pésima orientación. Continuó.

<<Estoy con Jesús, sí, decidle a Selena que esté tranquila. Vamos en un coche de camino al puerto. Avisad de que faltamos, por favor, a ver si podemos llegar a tiempo>>. Envió el audio mirando a su compañero. Tenía la misma mueca de susto que ella y los ojos bien abiertos. ¿Qué harían si perdían el barco? Solo pensar en esa posibilidad les helaba el cuerpo.

Los minutos en el coche se les hicieron eternos. Mientras Ariadna intercambiaba mensajes con sus amigas, indicando posición, una rabia la iba sobrecogiendo. ¿Por qué había hecho eso? ¿Se arrepentía? Tropezar dos veces en la misma piedra… Había que ser muy torpe para eso. Y ella lo había sido. Quizá esta vez la consecuencia fuera mayor y se quedara en tierra.

—Esto no puede volver a pasar —dijo ella.

—Desde luego que no, donde esté un buen colchón…

—No me refiero SOLO al lugar —puntualizó Ariadna.

—Pensaba que te había gustado —dijo Jesús con suficiencia—. Por lo menos lo parecía.

—No ha estado mal —reconoció ruborizada. Ese hombre le imponía—. Pero no quiero que lo hagas más.

—¿Que lo haga yo? —preguntó señalándose el pecho y sacando los ojos de las cuencas.

—Sí, te abalanzaste sobre mí y vamos a perder el barco.

—Por mi culpa ¿no? —adivinó él.

—Pues sí, en cierto modo, así es —balbuceó Ariadna, nada convencida, tratando de sonar convincente.

—Vale, claro, pues hasta aquí. No habrá más asaltos a beso armado —afirmó él tajante—. Lo prometo.

Y de pronto esa promesa entristeció a Ariadna. Pero era lo que quería. ¿O no? No sabía lo que quería. Estaba nerviosa, agobiada y confundida.

—Perfecto —asumió con dignidad.

—Perfecto —subrayó él.

—Además, estás casado con Selena. ¿Qué hemos hecho?

—Bueno, por eso no te preocupes. —Jesús acompañó sus palabras con un gesto de la mano.

—¿Cómo no voy a preocuparme? Me he metido en un matrimonio. Bueno, tú me has metido —insistió enfurecida.

—Y dale con que he sido yo. Que uno no es infiel si no tiene con quién.

—Pero tú diste el primer paso —señaló con el dedo a Jesús, con una actitud infantil nada propia de ella y siendo perfectamente consciente de que no estaba en posesión de la verdad. Él se había lanzado a hacer algo que ambos querían, de acuerdo. Pero ella le había dejado hacer consintiendo entrar en ese juego. La discusión era un sinsentido.

—Estamos llegando, mira. —Jesús señaló el puerto, cortando una conversación que ahora mismo no tenía ganas de afrontar y Ariadna lo agradeció infinito.

Con alivio, y esperanza de llegar a tiempo, pagaron al taxista, propina incluida porque no podían demorarse en esperar al cambio. Bajaron corriendo, para variar en la última hora y se acercaron a la zona de cruceros, a gran velocidad.

Con las respiraciones entrecortadas y recuperando el aliento, observaron cómo un enorme y colosal barco abandonaba el puerto. No se lo podían creer. ¿Lo habían perdido?

Después de unos segundos de confusión, en los que se miraron el uno al otro paralizados, empezaron a escuchar unos gritos a su espalda.

—¡Eyyyy! ¡¡¡Ari!!!

Ariadna y Jesús, desorientados, miraron alrededor y de pronto una silueta tomó forma. Era Nicole, que gritaba mientras hacía movimientos exagerados con los brazos como los supervivientes de un naufragio ante el avistamiento de un helicóptero.

—¡Nicky! —gritó eufórica Ariadna, tras reconocer a su amiga—. Vamos, ¡rápido! —Y tomó de la mano a Jesús para unirse a ella.

Segundos más tarde, Nicole, Celia y Mónica abrazaban a su amiga, con estrujamiento incluido, en la pasarela de acceso a su barco.

—¿Qué hacíais que no veníais? —preguntó Celia.

—Nos habíamos confundido de barco —reconoció Ari avergonzada —. Pensábamos que habíais zarpado.

Sus amigas, entre risas fruto ya del alivio y la alegría de tenerla a bordo, la estrecharon en sus brazos hasta quitarle el aire.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó la voz fría de Selena a Jesús, mientras las chicas se escurrieron hacia el interior del barco incapaces de soportar la explicación que este tenía que darle.

30. Si te veo no te creo

Les esperaba una larga tarde de navegación hasta Atenas. Después de la aventura turca, las chicas decidieron comer algo en uno de los restaurantes de comida rápida del barco para después tumbarse en las hamacas de la cubierta y alternar chapuzón en la piscina con mojitos.

Ocuparon con sus toallas cuatro hamacas que justo liberaba una familia completa a su llegada.

—Chicas, gracias por todo —masculló entre dientes una Ariadna todavía avergonzada. Cuando tu cuerpo de cuarenta te pide marcha de veinte las cosas no salen bien.

—Dáselas a Ricky, por nosotras te quedas en tierra. Por cachonda —afirmó Mónica.

—¿A Ricky? ¿Qué tiene que ver él en todo esto?

—Nuestro camarero creativo se inventó alguna milonga del tipo problema técnico que ni él mismo se creía. Un camarero *mindundi*, no tenía sentido, pero generó el ruido suficiente como para crear unos minutos de confusión esenciales para vosotros.

—Joooo, qué bien —suspiró Ariadna—. No sé qué habríamos hecho para llegar a Atenas solos.

—¿Igual lo habríais pasado muy bien? Visto lo visto… —murmuró Celia.

—No puede volver a repetirse —sentenció Ariadna con firmeza.

—Ya… claro, claro —masculló Mónica, sarcástica—. No te lo crees ni tú, bonita. Te tiene loca. —Hizo una pausa—. Durmiendo con el enemigo. Tienes ahí tu película de Antena 3.

—Lo digo en serio, tía. Está casado, ¡por el amor de Cristo!

—Pero ese no es tu problema sino el suyo —insistió Mónica.

—Ya… soy un desastre —asumió—. ¿Qué me pasa, por favor? Que una cabeza brillante me ilumine, que no doy pie con bola.

—Es sencillo, te has pillado —apuntó Nicole.

—¿Estuvo bien? ¿Cómo fue? —La curiosidad de Celia no tenía límites.

—¡Ni lo sé! De pronto estaba mirando una columna… y unos minutos más tarde jugaba con SU columna entre mis manos.

—Ohhh… Dios. ¡Válgame la analogía! Es fantástico —dijo Mónica exagerada, elevando los ojos al cielo.

—Fue increíble. Jesús es… —Ariadna se interrumpió ante las miradas atentas y ansiosas de sus amigas—. Puro fuego.

Se quitó la camisola que llevaba encima de su bikini y se sentó en el bordillo de la piscina que tenían más cerca de las hamacas. Tenía que apagar el cosquilleo que se había despertado en su zona íntima. Su parte más animal echaba de menos retozar con él.

—Necesito un baño —dijo a sus amigas antes de zambullirse en la piscina para aplacar sus calores internos.

Sus amigas la siguieron y se dieron también un chapuzón. El agua estaba muy fría, mucho. Estaba tan helada que no solo empitonaba los pezones, sino que también congelaba los sentidos. Con la sesera en *stand by* volvieron a la hamaca y pidieron a Ricky unos mojitos. El de Nicole sin alcohol, por supuesto.

—Oye, ¿y Selena? —preguntó Ariadna.

—Con Sonia, bailando toda la noche —lanzó Mónica riéndose. Llevaba todo el viaje tratando de colar el chiste fácil aludiendo al famoso dúo musical de sus tiempos mozos. Se disculpó cuando vio que Nicole ponía cara de pocos amigos.

—¿Ahora te preocupas por ella? —preguntó Celia, un poco sensible a los engaños extramatrimoniales. Si Jesús lo hacía, Tito lo podía hacer.

—Sí, y antes. Bueno justo en ese momento en el que su lengua recorría mi clavícula para bajar al pecho y atraparlo con sus labios…

—Ey, vuelve, cochina, que te pierdes. —Mónica interrumpió el recuerdo de Ariadna.

—Perdón —se disculpó abanicándose con la mano—. Quiero decir que pensé en ella, claro que sí. Después de hacerlo.

—Ya —asintió Celia—, después. Imaginaba.

—Selena está bien —intervino Nicole—. Hemos hablado. Jesús le ha explicado lo que ocurrió.

—¿Ah sí? —Ariadna se sorprendió.

—Sí. —Nicole sonrió con picardía—. Le ha contado que a la altura de la puerta de Hércules descubristeis a un niño de aproximadamente cuatro años que estaba solo comiendo una bolsa de gusanitos. Se

había perdido de sus papás. Y, claro, estaba súper asustado. Estuvisteis un buen rato tratando de localizar a los padres, hablando con uno y otro guía, jugando a la búsqueda del arca perdida.

—Mira, en busca del orgasmo perdido. Ahí no andaba tan desencaminado —rio Mónica—. Vaya Spielberg el tío. Soy muy fan —añadió, dando unas palmadas de ovación.

—Ostras… —Ariadna estaba ojiplática escuchando la explicación.

—¿Y Selena le ha creído? —preguntó Celia, haciendo memoria de las obras de buen samaritano que Tito había llevado a casa alguna que otra vez.

—Creo que sí —accedió Nicole ante la mueca de resignación de su amiga.

—Arreglado entonces —concluyó Ariadna— porque esto no va a volver a pasar. No voy a meterme en un matrimonio, que al final lo mismo salgo escaldada.

—Yo sí —dijo una voz tímida.

—Tú sí, ¿qué, morenita? —preguntó Mónica a Nicole.

—Que yo sí voy a meterme en un matrimonio —murmuró Nicole —. Esta noche hemos quedado, ya os dije, para tomar algo antes de cenar. Voy a decirle lo que siento. No quiero quedarme con las dudas.

—¡Que Dios os guarde en su gloria, amigas mías! —oró Mónica—. Porque con lo cabronas que sois yo os iría preparando la camita en el infierno.

—¿Estás segura? —preguntó Celia.

—Sí, totalmente, es mi última oportunidad. Esta noche voy a declararme —afirmó Nicole con rotundidad, pero con la mirada perdida.

31. No somos un matrimonio feliz

Un camarote, cuatro amigas. Muchos nervios. Y un espejo. Parecían los momentos previos a una boda, donde la que se casa se mira de forma repetida y desde todos los ángulos posibles su vestido, su pelo, su maquillaje… y las personas que la acompañan dan sus últimos retoques o simplemente su opinión a la afortunada.

—¡Guau, estás preciosa! Selena se va a caer de espaldas —exclamó Celia, admirando a su amiga Nicole que se había puesto un vestido *midi*, cruzado, de color melocotón y estampado de flores. Resaltaba su piel todavía más morena, por las horas de sol de los últimos días y brillante.

—Estoy atacada. Voy lanzada a la piscina de cabeza —reconoció esta, tocándose el estómago como si quisiera con ello impedir que las mariposas que sentía salieran volando disparadas.

—Intenta comprobar la temperatura del agua primero, por si las moscas —advirtió Mónica.

—Va a ir fenomenal —animó, por último, Ariadna. Y salieron del camarote en el que estaban reunidas desde hacía más de dos horas.

Las cuatro mujeres salieron pisando fuerte, agujereando moqueta con taconazos y mirada decidida al frente. Fueron a cubierta, donde Nicole se había citado con Selena y esperaron a que esta hiciera su aparición. Fue estelar.

Melena larga y con ondas al viento, hombros al descubierto gracias a un vestido largo, de satén, fluido y estampado coral.

Ariadna tuvo que cerrar la boca de Nicole. Esta ya se había dado cuenta de que la pelirroja era atractiva pero esa noche había sacado la

artillería pesada y su fuerza de voluntad se sentía mermada ante sus encantos.

Con piernas algo más temblorosas que minutos atrás, antes de verla, se dirigió hacia ella. En una conversación ininteligible, las amigas vieron cómo se sentaba con ella en una mesa, después de intercambiar lo que imaginaron unos piropos de bienvenida que siempre sientan bien. Ellas hicieron lo propio en una mesa alejada de la pareja. En esa ocasión la valentía precisaba intimidad.

—¿Quieres un cóctel? —preguntó Selena, levantándose ligeramente dispuesta a ir a pedir a la barra.

—Sí, eh, vale —dudó Nicole—, pero que sea sin alcohol, por favor.

—Claro, que ni hemos cenado —afirmó Selena, desapareciendo hacia la barra tras un asentimiento leve de Nicole.

Al cabo de unos minutos eternos, que Nicole aprovechó para revisar su maquillaje en la cámara del móvil, para cruzar y descruzar las piernas varias veces y para contar si tenía diez dedos en las manos de forma repetida, llegó Selena con sendos vasos en la mano.

Nicole despejó la mesa provista de un servilletero central, como si eso fuera necesario, y tomó la bebida de las manos de Selena.

Solo hizo falta un leve roce, despistado, con los dedos de ella al intercambiar el vaso, para que todo su cuerpo se pusiera en alerta. Una corriente cálida, poderosa, lo suficientemente densa, invadió su cuerpo inhabilitándola para comportarse con normalidad.

—¿Todo bien? —se preocupó Selena ante la estupefacción del rostro de la morenita.

—Sí, perdona —farfulló—. Estoy bien.

—Genial, entonces. Mira... —Selena daba vueltas repetidas a una alianza en el dedo anular de su mano izquierda mientras encontraba las palabras adecuadas. Nicole no era la única a la que ese encuentro le ponía nerviosa.

—¿Sí? —instó Nicole, ayudando a su acompañante a terminar con la pausa incómoda.

—Me gustas —dijo la pelirroja exhalando todo el aire que tenían retenido sus pulmones.

—¿Cómo?

—Sí, lo sé, tienes que estar alucinando. ¿Qué quiere esta tía, que viene de luna de miel con un tío impresionante, de mí? Estarás pensando…

—Un poco alucinada sí que estoy —corroboró su desconcierto sin reconocer el pellizquito que le había dado al ahondar su interlocutora en lo impresionante que estaba su marido.

—Ya, normal, y lo entiendo, que conste. Pero mañana llegamos a Atenas y nuestros caminos se separan. Necesitaba tirarme a la piscina, aunque no tuviera agua.

—Pero… has subido al trampolín más alto y te has lanzado haciendo un triple tirabuzón.

—Y me he dado la gran leche. Entiendo. —Selena hizo visible la decepción que sentía al interpretar sus palabras.

—No, has tenido suerte. Tu puntuación es un diez. El jurado está aplaudiendo con fervor. La piscina estaba llena de agua y tu entrada en ella ha sido impecable, sin salpicar apenas. —Nicole sonrió tímida.

—¿Qué quieres decir?

—Que no dejo de pensar en ti desde que te vi. Venía dispuesta a lo mismo que tú, a no dejar zarpar este barco que nos había unido sin decirte lo que sentía —confesó Nicole, poniendo todas las cartas sobre la mesa también ella.

—Vaya… no me lo esperaba.

—¿No?

—O quizá sí, tienes razón, pero me daba miedo que solo estuviera en mi cabeza —reconoció Selena.

—Entonces ya somos dos. —Y al decir esto Nicole se dio cuenta de que ahí tenían un problema—. Bueno, tres. Estás casada.

—Ehh, verás —titubeó ante la mirada de desconcierto de Nicole—. Lo de mi marido… es complicado.

—No te sigo. —Nicole tenía el corazón que se le iba a salir del pecho.

—Lo cierto es que Jesús y yo no somos un matrimonio bien avenido como queremos aparentar.

—Sigue, por favor —pidió Nicole, obviando que esa parte de feliz estaba clara porque tenía más cuernos que los sanfermines. Su corazón galopaba ya anticipando el desenlace.

—Mentí —confesó.

—¿En qué mentiste?

—No somos un matrimonio feliz.

—Ah, ¿no? —interrumpió Nicole con un tono irónico que no pasó desapercibido a Selena.

—No —rio esta con desgana.

—Ya se ve, no te preocupes. Demasiada frialdad entre ambos, falta de ilusión, de conexión, de complicidad. Lo dejaste solo en la excursión de Santorini, ¡por Dios! Lo tengo grabado. Subiste al catamarán dejando a tu marido en tierra. Entonces no sabíamos que era tu marido, pero es que al saberlo… es raro. Muuuuuuuy raro. No es muy propio de un matrimonio de recién casados.

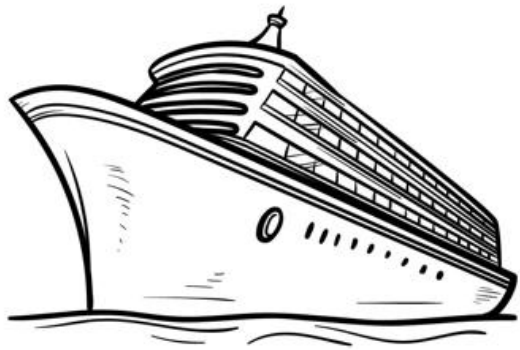
—NO somos un matrimonio. No estoy casada con Jesús —soltó y escondió su vergüenza en el mojito, a ver si el trago acababa con su bochorno.

Nicole se quedó en silencio para procesar la información. Pero solo unos segundos, no más. No quería perder más tiempo.

—¿Entonces estás soltera? —preguntó Nicole, aproximando su silla levemente a la de ella.

—Exacto. —Selena asintió con una caída de ojos, aproximando su cuerpo al de Nicole también.

—No sabes lo feliz que me hace oír eso. —Y si esto fuera una película sonaría una música romántica mientras Nicole agarraba el rostro de Selena entre sus manos con decisión y le plantaba aquel beso cargado de deseo que cortaría la respiración de la pelirroja. Estaba claro que Nicole necesitaba una explicación, pero con más urgencia necesitaba sentir los labios de ella.



32. ¿Qué celebramos?

En otro lugar de la cubierta, un grupo de amigas asistía desde su asiento de visibilidad reducida, ese por el que nadie quiere pagar ni un precio de ganga en el teatro, a una escena de película.

Su amiga Nicole y la chica que le había robado el corazón con la inocencia de quien se apropia por adrenalina de un paquete de chicles ajeno con ocho años, se habían fundido en un beso apasionado y eléctrico. Saltaban tantas chispas de sus labios y sus cuerpos que eso no era corriente.

—Qué buena despedida de este súper viaje, sí, señora —aplaudía Ariadna, exultante.

—Aquí quien no folla es porque no quiere.

Mónica, tras decir eso, se apoyó en el respaldo de su silla, satisfecha, ajena a la mirada asesina de Celia.

—Tú estás casada, bonita, no entras en el saco —aclaró.

—Ya veo, ya —admitió Celia resignada, sintiendo una pizca de añoranza y la cosquillita en la pepita. Quería tener a Tito cerca. Y dentro. Empezaba a ser una necesidad imperiosa después de tanto hablar de orgasmos.

—¿Interrumpo algo? —preguntó una voz varonil. Una voz profunda, grave, que hizo que solo con escucharla, Ariadna humedeciera su ropa interior.

—No, claro que no, únete a nosotras —invito Mónica—. Estamos de celebración.

—Ah sí, ¿y qué celebráis? —preguntó él, elevando las cejas que enmarcaban una mirada directa a Ariadna.

—Mira —señaló Mónica—, nuestra amiga Nicky, que va a moj… —Y no vio venir la patada que Celia le metió por debajo de la mesa en

la espinilla—. ¡¡¡La virgen!!!

El exabrupto desvió la atención de Jesús de nuevo a la mesa.

—¿Estás bien? —preguntó contrariado.

—Sí, solo que algo me ha picado. Será una PUTA… avispa. O algo así —disimuló Mónica. En realidad, le estaba bien merecido por boca chancla. Había estado a punto de meter la pata y joder un matrimonio. Pero ¿qué matrimonio y qué ocho cuartos? Pensó y estalló—. ¡Qué coño! Lo siento, chicas. —Las miró con disculpa mientras ellas agachaban la cabeza para parar el chaparrón que venía encima—. Celebramos que tu mujer, allí, en esa mesa, acaba de comer la boquita de piñón de nuestra amiga, la morenita. —Una mueca de ternura perversa curvó sus labios dibujando una sonrisa—. Y les providenciamos un buen polvo esta noche. No te esfuerces en enervarte, indignarte o enfadarte. Tú has hecho ídem de ídem. He dicho. —Escondió el dedo con el que lo señalaba con su última acusación y se repantigó de nuevo en la silla de plástico dando un sorbo a su mojito.

Las chicas le recriminaron su comportamiento, pero ella insistía.

—¿Qué pasa? ¡Él es un cabrón!

Jesús palideció. Sintió muchísima vergüenza. Él no merecía ese calificativo tan duro, tan solo tenía que explicarse. Sin embargo, las entendía. Comprendía su reacción, porque ellas no lo conocían. Y asumió. Simplemente, aceptó la situación; Ariadna, su *amante*, les había contado lo suyo a sus amigas. Estaba desnudo, acorralado, aplastado por el carrito del helado.

—¿Podemos hablar? —le pidió, con un hilo de voz y un leve carraspeo a Ariadna, quien se levantó asintiendo y lo siguió.

Ella se atusó el vestido largo de color mostaza que llevaba, con apertura hasta el muslo, para recatar un poco su aspecto. Castigó a su cabeza enferma por maldecir no llevar un pedazo de escote para que sus *lolas* se asomaran al balcón a presenciar con ella la conversación con Jesús.

Él la guio por unos pasillos internos del barco, que la alejaban de *Thelma y Louis* y del resto del grupo, lo que acalló el murmullo de reprimendas de Celia y excusas de Mónica. Lo agradeció. Ariadna se rio ante sus pensamientos.

—¿Esto te divierte? —preguntó Jesús, un poco perplejo, deteniéndose en un pequeño rincón con un sofá de piel.

—No, perdona, creo que estoy nerviosa. —Se mordió el labio con ingenuidad.

—Vamos a quedarnos aquí —propuso él, ya agachándose para sentarse. Ariadna hizo lo mismo como un autómata. Estaba atacada, ¿qué le querría decir ese hombre? Sentía el mismo hormigueo en el estómago, de anticipación, la misma ilusión que cuando en los 90

escuchabas el sábado por la mañana en *Los 40 principales* el repaso a la lista de éxitos y estabas preparada para dar al *rec* en el casete en cuanto sonara tu canción favorita.

—Como te imaginas, hay algo raro en la relación que mantenemos Selena y yo —comenzó y, tras un leve asentimiento de cabeza de Ariadna, continuó—. Pero, la verdad, nos queremos mucho. —Y aquí llegó la misma decepción que cuando interrumpía la voz del presentador y te fastidiaba la grabación de la canción.

—¿Y por qué me cuentas esto? No somos nada, no me debes ninguna explicación. Ya habíamos quedado en que no volvería a pasar, que no volveríamos a bes…

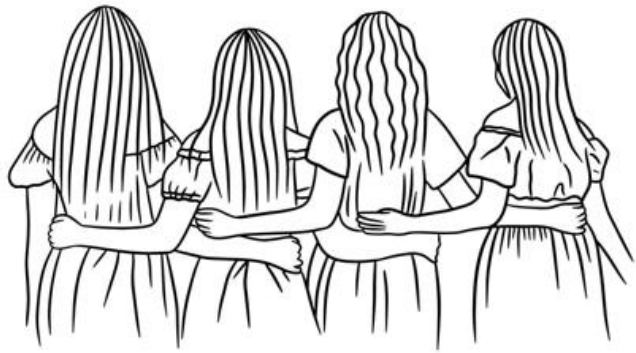
—Schh. —Jesús puso un dedo en la boca de Ariadna—. Déjame terminar, por favor.

—Ella está enamorada de mi amiga —susurró Ariadna, con el dedo de Jesús todavía posado en sus labios.

—Lo sé —reconoció él, apartando su dedo lentamente.

—¿Lo sabes? ¿Y no te importa? —disparó ella—. Bueno, ¡cómo va a importarte! Si tú te resarces, a ti también te pica la po… —Un dedo conocido selló sus labios de nuevo, deteniendo a tiempo el discurso antes del inmerecido improperio.

—Somos hermanos, Ariadna. —Y de pronto la canción que comienza a sonar en la radio, en ese casete viejo de los 90 es todavía más bonita y te atrapa mucho más que la que tenías como favorita, te colma de una felicidad repentina que solo quieres celebrar la vida y das a grabar de nuevo. Hable o no hable el locutor, tú ya estás exultante.



33. Sexo del que suma

Nicole y Selena permanecían abrazadas, con sus cuerpos entrelazados, en la cama de la suite nupcial del transatlántico. Una sábana cubría su desnudez, su calor y la complicidad que se había creado entre ellas.

Todavía tenían las respiraciones aceleradas. Sus pechos subían y bajaban mientras sus pensamientos iban y venían intentando entender lo que había pasado. Esos primeros besos en la terraza del barco, tímidos, que tanteaban el terreno por si era movedizo. A ellos les siguieron otros besos más intensos, ardientes, que hablaban de un potente deseo y las obligaban a retirarse a un lugar más íntimo para liberarlos de su jaula del decoro. Entre las cuatro paredes de la habitación más espaciosa, cuidada y romántica del crucero aparecieron las caricias. Esas compañeras de los besos, silenciosas, esenciales y estremecedoras que los hacen más especiales e intensos, menos castos e inocentes. Los elevan en el ranking de la pasión, del sexo. El sexo. Fue especial. Del que suma. Del que termina y no sabes sumar. Todavía se recuperaban de todo eso cuando Nicole planteó la pregunta.

—¿Qué sientes por Jesús? Porque yo sé que te gusto. De eso no tengo ninguna duda. Y menos ahora —afirmó Nicole tajante, notando cómo el rubor se asomaba a sus mejillas mientras evidenciaba lo que acababa de pasar—. Pero necesito saber qué lugar ocupo en esta historia.

—Tienes razón en una cosa. Me gustas. —Y la besó con ternura—. Y mucho. En cuanto al lugar que ocupas en esta historia… creo que no vas a tener que preocuparte por eso.

—No sé a qué te refieres. No me gustaría ser eternamente *la otra*.

—Hombre, Jesús siempre ha sido muy protector conmigo, pero no más que cualquier otro hermano mayor.

—¿Hermano mayor? ¿Es una forma de hablar o una analogía perversa?

—No —rio Selena—. Jesús y yo somos hermanos, Nicky. No existe impedimento para estar juntas —afirmó tajante, haciendo una caricia en la barbilla a Nicole—. Si es lo que quieres.

—Pero… ¿y esta pantomima de la luna de miel? Perdona, Selena, pero no entiendo nada.

—Normal, voy a empezar por el principio. Cuando yo era solo una niña, con once años aproximadamente…

—Vaya, sí que eres literal, sí. Te has remontado al principio, principio —sonrió Nicole y, poniendo las palmas de sus manos juntas, se disculpó—. Perdona, continúa.

—Gracias. Ahora lo entenderás todo. Yo era una niña risueña, muy feliz, demasiado madura para mi edad. Con diez años ya tenía la regla y con once tenía claro que me gustaban las chicas. Vino una niña nueva al colegio a mitad de curso. Y ahí estuvo el problema. No la miré como una más. Estaba todo el día pendiente de ella, de forma diferente a como me preocupaba por el resto de mis amigas. Se lo conté a mi madre, pero no le sentó bien. Su hija no podía ser una desviada. De modo que los tres psicólogos que contrataron mis padres debían quitarme esa tontería de la cabeza. No lo consiguieron, por supuesto, pero cometí el error más grande haciéndoles creer que sí, vendiéndoles una moto maqueada y contándoles una película en la que la protagonista ya no era yo. Me cambiaron de colegio para alejarme de ella, aunque lo que conseguían era alejarme de mí, pues a partir de ahí todo fue mentira. Salí con un montón de chicos, cada cual más guapo para que fuera más creíble simplemente porque era lo correcto. No me permití mirar a las chicas, quitándome una libertad preciosa que nadie debe tocar. Con uno de los chicos llegué más lejos y nos prometimos después de varios años juntos.

—¿Y por qué no lo hiciste? —interrumpió Nicole—. Quiero decir, ¿qué hizo que finalmente no siguieras adelante con la boda?

—Mi hermano, que era el padrino, me preguntó días antes si estaba segura. Tuvimos una conversación tras la que reconocí quién era yo y no me reconocí en el futuro de teatro y falsedad que me esperaba.

—¿Él sabía que tú eras lesbiana?

—Sí, él siempre tuvo una sensibilidad especial conmigo, un sexto sentido que velaba por mí y por mis decisiones equivocadas. Él sabía que yo no era feliz completamente, que el brillo de mi mirada hacía tiempo que había desaparecido y que me había perdido en algún lugar atrás en el tiempo. No quiso que echara a perder mi vida, bastantes

años había despilfarrado ya por miedo.

—Qué suerte tenerlo a tu lado —reconoció Nicole.

—Por eso no dudé en invitarle a este viaje. La luna de miel estaba organizada, y pagada, y yo quería agradecerle que me abriera los ojos. —Se detuvo para coger aire—. Bueno, no que me los abriera, sino que me quitara las gafas que me ocultaban, los cristales opacos que escondían mi verdadero yo y me mostrara, por fin, al mundo tal cual era. Me dotó de la valentía necesaria para resurgir, aunque avergonzara a quien me quería (mal), y para vivir mi verdadera vida. Gracias a él no me casé, anulé toda la parafernalia que me iba a hacer infeliz porque ya me veía con varios chiquillos correteando alrededor para hacer más creíble nuestra historia. Pero no, aquí estoy.

—¿Y qué ha sido de tu pareja?

—Necesitará un tiempo para dejar de odiarme —reconoció con pesadumbre.

—Claro, me imagino que habrá sido un palo.

—Sí, una bofetada a mano abierta que no ves venir. No se lo esperaba, pero nadie se merece que lo quieran por conveniencia y convertirse en una tapadera. A la larga, él tampoco iba a ser feliz porque no se casaba con mi verdadero yo sino con mi máscara.

—Entiendo, qué duro. —Nicole tenía el don de la empatía (hoy es un don ponerse en el lugar de los demás en este mundo individualista) y se secó una lágrima antes de seguir. Intentó aplacar el pellizquito que le había dado la pequeña alusión al tema de formar una familia.

—Sí, pero todo eso ha pasado. Ahora estoy aquí, libre en mitad del océano, con el hombre al que más quiero en el mundo y en la cama con la mujer más preciosa que he visto nunca.

—Ven aquí y abrázame. —La achuchó todavía con más fuerza, recuperando los centímetros que las habían separado durante la confesión, pegando la nariz a su cuello, aspirando su olor, embriagándose de esa esencia que habían intentado destruir, pero afortunadamente sobrevivió.

Nicole sintió una lástima profunda por esos seres infelices que no dejan a los demás vivir en paz, por esos retrógrados que pretenden apagar tu alma por ideas ridículas de normalidad o corrección. Asco. También sintió mucho asco.

—Ahora tienes toda la vida por delante para vivirla con orgullo.

—Nunca mejor dicho —rio la pelirroja—. Pero dejemos de hablar de mí. ¿Qué hay de ti?

Nicole tenía que sincerarse, como cuando tu madre te pilla masturbándote. No había otra salida. Selena había desnudado su alma (aparte de su cuerpo precioso que yacía a su lado) y ella debía corresponder a esa honestidad. Sin embargo, no tenía por qué ser en ese preciso momento, se convenció y aplazó la conversación.

—¿Estás segura de que quieres seguir hablando? —preguntó, seductora, mientras se lanzaba a sus labios y le mordía el inferior—. Se me ocurren cosas mejores que hacer que hablar de mí.

Se separó unos centímetros de su cara sonrojada, remoloneó con movimientos lentos y sensuales junto al cuerpo caliente y próximo de Selena. Esta correspondió con unas atrevidas caricias que abrieron la veda a nuevos besos, abrazos y lujuriosos mimos. Quería devorar cada rincón de ella, que no quedara nada por descubrir. Sentía tanta atracción por esa mujer desde que tropezó con ella que supo que había vuelto a suceder. Se había enamorado. Y ella bien sabía lo que era el amor.

34. Crónica de un polvo anunciado

Ariadna y Jesús se miraron buscándose en los ojos del otro. La confesión de Jesús los situaba en un nuevo escenario en el que la culpa, los cuernos o la mentira no arrasaban con todo. Selena y él eran hermanos. Ya no había un obstáculo real para la pasión.

Buscaron un lugar tranquilo, apartado de ojos curiosos, previendo lo que ambos se morían de ganas de hacer.

Tras confirmar con Mónica que dormiría con Ricky para despedirse de él, se dirigieron al camarote que Ariadna compartía con esta.

Caminaban con anhelo, mordiéndose en cada esquina, conteniéndose con esfuerzo titánico en los pasillos, recuperando un hilo de voz para saludar a las personas con las que se cruzaban y aprovechando para tocarse cada instante en el que se creían solos. Estaban hambrientos y sedientos.

El tiempo que tardaron en llegar al camarote se les hizo eterno. En el ascensor las manos juguetonas de Jesús se colaban por debajo del vestido de ella, jugando con la goma de sus braguitas para acariciar su suave trasero. Esto habría sido muy sexi si no hubieran compartido habitáculo con otras cuatro personas que, ignorantes de sus tocamientos desmedidos, hablaban del tiempo. Ajena a la ola de calor que anunciaban las voces, Ariadna trataba de guardar la compostura ante su propio calor mientras este, inmenso e invasor, abrasaba su zona íntima. Se mordía el labio como si con ese gesto sofocara el cosquilleo de sus partes nobles.

Fueron liberando pasajeros en un par de plantas hasta que llegaron a la suya. Avanzaron como siameses, con celeridad, hasta la puerta del camarote. Jesús recorría el cuello de Ariadna, como si quisiera retener su fragancia en los labios. Ella trataba torpemente de encontrar en el

bolso la tarjeta que abría la habitación.

—Para, para… —susurraba Ariadna entre risas—. Nos van a ver.

—Vaaaaale. —Jesús se apartaba resignado con una mirada tan oscura e impaciente que la fulminaba. Ella no era capaz de dar con la maldita tarjeta.

Permanecieron así, en tensión, durante unos segundos (o minutos) más. Jesús no perdía de vista su objetivo. Ariadna, en cambio, miraba a ambos lados consciente de lo que pensarían los demás pasajeros, o tripulación, si los veían así en mitad de la noche.

Ariadna encontró finalmente la tarjeta y la elevó triunfal ante los ojos de Jesús, cuya mirada ya estaba nublada por el deseo y, con los ojos en blanco, le instó a que abriera la puerta de una vez.

Ella, divertida y consciente de las ganas incesantes de él, vaciló unos segundos más haciéndose la remolona fingiéndose torpe para abrir la puerta.

Con un movimiento rápido, Jesús la apoyó contra la puerta, con los brazos en alto y la besó. Tomó su boca como si tuviera que coger un tren en marcha porque se le escapaba. Dejó un reguero de besos por su cuello, amenazando continuar por sus pechos si no dejaba su jueguecito provocador. Ariadna se estremeció, pero correspondió a sus besos sin amedrentarse. Jesús, consciente de las intenciones de Ariadna, siguió su recorrido. Bajó por su pecho, bajando levemente los tirantes de su vestido y succionó el pecho que dejó al descubierto. Hizo lo propio con el otro pecho, los celos nunca fueron buenos consejeros, y lamió sus pezones con voracidad.

Ariadna ya no podía pensar con claridad, ni siquiera reparó en que en cualquier momento podría aparecer alguien y pillarlos con las manos en la masa. O sí. Se sentía como una adolescente, divertida por el morbo de poder ser descubierta, viva, alocada, desmedida. Había acelerado y no podía frenar.

Su vestido cayó enroscado a sus piernas cuando Jesús descendía por su vientre, haciendo con la lengua una breve incursión en su ombligo para seguir avanzando hacia el sur. Cuando llegó a sus braguitas y Ariadna se movió reclamándole atenciones, él subió de nuevo por su estómago, dándole un vuelco, por sus pechos ignorándolos esta vez y succionó su barbilla después de recorrer con besos su cuello. Ariadna estaba fuera de combate cuando Jesús, victorioso, arrancó la tarjeta de su mano, que todavía permanecía en alto.

—Voy a hacerlo. Voy a abrir esta puerta —dijo señalando— y tú y yo vamos a pasar una noche increíble.

—Vaya… —exclamó Ariadna con la respiración entrecortada de la excitación y un hormigueo en su vagina—. No puedo negarme a eso. —Se agachó para recuperar su vestido, se lo subió con torpeza y lo

sujetó, sin colocar los tirantes, sobre su pecho con los brazos.

Avanzó unos metros, como cuando sales de la ducha con la toalla alrededor del cuerpo mojado, y miró a ambos lados antes de entrar al camarote. Como si ya importara quién viniera. Ahora, de puertas para adentro, solo eran él y ella. Sus cuerpos, su deseo y su historia. Nadie más estaba invitado.

Cerró la puerta tras ella y soltó sus brazos, de modo que el vestido que sujetaban descendió a lo largo de sus piernas, ayudado por un leve y rápido contoneo de sus caderas, hasta tocar el suelo enmoquetado de la habitación. Levantó un pie, ataviado con sandalia de tacón y luego el otro para escapar del vestido. Mientras, Jesús, con la mirada fija en sus movimientos, se desabotonaba la camisa desde la cama. Desde su posición, Ariadna podía oler la testosterona, la impaciencia, el ansia por tenerla entre sus brazos. Se dirigió, sugerente, donde Jesús, ya desprovisto de su camisa, se recostaba levemente sobre el colchón.

Ella, con gracilidad, se subió a horcajadas sobre él, desabrochando primero el cinturón y el botón de los vaqueros después para bajar lentamente la cremallera, luego los bóxer y liberar así, por fin, su erección.

Se agachó sobre él, lo besó con parsimonia, estaba jugando, con besos dulces, suaves e intermitentes que lo estaban volviendo loco. Regaló pequeños mordisquitos en su oreja, en su cuello, para seguir su incursión por los hombros, pecho y el abdomen. Cuando iba a bajar hacia su miembro, sintió las dos manos grandes y ardientes de Jesús sobre la parte final de su espalda, retirando la braguita con premura para agarrar con decisión sus nalgas. Las apretó como si tuviera que exprimirlas y sacarles todo el jugo. Con un movimiento rápido, ella facilitó la tarea de deshacerse de la ropa interior, también del sujetador y quedó expuesta a sus ojos y a sus caricias. Su sexo palpitaba anticipando lo que venía. Dejó caer su cuerpo sobre él para devorarlo a besos, ahora sí, agresivos y salvajes, animada por las caricias en su trasero desnudo y por el contacto del vello cuidado del pecho de Jesús que hacía cosquillas en sus suaves senos.

Rodaron sobre el colchón, sin deshacer el amasijo de brazos, piernas y piel que formaban sus cuerpos entrelazados y, con gran habilidad que ya quisieran las de veinte, se situó de nuevo encima de Jesús.

La pelvis de Ariadna no tardó en encontrar la erección de él y acomodarse sobre ella, sobre ese sexo duro, turgente y empalmado. Después de tanto preliminar, necesitaba tenerlo dentro con la urgencia de quien no puede retener la orina, valga aquí la escatológica metáfora, pues tal era el ansia por sentirlo.

Se movió con ritmo, ágil, sobre el cuerpo de él, como una gran

amazona. Se sentía libre, poderosa, con su pelo suelto que se adhería al rostro por el sudor que bañaba su frente. Dominaba la situación, viendo cómo él se removía debajo de sus piernas, jadeando, preso de la lujuria, mientras se aferraba ahora a sus caderas con una falsa sensación de que él mandaba.

Un empujón.

Otro más.

Uno nuevo más largo e intenso.

Profundo.

Final.

Ariadna lo llevó al galope hasta el infinito y más allá. Al momento y al lugar en el que dos cuerpos perfectamente encajados y conectados, lograban a la vez (sí, a veces ocurre) vaciarse de placer y tocar el cielo con las puntas de los dedos.

Aire.

Necesitaron unos minutos de resuello, de recuperar el ritmo cardíaco y la respiración, todavía agitada, para mirarse a los ojos y prometerse, como mínimo, como mínimo, otra noche como aquella.

Y tras esa prometedora promesa, válgame una nueva redundancia, se entregaron a Morfeo.

35. Confesiones ante un plato de bollos

Unos pasos al otro lado, el sonido de una mano rebuscando en un bolso demasiado grande y el clic definitivo que abría la puerta.

—Buenos días, Cel, no sabía si estarías despierta —susurró Nicole, entrando en el camarote a hurtadillas tal y como había previsto para no despertar a su amiga.

—Hola, morenita —sonrió Celia incorporándose en la cama—. Sí, no he dormido nada… Y bien, ¿cómo ha ido?

—Ha sido increíble, Celia, INCREÍBLE —repitió masticando todas las letras—. La quiero.

—¡Vaya, eso son palabras mayores! Cómo me alegro —exclamó Celia mientras Nicole se arrojaba, literal, a la cama de espaldas, como caída por impacto de bala. Estaba catatónica.

Ella, sin embargo, ya estaba harta de dar vueltas. Y se disponía a levantarse cuando Nicole la detuvo.

—No, no, no te levantes. —Interpuso la mano frente a su amiga— Te vas a caer de espaldas cuando te cuente.

—De acuerdo. —Celia puso las manos en alto y, con movimientos lentos como si tuviera una pistola en el pecho, se volvió a sentar.

—¡Son hermanos, Celis! ¡Hermanos! —repitió, por si su amiga todavía no estaba totalmente despierta.

—Ostras, ¿en serio? ¡Qué bien! ¿Y qué hace aquí con él? ¿Pero no dijo que estaba de luna de miel? Y ahora qué, ¿vais a salir juntas? ¿Cómo se ha tomado lo del embarazo?

Celia disparó atropellada, con ametralladora, todas sus preguntas mientras una Nicole, anonadada, la observaba intentando encontrar un hueco para responder.

—Ya te contaré con más detalles, pero… ¡sí! Creo que podremos

estar juntas —afirmó exultante, aunque su mirada de repente se veló por un segundo y eso no pasó desapercibido a Celia.

—¿Qué pasa, Nicky?

—No le he dicho que estoy esperando un bebé —confesó esta, mordiéndose el labio inferior y trasladando la mirada avergonzada a cualquier punto de la habitación que no fueran los ojos inquisitivos de Celia.

—¿Y eso, cariño?

—Ni siquiera me acordé —dijo con evidente tristeza.

—Bueno, nunca es tarde —respondió esta condescendiente, para su sorpresa.

—Se enfadará y me dejará de lado. —Nicole expresó en alto el miedo que la atormentaba.

—No, si eres honesta desde el principio. No empieces una relación basándote en mentiras. Tienes que contárselo. Tarde o temprano se enterará —añadió señalando la tripita, todavía inexistente, de Nicole.

—Tienes razón, antes de despedirnos se lo digo. —Y se incorporó para rescatar el móvil del bolso y escribirle un mensaje a Selena. <<Después del desayuno nos vemos en cubierta>>. Tenía que aclarar todo.

—Así me gusta, Nicky. Todo irá bien, ya verás. —Y se acercó a despeinarle la melena rizada—. Ahora vamos a vestirnos para bajar a desayunar. El desembarco empezará en breve.

—Aiiiiins, qué pereza —dijo mientras se despejaba con movimientos exagerados estirando sus extremidades —. Pero sí, ha llegado el momento. Esto se acaba.

Efectivamente, el viaje llegaba a su fin. En unos minutos llegarían a Atenas, al puerto en el que empezaron las aventuras de los últimos días, al lugar en el que no existían todavía Ricky, Selena o Jesús. Solo estaban ellas. Celia sintió un pellizco en el estómago.

La última noche en el crucero había sido un tanto surrealista. Lo que iba a ser una cena de cuatro, de risas y despedidas, terminó siendo para Celia un mano a mano consigo misma. Un duelo sin contrincante con el único arma del alcohol. Bebió un botellín, luego un mojito. Luego otro y otro, mientras veía cómo sus amigas iban desapareciendo de la mesa. Cenó sola. Durmió sola. Parecía que una fuerza mayor se había ido llevando una a una a todas sus amigas hasta que en el fin del mundo solo quedaba ella. Sin embargo, cuando la fuerza mayor es el sexo, la película cambia y la protagonista solo se ha salvado de un orgasmo. Y no, ella no quería sobrevivir más tiempo a un buen polvo, ella quería vivir. Sin resaca a ser posible.

Bajaron a desayunar y se encontraron con Ariadna y Mónica que tenían la piel más tersa y brillante que una representante de cosmética. Charlaban animadamente mientras devoraban los ocho

platos de bollos que tenían delante. Debían recuperar fuerzas y recargar pilas. Celia y Nicole se unieron a ellas.

Terminaron pronto, por fortuna sobre todo para Celia, que se cansó de escuchar testimonios de bien folladas, más que nada porque es de muy mal gusto comer frente al que tiene hambre. Se moría de la envidia. Una vez pasado el mal rato, subieron a cerrar las maletas. La tripulación se ocuparía de todo.

Bajaron con lo indispensable y esperaron en una mesa de la terraza a que por megafonía se anunciara su turno de desembarco. Ricky les puso sus últimos cafés a bordo. Mónica y él se regalaron los últimos besos sobre el mar, quién sabe si algún día volverían a coincidir.

—¿Cómo estás? —Ariadna llamó la atención de Mónica, que miraba con añoranza a Ricky sin haberse despedido todavía de él.

—Bien, estoy bien. Ha sido increíble conocerlo, chicas. —Sonrió de lado.

—Ya me imagino. Parece un buen tío —opinó Nicole.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Celia.

—Embarcarse en otro crucero, después de unas mini vacaciones en casa. Esta es su vida —admitió con pesadumbre—, de aquí para allá. La estabilidad y la rutina están sobrevaloradas.

—¿No hay futuro con él? —aventuró Nicole.

—Con él hay presente, por unos minutos más, quizá horas, pero pronto solo será un recuerdo. Precioso pasado.

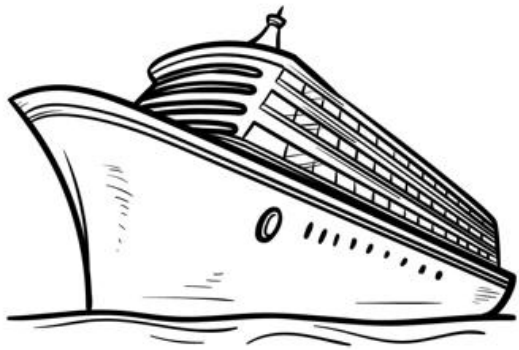
—Lo siento —murmuró Ariadna, acariciándole el brazo.

—¡No! No lo sintáis. De verdad. Ha sido maravilloso y ES maravilloso que se termine aquí. —Se levantó y se asomó de modo dramático a la barandilla mirando a la ciudad de Atenas, que por fin se vislumbraba en el horizonte.

—¿Qué vas a hacer, loca? ¿Te vas a tirar por la borda por un desamor? —dijo Nicole, temiendo un ataque de enajenación mental de su amiga.

—¿Cómo? ¡Noooo! —rio histriónicamente—. Tenéis Mónica para largo. Además —insistió—, os he dicho que estoy bien. Esto no es ningún desamor. Me ha encantado conocerlo, no me arrepiento de nada. Aunque me dé pena, por supuesto, tenía ganas de vivir algo así. Tan intenso, tan bonito, tan real. —Y miró en dirección a Ricky, que le correspondió con una sonrisa, ya de despedida—. Ha sido perfecto, un cuento perfecto. Una historia de amor, breve pero verdadera, en la que me he sentido como una reina. Ya sabéis lo que pienso.

—Que dure lo que dure, sea especial y maravilloso. Que sea un polvo esporádico, un amor de fin de semana o un romance de meses e, incluso, años, debes sentirte como una reina. Quien no te trate como una reina… ahí tiene la puerta —añadió Ariadna, que conocía perfectamente el mantra (y la historia) de Mónica.



36. Quien no te trae como a una reina, ahí tiene la puerta

Una noche revoltosa entre las sábanas con el hombre indicado o un amor de verano, intenso y pasional, pueden ser mucho más maravillosos o verdaderos que una relación de varios años con un hombre apagado por la rutina, el estrés, la convivencia o la zona de confort.

Mónica tenía claro que no importaba la duración de las relaciones, lo que era esencial era disfrutarlas si eran sanas. Había que vivirlas mientras estuviera encendida la llama y una misma se sintiera bien, especial. Única.

Hace unos años, un hombre de dudosa integridad y mal fondo, trató de apagar la luz de Mónica. Durante varios años pensó que eran normales sus salidas de tono, las alusiones a su vestimenta, a su torpeza haciendo muchas cosas o los límites que él ponía a sus quedadas con amigas. Los celos, malos consejeros como todo el mundo sabe, eran uno más en la relación. Su símbolo de amor. <<Me pongo celoso porque te quiero>>. Mónica tardó un poquito en darse cuenta del error de dicha justificación. No hay explicación posible al control obsesivo, ni al falso sentido de propiedad, al coartar la libertad de otra persona con prepotencia y alevosía. Estaba enamorada, cegada… No veía sus faltas de respeto. <<Quien bien te quiere, te hará llorar>>. Otra afirmación tan categórica y extendida como FALSA. Salvo que te haga llorar de felicidad, quien hace que derrames tus lágrimas no te quiere. Y las lágrimas de Mónica nunca respondían a ninguna alegría. Llevaban otro nombre: culpa, inseguridad, miedo. Los golpes no pueden ser nunca excusados, ni disculpados con un <<no sé qué me

ha pasado>>, ni tolerados lo más mínimo porque, sin duda, volverá a pasar. Y puede ser peor.

Mónica tardó mucho en reponerse de las secuelas psicológicas que dejó esa tóxica relación, las secuelas físicas cicatrizan con mayor velocidad. Tardó en sanar su alma, mucho, casi tanto como en dejarse convencer para denunciar a la bestia.

Con valentía y ayuda logró cerrar esa etapa, se mimó, construyó un escudo que, cuando se recuperó, dejó caer poco a poco. Se centró en vivir el amor de forma pura. Ya fuera una noche, una semana o meses… buscó relaciones sanas, con gente especial y que la hiciera sentir bien. Siguió siendo una romántica, pero una romántica moderna. Porque el romanticismo no va del tiempo que dure la relación. El romanticismo va de amor.

Llamaron por megafonía a un nuevo grupo. Era el turno de las chicas para abandonar el barco. Mónica dedicó una última mirada a Ricky, quien salió de la barra, se aproximó a ella y la envolvió en un abrazo de despedida cargado de cosas bonitas. Se dijeron adiós, pues no parecía que un hasta pronto tuviera sentido de momento. Y las cuatro amigas enfilaron su camino hacia tierra firme.

Habían decidido quedarse dos días en Atenas para poder disfrutar de la ciudad. Mientras esperaban al *transfer* que las llevaría al alojamiento, Nicole les contaba la última conversación que había tenido con Selena minutos atrás.

—No lo entiendo —arguyó Celia—. ¿Un tiempo?

—A ver —resopló Nicole, un poco cansada de explicar la situación a sus amigas—. Es complicado. Soy yo la que le ha pedido un tiempo. No ella. Necesito procesar todo.

—Por partes —dictaminó Ariadna—. ¿Cómo le has contado que estabas embarazada?

—Muy sutil —rio Nicole—, he señalado a un matrimonio con un bebé y le he dicho <<mira, qué mono>>. Aunque en realidad ni lo pensaba. Inocente, gracioso… puede, te lo compro. Pero mono, no. De ninguna manera. Se ha sorprendido de que me gustaran los niños y ha abierto sus ojazos verdes para preguntar: <<¿Cómo lo has sabido?>>. Y ha cerrado esos preciosos ventanales color esmeralda, acompañando el gesto con el tono sonrosado de sus mejillas y la curva de disgusto de sus labios. Y, bueno, confusión, mueca indescifrable, ojos como platos… y todo a la vez. Exactamente como vosotras ahora. —Nicole señaló, aludiendo a la sorpresa de sus amigas.

—Espera, espera, espera, no puede ser. —Ariadna estaba alucinando—. ¿Quieres decir que Selena está embarazada?

—Jesusito de mi vida, que me quede como estoy. —Mónica elevó su plegaria al cielo con exageración y guasa—. ¡Boom! ¡Esto es contagioso! Cuidado, Ari. ¡DIU, Celia!

—¿Cómo le has dicho que tú también lo estabas? —quiso saber Celia, tomándolo más en serio.

—He reaccionado como una idiota. Contrariada, alelada… le he dicho que no se le notaba la tripa. Qué ridícula —se reprochó a sí misma—. Le he preguntado que para cuándo lo esperaba. Todo con una cara de asco, pena, fastidio, confusión… o todo a la vez. Mi disgusto no le ha pasado desapercibido. Pero es que... ¡El único embarazo posible entre las dos era el mío! —lloriqueó Nicole, de modo infantil—. Pero no, ahí estaba ella imponiendo el suyo. —Y calló, triste, sorbiendo las lágrimas que ya se estaban derramando. Las hormonas.

—¿Y qué ha hecho al ver tu cara de eructo de ajo? —le preguntaron.

—Se ha ido, chicas.

—Pero… ¿Cómo…? —Ariadna necesitaba conocer el final de la historia.

—Se ha ido. —Nicole volvió a sorber mocos para dentro—. Y conforme se alejaba, mi cabeza bullía y he corrido tras ella. La he parado y le he dicho que no me importaba su embarazo. Que un bebé siempre era una alegría. Ella se ha relajado y me ha confesado que ni siquiera sabía que lo estaba, que había sido un accidente y que se hizo la prueba a bordo al sentirse, el otro día, un poco indispuesta. Por lo que ha dicho, dejaba la puerta abierta a seguir juntas.

—¿¿¿Hola??? Eso es estupendo, muy bonito, precioso —dijo Mónica irónica—, pero ¿qué hay de tu embarazo?

—Nicky, se lo has contado ¿verdad? —preguntó Celia, con un hilo de voz, temiendo una respuesta negativa.

—Le he pedido un tiempo, aludiendo a que necesitaba pensar en nuestra relación y procesar todo lo que estaba pasando antes de empezar nada serio. Y me he ido. Sin mirar atrás porque si lo hacía me echaba a sus brazos.

—¡Tendrás morro, Nicky! —le riñó Ariadna.

—No, morenita, ¡eso no! —recriminó Mónica, negando con su dedo índice acusador y chistando con la lengua.

Nicole rompió a llorar. No podía contener por más tiempo la congoja que tenía dentro y se hundió. Ariadna sintió pena por su amiga. Últimamente le habían pasado muchas cosas y es normal que no hubiera sabido gestionarlas adecuadamente. Le tendió su hombro, abrazándola para darle su apoyo.

—Cariño, ya está. Respira.

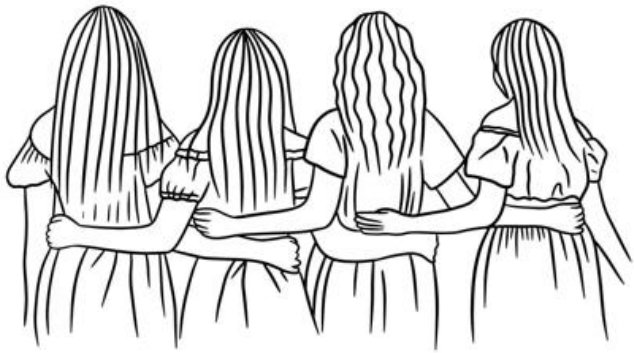
—Es que no he terminado —cogió aire y continuó—. Cuando me iba ha venido detrás, me ha besado como nunca antes y me ha dicho que no se bajaba del barco hasta que le dijera el verdadero motivo de la ruptura. Ella pensaba que era su embarazo. Y quizá lo era. Pero

también el mío. Yo era un mar de dudas. Así que le he dicho que estaba asustada, que no sabía cómo iban a poder soportarse dos embarazadas para luego lidiar con dos criaturas. Ella ha abierto los ojos de par en par, pero brillaban. Estaba feliz por mí, me ha dado la enhorabuena, pues entendía que era lo que deseaba. Y me ha abrazado muy fuerte, repartiendo entre las dos los miedos que me atosigaban y controlando mi ataque de pánico. <<¿No tienes miedo?>>, le he preguntado. <<Por supuesto>>, me ha dicho. <<¿Y entonces?>>.

—¿Qué te ha respondido ella? —preguntó Ariadna, con un atisbo de sonrisa en sus labios anticipando una declaración de amor.

—<<No voy a permitir que vuelva a pasar. No. Hace poco que descubrí que el miedo no tiene que paralizarme. Nunca más. Quiero ser libre de mis temores>>, eso me ha dicho ella. Y, cobarde de mí, me he ido a cobijar entre sus brazos de nuevo. En su pecho. En el lugar donde en realidad quería, y quiero, estar, mientras ella me decía, acariciándome el pelo, que no tenía claro cómo podría ser nuestro caos de vida pero que tenía cristalino que me quería y que iba a luchar por que eso funcionara. No le importó mi embarazo, me aventuraría a decir que le hizo ilusión.

Las amigas exclamaron emocionadas el ohhhh más mononeuronal del siglo, de ese que se alarga hasta el alelamiento, para formar una piña de rugby arropando a Nicole. Mientras, un coche se detenía junto al grupo.



37. ¿Dónde está la cámara oculta?

Todo ocurrió muy rápido. El coche se había detenido junto al grupo. Celia, decidida, se había separado del abrazo de oso, tenía prisa por llegar al hotel que habían reservado en Atenas para esos días. Hacía días que desayunaba kiwi sin éxito alguno pero ese día, justo ese día…

De modo que, lanzada, había ido con su equipaje hasta el coche. Había enseñado el papel con la reserva (no era demasiado digital) y, después de un leve asentimiento de cabeza del conductor, había metido su pequeña maleta en el maletero y se había acomodado en el asiento trasero. Extrañada, miró a sus amigas. ¿Por qué no la seguían?

Pero la puerta se cerró de golpe. LA cerraron de golpe. Y arrancó. El maldito coche arrancó solo con ella. Se asustó. Empezó a increpar al conductor, que permanecía impasible. Bueno, no, impasible no. Le preguntaba, en un idioma ininteligible, qué música quería escuchar y si necesitaba algo de comer o beber. Lo entendió por los gestos. También dijo algo más que no supo interpretar. Pero de detener el coche para volver con sus amigas… No, de eso no comunicaba nada.

Cogió el móvil después de los intentos frustrados de detener el vehículo. Llamó a sus amigas desesperada.

—Chicas, decidme que tenéis la matrícula del puto coche —preguntó notablemente alterada.

Llegaban gritos de miedo al otro lado de la línea. Todas hablaban a la vez y cundía el pánico. Ella, que había visto muchas películas de secuestros, fue fijándose en las carreteras y lugares por los que pasaba. Al igual que la cara de su supuesto captor, la cual analizaba a través

del espejo interior del vehículo.

—¿Quién eres? —lloriqueó—. No entiendo nada. ¿Qué quieres?

La callada por respuesta. El silencio del habitáculo ponía la piel de gallina.

—De verdad, jodee, ¡quién coño eres! Que no soy nadie… —gimoteó y se vino abajo.

Tan solo una suave melodía llegaba difusa de la radio.

—Te estás metiendo en un buen lío. —Se envalentonó—. Me encontrarán. —Y guardó el dedito incriminatorio que había sacado sin darse cuenta, tan acostumbrada estaba de cuando trataba con sus hijos.

Nada. No había forma de escuchar de nuevo la voz a ese desgraciado. Los wasaps de sus amigas infundiéndole valor, ánimos y colmándola de besos y emoticonos tiernos se sucedían.

Reparó en una cosa. El conductor no tenía la cara tapada. Tampoco le habían tapado a ella la cara. Ni siquiera la habían metido a la fuerza en el coche. ¿Qué era eso? El puto secuestro más surrealista de la historia. Cogió el móvil y tomó una foto del conductor, que ni siquiera se inmutó. La mandó al grupo de WhatsApp por si podía dar pistas a sus amigas para encontrarlo. Quizá las autoridades podían seguirle la pista, si estaba fichado… Había visto muchas películas.

Llamó a su marido, pero no contestó. Lo maldijo. Le dejó un mensaje urgente, resaltando algunas palabras clave como secuestro, peligro o ayuda. ¿Qué pensaría Tito al ver aquello?

El coche seguía su recorrido, concretamente hacia Atenas, y así se lo hizo saber a las chicas que, finalmente cogieron el verdadero coche que las llevaría a su hotel y desde allí ya continuarían con la búsqueda. Celia insistió en que estaba bien. No entendía por qué, pero estaba más tranquila.

El coche se adentró en la ciudad y los edificios, los establecimientos, el trasiego, le hablaron de que habían llegado a Atenas. El conductor bajó la velocidad y comenzó a mirar a ambos lados, como si buscara algo. Pero ¿qué? Recorrieron a poca velocidad las calles de la capital. Una angustia comenzó a invadir a Celia. Su destino estaba cerca. Pero… ¿qué iban a hacer con ella? Seguro que todo había sido una confusión. Si quisieran hacerle daño ya lo habrían hecho. O no. Igual la estaban llevando a un lugar en el que el verdadero criminal la iba a hacer carne picada. Y ella tan pancha. Bueno, no estaba pataleando y gritando, pero pancha no estaba. Un escalofrío de terror la recorrió entera. Pensó en sus hijos. No podía dejarlos. No tan pronto. Y ahora sí, gritó.

El coche se detuvo en un semáforo y ella trató de pedir auxilio al coche que hacía lo propio al lado. El conductor se percató y subió su ventanilla. No quería un escándalo. Estaban a punto de llegar a su

destino. La miró confuso, como desconcertado. Como si chillar no fuera la reacción normal ante la perspectiva de morir a manos de un asesino, después de ser torturada. La miró de nuevo, sorprendido por su reacción, como si fuera anormal su comportamiento cuando era de manual. Solo le faltaba mearse encima del miedo, que bien podría haberlo hecho porque su suelo pélvico no era digno de exposición.

Pero algo le decía que ese alelado no había hecho daño a una mosca. Daba de todo menos miedo, pero ¿por qué cojones no paraba y le dejaba bajar?

Y paró. No porque ella se lo dijera sino porque habían llegado. Obviamente no era su hotel, el que había reservado para pasar un par de noches en Atenas despidiendo su idílico viaje. Pero sí era un hotel. Uno que superaba en estrellas y en monumentalidad al que ellas habían podido pagar después de descartar varias opciones increíbles en la aplicación de alojamientos.

El conductor bajó, sin prisa, sin apuro… sin gracia. Como había hecho todo hasta ahora. Vaya pusilánime. Hasta su secuestro tenía que tenerlo mediocre, pensó. Se situó junto al maletero, dio al botón que abría la puerta y sacó la maleta de ella. A continuación, desbloqueó las puertas.

Y ahora ¿qué se supone que tenía que hacer ella? Aparte de mirar alrededor, arriba, abajo, buscando la cámara oculta. Decidió salir corriendo y dejó la maleta ahí, con el secuestrador becario.

Corrió unos metros, sintiendo cómo el corazón latía desbocado en el pecho, estaba en baja forma, no cabía duda. No dobló la esquina cuando se topó con un pecho duro. Cuando iba a disculparse para seguir con su camino, con la respiración todavía agitada, levantó la vista y lo vio.

—¿Tito? ¿Qué estas haciendo tú aquí? —Y lo abrazó—. Da igual. Ahora me cuentas. Qué ganas tenía de verte. Por cierto, me han secuestrado. Me he escapado.

—¿Perdona? ¿Quién te ha secuestrado? —Se asustó él.

—Ese *tolay* de allí —señaló en dirección al espantapájaros que seguía ahí plantado con su maleta, mirando en todas las direcciones.

—Es un conductor que he contratado para ir a buscarte. Quería darte una sorpresa —confesó mordiéndose el labio lamentando el susto.

—¡Qué dices! ¿Y por qué no me lo dijiste?

—Porque no hubiera sido una sorpresa. Aunque visto el resultado… —Se tapó la cara, avergonzado.

—¿Y los niños?

—Con mi madre.

—¡Vaya susto me has dado! —le increpó, dándole una palmada en el pecho—. Te quiero. Qué bien que estés aquí. —Y lo besó.

—Lo siento, lo siento, pequeña. —Y la abrazó. Para una vez que se lanzaba a salir de la rutina…

—En realidad solo temí por mi vida los primeros minutos. Segundos —rectificó—. Era un inepto como secuestrador. —Comenzó a reírse para relajar también a Tito. El plan tenía flecos, pero estaba feliz de tenerlo ahí con ella.

—Menos mal. Anda, vamos a por tu maleta. —La agarró por la cintura, atrayéndola hacia él y comenzaron a andar.

Juntos recorrieron los metros que los separaban del conductor, al cual ni explicaron la confusión. ¿Qué importaba eso ya? Cogieron el equipaje y entraron en el hotel.

—Tengo una reserva aquí. He leído buenas referencias…

Celia no le dejó seguir. Le dio un beso. Y otro. Supo que lo iba a llenar de besos en los próximos minutos en la habitación de aquel magnífico hotel. Y quien dice minutos… dice horas.

38. El papel de su vida

Ariadna y el resto del grupo cogieron el coche que, de verdad, habían contratado para ir al hotel. Y comentaron la jugada. Habían hecho el papel de su vida, desde sus gritos de terror a través de la línea telefónica hasta los constantes wasaps de pánico para acompañar a su amiga.

Celia, ¿no querías emociones fuertes? Pues aquí las tienes. Un secuestro. ¡De locos! Pensaron con maldad. Se alegraban por ella. Las últimas horas habían estado en sus nubes de algodón y en sus pompas de unicornios incapaces de prestarle toda la atención que necesitaba. Echaba mucho de menos a Tito, así lo había manifestado en los últimos días a bordo. También añoraba a los niños, pero, contra todo pronóstico, mucho más a Tito. En ese barco impresionante, lleno de personas y de relaciones, se dio cuenta de que tenía mucha suerte. Había encontrado el amor hacía muchos años y había formado una preciosa familia. Es cierto que la llama estaba apagada, a causa de la rutina y otros motivos logísticos y de estructura del hogar, pero se querían de forma más auténtica que el primer día y estaban dispuestos a avivarla.

Días atrás, Ariadna disfrutaba, frotándose las manos, mientras Tito le contaba el plan en un audio de wasap. Solo el pensar que el marido de Celia estaba pensando en ir a buscarla a Atenas, para ver la ciudad con ella, la enternecía sobremanera. Y, por supuesto, puso al corriente a las chicas y le ayudaron con el plan.

El conductor, en el papel de sueco, tenía que recogerla y permanecer impávido ante sus exabruptos y pataletas. Tenía claro su

objetivo, llevarla junto a su marido. Ellas, amigas preocupadas, tenían que fingir que llamarían hasta a la patrulla canina si fuera necesario. Y, sobre todo, mandarle muchos besos y *emojis*. Como si eso sirviera de algo en caso de que todo eso hubiera sido real.

Ella caería rendida al encontrarse con él. Se emocionaría mucho al tenerlo delante. Tanto que se olvidaría de la treta. Tanto que se olvidaría de ellas. Afortunadamente, todo salió rodado y así fue.

Celia entraba con los ojos tapados en la habitación de aquel hotel. Caminaba a ciegas, sujetando la mano de Tito guiando sus pasos de liliputiense como si hubiera un campo de minas frente a ella. Una música suave llenaba la estancia, transportándola al momento en el que bailaban esa canción, juntos, delante de todos sus amigos y familiares. Hace ya algunos años.

—Feliz aniversario. —Y Tito le dedicó la mirada más dulce mientras le quitaba la venda de los ojos.

—Vaya —dijo ella, chascando la lengua contra el paladar al ver todo el despliegue de pétalos que descansaban en la colcha—. Lo había olvidado.

—Lo sé, no te preocupes. Tenías otras cosas más importantes en la cabeza —rio—. Pero hoy es para nosotros. —Sonrió de forma irresistible.

—Gracias. —Y lo besó. Después miró embelesada la suite. Solo el salón era casi tan grande como su apartamento de Alicante.

Dos butacones de piel, separados por una mesita redonda de cristal sobre la que descansaba un detalle del hotel: champán y dos copas. Celia siguió avanzando por la tarima, seguida por su marido, dejó a su derecha un escritorio sobre el que depositó el bolso que todavía llevaba colgado. A unos pasos, ante ella, unas puertas correderas. Las abrió y *voila*, el dormitorio. Sus dimensiones nada tenían que envidiar al salón, con una cama como una plaza de toros para hacer un cuarteto (y no de cuerda) y qué decir de ese vestidor. Le vendría fenomenal para guardar la ropa que los niños iban dejando pequeña y almacenaba sin control para dar a sus amigas cuando dieran el paso. Un poco síndrome de Diógenes disfrazado de recuerdos bonitos.

No recordaba, desde su viaje de novios, haber estado en un hotel de tantas estrellas. Estaba encantada. Pasó al baño, quería ver su rostro de felicidad. Se situó frente al espejo de aumento para comprobar su piel tersa, el brillo de sus ojos, sus mejillas sonrosadas… era feliz en esa nube de algodón.

—¡Ostras! ¡Tengo que avisar a mis amigas! —exclamó de pronto, cayendo en la cuenta de su olvido—. Estarán súper preocupadas.

—Creo que no tanto… —dijo Tito, abrazándola por detrás, mientras observaba su sorpresa desde el espejo.

—Vale, soy imbécil —reconoció mientras abandonaba el

dormitorio—. Estaban en el ajo. Dame, aun así, un minuto para que les diga que ya estoy contigo.

Cogió el móvil, después de rebuscar en su bolso gigante durante unos segundos y tecleó. <<Cerdas. Os odio>>. <<Nos vemos mañana entre las ruinas>>.

Metió el móvil de nuevo en el bolso y no pudo ver los mensajes que llegaron a continuación desde otro lugar de Atenas. <<Disfruta, Cel>>; <<Cabalga con cuidado, pequeña saltamontes>>; <<Permíteme que insista, Durex es tu aliado>>. No los leyó. Ya estaba comiendo a besos a su marido.

Minutos más tarde, estaban tendidos en la cama de dos por dos, retozando sobre la colcha hasta que en un alarde de escrupulosidad (totalmente infundada) decidieron apartarla. Se besaron la boca como hacía años, como queriendo privar de aire al otro o pasarle todo su oxígeno. Quién sabe. Se besaron tanto… tanto como pudieron. No había interrupciones a sus caricias, a sus mordiscos.

Se desnudaron con lentitud, a pesar de las ganas que tenían de fundirse como metales, ambos necesitaban hacerlo ceremonioso, lento, dulce… Tenían algo valioso entre manos, algo que les pertenecía a ellos en exclusiva: tiempo.

Tenían tiempo para estar juntos. Y solos. Sin pequeños que les asediaban la cama a diario, que les respiraban en la oreja (en el mejor de los casos) o que les pillaran infraganti queriéndose y tuvieran que dar un montón de explicaciones dudosamente necesarias dadas las entendederas de los pequeños interlocutores.

Se desprendieron de la ropa con habilidad, con toda la destreza que requiere desnudarse sin separar sus labios. Se estremecieron al sentir ese piel con piel que tanto ansiaban y se recrearon en acariciar el cuerpo del otro sin prisa. Sin pausa. Con ternura.

Los brazos y las piernas se enredaban, jugaban. Se confundían encima de las sábanas, suaves como su piel. Piel a flor de piel ante las atenciones de su pareja. La piel. Qué importante es enviar mensajes a través de ella y qué emocionante es recibirlos. Tito y Celia habían estado en una crisis muy fuerte, mucho. Pero se querían. La piel no miente.

Su juego fue ganando en intensidad, en ritmo y en pasión. Sus besos, cada vez más salvajes y atrevidos lideraban a las caricias más invasoras. Querían redescubrir y reconquistar cada rincón del otro.

Y, de pronto, la percepción del tiempo cambió por la prisa. La prisa por dárselo todo ya, la prisa por sentir el amor del otro en el propio cuerpo ya. La prisa por entrecortar la respiración y dejar sin aliento al otro. Ya.

Hicieron el amor, cada vez menos lento y más fuerte, con empujones certeros de respeto, cariño y pasión.

Sexo renovado.

Sexo salvaje.

Sexo sentido.

Disfrutaron como humanos, gimieron como dioses y, juntos, llegaron al Olimpo.

39. Le dijo la sartén al cazo

Amanecía en Atenas. Celia había dormido poco, insomnio sexual lo llamó. Cuando estaba a punto de conciliar el sueño, una mano revoltosa y un bulto juguetón la buscaban entre las sábanas. Y vuelta al mundo de los vivos.

Se levantó frotándose los ojos y fue directa al baño. Se miró en el espejo sin mucho detenimiento mientras el agua de la ducha alcanzaba la temperatura ideal. Cuando comenzó a salir algo de vapor, se metió en la ducha para perderse bajo el agua y limpiar todos los restos de una noche memorable. Canturreó feliz, tocándose el cuerpo con sus manos suaves donde horas atrás había tocado su marido. Era consciente de que, aunque volverían a la rutina, esa noche Tito y ella habían acercado posiciones. De hecho, habían *acercado* unas cuantas.

Abrió la mampara con cuidado, como si fuera de cristal de bohemia, y salió para poner sus pies en la suave toalla del suelo y se sorprendió mirándose los dedos de los pies, que jugueteaban entre el pelito de la alfombra, como si los descubriera por primera vez. Alargó el brazo para coger uno de los albornoces que colgaban junto a la ducha y se envolvió en él disfrutando de ese tacto sobre su piel.

Echó un ojo a la cama donde Tito todavía dormía y aprovechó para llamar a sus amigas. Le amenizarían el rato mientras se acicalaba. Colocó el móvil en una repisa de cristal, haciéndole hueco entre los miles de *amenities* del hotel, se enfocó su cara de autoestima renovada y pulsó la tecla de llamar.

La videollamada alcanzó el cuarto tono cuando al otro lado se mostraron las caras de sus amigas, despiertas y ya arregladas, vestidas

con unas indelebles sonrisas.

—Holaaaaaa —exclamaron Mónica, Nicole y Ariadna al unísono, en un volumen tan elevado que Celia en un impulso cerró al máximo la puerta del baño, hasta ese momento entreabierta, invitando a una ducha doble. No quería despertar a Tito.

—¿Sabéis que también está penado el ser cómplice de secuestro? —preguntó socarrona, mientras se daba la crema hidratante en el rostro.

—Del uno al diez. ¿Cuánto miedo has pasado? —intervino Ariadna.

—Eeeeee… —Celia se hizo la interesante, dudando, mientras extendía una fina capa de maquillaje sobre su rostro— Un diez al principio. Un cuatro después. Todo era demasiado caótico para ser verdad.

Risas al otro lado.

—Del uno al diez —se animó Mónica—. ¿Cuánto te ha excitado?

—Mmmmm… —Celia se mordía el labio mientras el rímel alargaba sus pestañas—. Un ocho. ¿Estoy enferma?

—Un poco —dijo Nicole, entre risas.

—Pues sí que tu vida era monótona, sí —rio Mónica—. Jode con la súper mami.

—No seáis envidiosas. Me ha encantado su sorpresa, sí, ¿qué pasa? —admitió, mientras se daba unos leves toquecitos de color con una brocha—. Ahora mismo estaríais encantadas de estar en mi lugar, reconocedlo, que hoy mojo y vosotras no. —Sacó la lengua pintándose en ese momento la línea del ojo.

—Tocada y hundida —rio Mónica, desclavándose una flecha imaginaria del pecho.

—Pues en mi caso eso no es del todo cierto… —afirmó Ariadna, ante la cara de sorpresa de Celia.

—¿Qué me he perdido? ¿Jesús no cogía ayer el avión de regreso a Alicante? ¿Has conocido a otro?

—Tú lo has dicho, cogía —enfatizó el tiempo verbal—, pero no lo hizo. —Una sonrisa amplia cubrió su cara achinando los ojos.

—¿Quieres decir que Jesús está en Atenas?

—Quiero decir que hemos quedado con él en una hora en la Acrópolis. Que te des vidilla.

—Pero, ¡qué fuerte! ¿Selena también se ha quedado?

—No, ¡qué va! Ojalá. Ella ha vuelto a Alicante —contestó Nicole, cabizbaja.

—¿Y os veréis? —preguntó Celia, temerosa, mientras ordenaba las pinturas de nuevo en el estuche.

—Sí —sonrió relajada—, en cuanto aterrice me dijo que será la primera en esperarme en el aeropuerto. —La baba ya estaba colgando.

—Ah, bueno, genial. Pero ¿y cómo es que Jesús se ha quedado? —volvió al tema.

Celia sospechó que la historia tenía miga porque las caras que pusieron sus amigas eran primas hermanas de las de Buendía, esculpidas en las rocas de Cuenca.

Ariadna rememoró todo lo vivido las últimas horas. Cuando el coche se llevó a Celia, tal y como el plan indicaba, ella se metió en el papel por no estropear la sorpresa de Tito. Pero ante una llamada de teléfono de Jesús, a punto de entrar en el control del aeropuerto, siguió actuando con él.

—Estoy muy preocupada —declaró con la voz entrecortada—. Se han llevado a Celia. Un coche —decía con la respiración agitada—, negro, con un conductor raro. No sabemos dónde está. Vamos a seguirlo en taxi. Hasta el centro.

Mientras Ariadna pronunciaba esas palabras, al otro lado de la línea un hombre abandonaba su vuelo previsto, a su hermana embarazada y cogía un taxi hasta el centro, punto indicado por su interlocutora. Él también preocupado.

Un rato después, se congregaban en la puerta de un hotel. Las amigas parecían tranquilas y él, atropellado, pagaba al taxista.

—Ariadna, ¿qué ha pasado? ¿Dónde está Celia? —No podía respirar con normalidad. Estaba asustado.

—No damos con ella. ¡La han secuestrado! —sollozó esta. No sabía por qué había seguido mintiendo. Su amiga estaría en esos momentos retozando en un *cinco estrellas lujo* y a ella le iba a caer la del pulpo cuando Jesús viera que todo era un paripé. Era idiota. ¿Qué pretendía? ¿Retenerlo a su lado? ¿Hacerle una broma? El juego era sucio, se les había ido de las manos.

—Vale, tranquila —dijo Jesús, estrechando a Ariadna entre sus brazos mientras le acariciaba el pelo con ternura. Sin embargo, de pronto notó una risita nerviosa en su hombro y un ligero temblor.

—Lo siento. Todo ha sido una broma. —Ariadna se deshizo lentamente del abrazo y miró hacia esos ojos, oscuros de rabia.

—¿En serio? Ariadna, ¿cómo has sido capaz? —preguntó él iracundo, apartándose de ella y con una gran decepción cubriendo su rostro.

—No pensé que ibas a perder tu vuelo y venir conmigo. —Ariadna estaba arrepentida. Había ido demasiado lejos con él.

—Ah, ¿no? —bufó furioso—. ¿Y qué se supone que iba a hacer si la chica que me gusta está agobiada porque han secuestrado a su amiga? ¡Eh! —le increpó—. ¿Qué se supone qué habrías hecho tú en mi lugar?

—¿Te gusto?

—¿Me estás vacilando?

—No, ese es un punto que todavía no tengo nada claro.

—Por supuesto que me gustas, ¿es que aún no te has dado cuenta? Me gustas mucho. Más de lo que debería, visto lo visto… —admitió por primera vez, en voz alta, haciéndolo más real—. A veces pareces una cría.

—Le dijo la sartén al cazo —rezongó—. Tampoco fue un ejemplo de ética y moral lo que me confesaste antes de despedirnos.

—Entiendo. Todo ha sido una venganza.

Ariadna resumía la historia a Celia, que desde el otro lado del teléfono parecía tener un peso en la barbilla de lo abierta que tenía la boca.

—Ari, ¿qué te dijo antes de despediros?

—Luego te lo cuento, Cel. Vístete y nos vemos en —miró su reloj— cuarenta minutos. Mejor en persona.

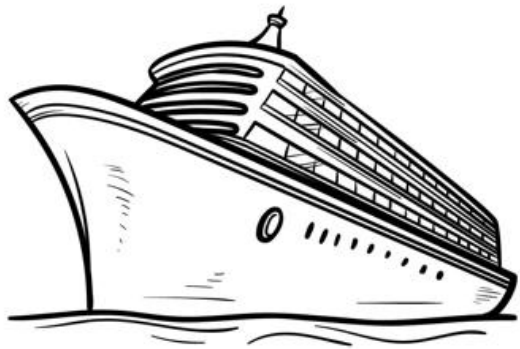
—Perra, me dejas con la intriga.

—Cariñooooo… —Una voz somnolienta salía de ultratumba.

—Ari, salvada por la campana. Os dejo, chicas. Tito ya se ha despertado —sonrió pícara y añadió—. ¿Podéis cogernos las entradas? Por si llegamos un poco tarde.

—Hecho, fiera. ¡Dale duro!

Colgaron la llamada, Celia se atusó el pelo, todavía húmedo y dejó caer el albornoz al suelo. Salió al dormitorio como su madre la trajo al mundo, pero más consciente y con más picardía que entonces. Eso sí.



40. Nada más y nada menos que el amor

La Acrópolis es uno de los principales ejemplares de la cultura griega. La ciudadela, a una altura de 150 metros sobre el nivel del mar, está construida sobre un enorme yacimiento y comprende las ruinas de varios edificios históricos, entre ellos el famoso Partenón.

Y es precisamente en este templo, dedicado a la diosa Atenea, en el que se encontraba el grupo después de una buena caminata entre ruinas y un montón de escalones haciendo glúteos.

—Venga, poneos, que os hago una foto a las cuatro juntas. —Se ofreció Jesús, ante lo que las chicas obedecieron de inmediato, dándole uno de sus móviles ya preparado. Posaron con su mejor sonrisa.

Lo cierto es que no habían hecho tantas fotos como querían. Lo habían estado pasando tan bien que ni se acordaron de inmortalizar la mitad de los lugares que visitaron esa semana.

Sonrieron durante unos segundos en silencio, hasta que Celia balbuceó, sin abrir apenas la boca como un ventrílocuo, para formular la pregunta que rondaba su cabeza desde hacía un rato.

—Ari, ¿qué te dijo Jesús antes de despediros? Me tienes en ascuas. —Levantó las cejas como si alguien tirara de ellas con unos hilos—. ¿Y qué hace aquí?

Esta le respondió de la misma manera, en boquita cerrada, un mal gesto no podía estropear una buena foto de recuerdo de esa joya arquitectónica.

—Ahora te lo cuento, buscamos un aparte —prometió ante la mirada suplicante de Celia.

Acudieron en masa a rodear a Jesús, que les mostraba las 18 mil fotos que les había sacado.

—Encuentre las siete diferencias, oiga —bromeaba Tito, mientras borraba algunas de las instantáneas por exigencia de las chicas.

Continuaron andando por la explanada viendo más templos y haciendo más fotos panorámicas hasta que Celia y Ariadna se retiraron para mantener la esperada conversación.

—Jesús me puso a prueba, Cel. —Ariadna calló como si lo poco que había dicho lo aclarara todo.

—Tendrás que ser más concreta.

—Oh, sí, perdona. Todo empezó cuando nos topamos por primera vez en el ascensor del barco —hizo una pausa para dar más suspense y para asegurarse de que Celia recordaba el momento—. No fui la única en reconocerlo.

—Vaya, ¿él sabía quién eras?

—Sí, perfectamente. Resulta que había seguido mi carrera desde aquel día.

—¿Con un interés más, digamos, personal?

—Por ahí va la cosa… —sonrió Ariadna, viendo que Celia iba pillando la historia—. El caso es que siguió mis castings posteriores, vio la serie en la que estoy y ya no le parecí tan mala. La serie, sí, pero yo no.

—Algo es algo —rio Celia, sintiéndose culpable por no haber visto ni un solo capítulo de la serie de su amiga.

—Cuando me vio en el barco, de casualidad, puso en marcha su interruptor profesional. Encendió el piloto automático y a rodar.

—¿Cómo? —Celia abrió mucho los ojos—. ¿Quieres decir que todo ha sido una pantomima?

—Al principio, sí. El otro día me lo confesó antes de despedirnos.

La mente de Ariadna voló al día anterior, a ese camarote en el que, después de una noche increíble de sexo de despedida, llegaban unas explicaciones no pedidas.

—Vaya, ha sido increíble —susurraba Ariadna, remolona entre las sábanas, todavía con su pierna entrelazada a él.

—Ha sido genial, sí —dijo él, con un tono demasiado frío para tener tan reciente el magreo.

—Habrá que repetir… No será igual que en un crucero espectacular, pero Torrevieja tiene su aquel —murmuraba ella seductora.

—Sí, claro, nos veremos por ahí.

—Oye, ¿qué te pasa? —preguntó Ariadna, sentándose en la cama, tapando su cuerpo con un trozo de sábana.

—Nada.

—Demasiado visto. Buen intento. Pruebe otra vez, señor Ortiz —pidió ella haciendo un mohín.

—Si nos volvemos a ver en Torrevieja o en Alicante… —empezó

Jesús, mientras se incorporaba en la cama dejando su pecho al descubierto.

—Quieres dejarlo aquí. Es eso ¿no? —interrumpió ella, adivinando el resto del discurso. Quizá estuviera casado. Selena era su hermana, pero quién le decía que su verdadera mujer no estuviera en Alicante.

—No, no es eso. O quizá sí —continuó viendo las mutaciones en el rostro de su interlocutora—. Tengo que contarte algo. No estoy muy orgulloso de ello.

—Dispara, por favor. Estoy empezando a ponerme nerviosa.

—Cuando te vi en el ascensor, como sabes, ya sabía quién eras. Te conocía de la serie, había seguido tus pasos… —continuó tras un leve asentimiento de cabeza por parte de ella—. Quise ponerte a prueba.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. Estoy metido en un proyecto muy muy muy interesante y quería comprobar algo.

—Espera, espera, ¿pero qué coño estás diciendo? —preguntó Ariadna muy furiosa—. ¿Me has utilizado?

—No, no te enfades, de verdad —intentó explicarse mejor—. Quise comprobar si tú podías ser la elegida.

—¿La elegida de qué, Jesús? —elevó la voz—. ¿Qué estás diciendo?

—Que empecé pinchándote a ver si me dabas el registro que necesitaba para que fueras la protagonista de la próxima película en la que voy a trabajar.

—…

—Lo sé, no son formas. Para eso existen los castings… pero no se te dan bien. Lo siento. —Ariadna puso una cara que no sabía si reír o llorar. En los castings se ponía muy nerviosa, eso era verdad, pero aun así no eran formas de hacer las cosas.

—¿Y todo —hizo énfasis aquí con un deje de decepción en la voz— ha formado parte del juego?

—Todo no —aclaró él—. El sexo contigo surgió de la atracción que sentí desde que te vi. El proyecto me tenía en un sinvivir, es cierto y no puedo negártelo. No encontraba a la protagonista adecuada y estaba paralizado. Sin embargo, apareciste tú, tropezando literalmente conmigo. Y aproveché la oportunidad. Te seguí de cerca.

—Qué miedito —Ariadna seguía sin saber si reír o llorar, aunque su postura iba relajándose.

—No, de verdad, lo siento. En los encuentros *fortuitos* que tuvimos, la verdad, iba analizando tus reacciones, pero cuando te besé... Todo se descontroló cuando toqué tus labios. —Negó con la cabeza con una sonrisa en la cara—. Ya no estaba centrado en mi objetivo.

—No sé qué decir. —Ariadna ya no sabía si matarlo, tirárselo o matarlo después de tirárselo.

—Solo dime que me perdonas —pidió con ojos suplicantes—. Me gustas, Ari.

Y Ari, sin palabras y con muchos sentimientos encontrados, se levantó, se vistió y le pidió con elegancia que la dejara sola. Necesitaba pensar en lo que había pasado. No le gustaba sentirse un títere e irremediablemente es como se sentía en ese momento.

—Ostras —exclamó Celia—. ¡Y luego aprovechaste lo mío para devolvérsela! —Se rio—. Me declaro tu fan. ¿Se enfadó?

—Al principio, sí. Luego asumió el empate técnico en chiquilladas.

—Ari, oye —preguntó Celia, bajando la voz como si las espiaran—, ¿cuál era el proyecto taaaaan importante en el que quería contar contigo?

—Va a grabar una película en Los Ángeles. —Sus labios se ensancharon en una amplia sonrisa—. ¡Y me quiere como protagonista!

—¡¿Qué dices?! ¡Pero eso es una pasada! Me alegro mucho por ti.

—¡Gracias!

—¿Y te vas?

—Eeee… —Ariadna se hizo la interesante alargando la vocal, escrutando el rostro de Celia— ¡claro!

—¡Guau! ¿Lo saben estas? —preguntó haciendo alusión al resto de amigas.

—Sí, Mónica está muy afectada. Mi personaje va a morir en un operativo con un súper traficante —rio.

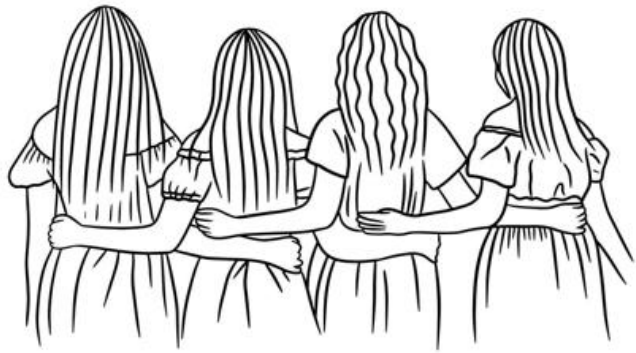
—Es verdad, le encanta la serie.

—Pero más le gusta mi binomio. Tendrá que consolar a Damyen. Seguro que lo superará.

—Ya te podían mandar destinada a otro sitio, cariño. Mira que matarte…

—El cielo está perfecto, Cel —sonrió. Abrió los brazos observando toda la ciudad a los pies de la parte más alta de la Acrópolis y gritó—. ¡De aquí al cielo, amiga!

Y Jesús la miró. Parecía una diosa, su diosa. Ya no tenía que disimular que estaba loco por ella desde que le dijo aquel no, hace veinte años. Ahora solo iba a quererla. Nada más que eso. Nada menos que eso.



Epílogo.
Varias semanas después

Ariadna estaba cansada de grabar. Había estado toda la noche haciendo una toma tras otra y, para colmo, el director no daba el visto bueno a la definitiva.

Jesús la miraba desde una silla con su nombre, al lado de la del director. En un momento dado, después de una nueva secuencia, acercó su cabeza a la del jefe y le susurró algo. Inmediatamente, el otro se levantó y ordenó un descanso a todo el equipo.

Jesús se aproximó a Ariadna y la estrechó entre sus brazos.

—No te preocupes, saldrá. —Y le infundió paciencia y fuerza con un beso en la frente.

—Eso espero. Ya ni veo —sollozó Ariadna.

Alguien del equipo se acercó a ellos y les entregó sendos cafés. Ariadna sonrió agradecida. A ver si con eso revivía.

—¿Qué hora es? —preguntó ella, dándose cuenta de que incluso había perdido la noción del tiempo.

—Son las cinco. En una hora habremos terminado.

—¿Crees que me da tiempo a llamar a mis amigas? Aprovechando el horario, ellas estarán comiendo.

—Sin problema. —Se retiró junto al otro actor de la secuencia que los tenía en vela.

Ariadna marcó la tecla de llamar en el grupo de WhatsApp que compartía con Nicole, Mónica y Celia. Y esperó. Sonrió en cuanto las caras de sus amigas llenaron la pantalla.

—¡Hola, chicas! ¿Qué tal estáis?

—Creo que mejor que tú, vaya carita me traes, amiga —dijo Mónica.

—Estoy agotada, todavía grabando. A ver si prontito nos vamos para casa a dormir. Pero no hablemos de mí, que solo tengo unos minutos, contadme. ¿Cómo os va?

—A mí bien —tomó la palabra Celia—. Los niños ya han empezado el cole y el peque la escuela infantil y, aunque no para de hacer pellas por sus amigas las *itis*, ¡bendita rutina!

—Bueno, pero tiene a súper Tito que de repente es un empotrador —apuntó Mónica.

—Siempre lo había sido, pero estaba un poco dormido, es cierto —rio—. Ahora me siento mejor que cuando estás de limpieza en casa y mueves un mueble que llevabas tiempo sin mover y el aspirador se lleva todas las pelusas y telarañas acumuladas. Qué gustito…

—Eso es, quitando telarañas. Premio a la mejor metáfora para la rubia. ¡Poeta, más que poeta!

—Ni caso, la Moni que se muere de la envidia.

—Bueno, eso no es del todo cierto —dijo enigmática la aludida—. Me alegro mucho por vuestros maromos. Además, yo también estoy con alguien —soltó de pronto.

—¿Y cómo es que no sabíamos nada? —preguntó Nicole, frunciendo el ceño.

—Porque ha sido hace unos días —aclaró ella.

—Y el afortunado es… —Ariadna simuló un redoble de tambor.

—Damyen. —Y si hubiera un concurso de sonrisas, la de Mónica se llevaría el palmarés. Qué amplitud, qué perfección en la ejecución, qué hilera de dientes.

—Oleeeee, cariño, ¡cómo me alegro! —aplaudió Ariadna a kilómetros de distancia.

—Necesitaba un hombro en el que llorar tu ausencia —dijo en su modo dramática exagerada— y se lo ofrecí. Y, ya que estaba, le ofrecía todos los rincones de mi cuerpo para que humedeciera el que más le gustara. Con sus lágrimas, mal pensadas.

Risas en la pantalla que venían de varios lugares conectados por la magia de la tecnología y la amistad.

—¿Y qué hay de ti, Nicky?

—Pues… por fin nos hemos decidido a vivir juntas —declaró—. Es un poco precipitado, lo sabemos, pero nos queremos y con las tripas que tenemos ya las dos, sobre todo Selena —y se rio maliciosa— mejor poder cuidarnos mutuamente. Cuando nazcan las fieras en unos meses no sé cómo vamos a sobrevivir a esta locura.

—No lo pienses. —Mónica quiso tranquilizar a su amiga—. Contad conmigo para lo que necesitéis, ya lo sabes.

—Me encanta veros tan unidas, chicas. Os echo muchísimo de menos —dijo Ariadna, secándose una lagrimita, fruto de la añoranza, pero también del cansancio extenuante.

—Y nosotras a ti, cuídate mucho. ¡Y que te cuiden!

—Os quiero. —Colgó para que no la vieran llorar como una magdalena.

Jesús la rescató de su melancolía y se la llevó de nuevo al set de rodaje.

—Cuando estés ahí —señaló de nuevo al estudio— acuérdate de este momento.

Y lo hizo. Ariadna siguió el consejo de su pareja y repitió la escena tan solo una vez más. Mostró un sentimiento tan desgarrador y tan real que traspasó las cámaras y al equipo que había tras ellas.

—¡La tenemos! —gritó al fin el director—. ¡Todos a descansar! Gracias.

Jesús agarró a su chica por la cintura y la colmó de besos en el camino que separaba la nave en la que rodaban del coche que los llevaría a su apartamento junto a Venice Beach. En el trayecto, Ariadna apoyó la cabeza en el hombro de Jesús, deseando que su olor la acompañara siempre y, cuando los labios de él tocaron su pelo con ternura, se entregó a Morfeo.

—Fin—

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, gracias a ti, lector. Sin ti que imaginas, vives y disfrutas la historia, escribir no sería lo mismo para mí. ¡Gracias!

Gracias a Marien Fernández por la portada y la maquetación. Como siempre, increíble.

Gracias a La Noble Orden del Leísmo por ayudarme con la corrección y por las risas aseguradas ante las ocurrencias de la RAE. Espero que las cañas con la Jose se repitan pronto.

En especial quería dar las gracias a mi cuadrilla. Este libro no es una indirecta ante la proximidad de nuestros cuarenta años. ¡Es una directa! No acepto un no por respuesta. Nos vamos de viaje o nos vamos. Porque sí y porque lo digo yo.

Gracias también a mi padre, porque sí, por leer *chill out* aunque no te guste y por darme todo y más.

Gracias a Javi, Mikel e Irati por ser hogar (y darme algún otro quebradero de cabeza). Sin vosotros, no sería quien soy. Os quiero hasta el infinito y más allá.

Gracias a todos los que formáis parte de mi vida, me leáis o no.